
UN AMOR
que
NO CADUCA
MANEL FERNÁNDEZ
BARREIRO

Un amor que no caduca

MANEL FERNÁNDEZ BARREIRO

Todos los derechos reservados
Obra inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual

Obra registrada en Safe Creative
Código de registro: 2101216651272
Fecha de registro: 21-ene-2021 11:30 UTC
ISBN: 9798420719671

A mi mujer Sylwia, a Faustina, a Juan Pablo y a toda mi familia.
A todos los que, de una u otra forma, me animan a escribir.
Al Señor y a San Francisco de Asís.

1
La espada de Damocles
Mírala, ahí está, pendiendo sobre ti

Una leve brisa, como el soplido de un pequeño ser invisible y juguetón, hizo ondear brevemente en el aire uno de sus rizos. América resopló, haciendo que otros de sus tirabuzones se unieran al primero en su gracioso baile al viento. La puerta del hospital se cerró tras ella, deslizándose con el sigilo del adolescente que regresa a casa después de una noche eterna de juerga, con el deseo de que sus padres no sean conscientes del estado en el que vuelve. Elevó su mirada al cielo, entrecerrando sus ojos, y murmuró un par de palabras inaudibles. No pudo evitar que una mujer mayor la observara extrañada; aunque se percató de ello, no se molestó en devolverle la mirada.

Se encaminó hacia su viejo Seat 600, que había estacionado en el aparcamiento del complejo hospitalario hacía ya casi tres horas. Advirtió que su maniobra distaba mucho de haber sido perfecta. Había dejado el coche trazando prácticamente una línea diagonal entre dos de las plazas delimitadas por una pintura blanca que apenas ya se distinguía por el paso de los años. No era la primera vez que le pasaba algo así. En otra ocasión, había dejado su 600 aparcado en línea en una zona habilitada para el estacionamiento en batería, de forma que había ocupado casi tres plazas. Todavía recordaba la nota que le habían dejado sujeta al limpiaparabrisas de su coche: «La calle es de todos. ¡Egoísta!». Aquello le había sentado fatal, pues no lo había hecho con mala intención. Un ligero despiste, una pequeña equivocación y allí estaba siempre algún maldito *don perfecto* para echarte algo en cara.

Dio un vistazo rápido al coche. Unas cuantas máculas de óxido salpicaban aquí y allá la carrocería encarnada del pequeño vehículo, dándole un aspecto descuidado. Para América, sin embargo, aquellas imperfecciones lo dotaban de un encanto único y solía hacer oídos sordos a todo aquel que se atrevía a recomendarle que le diera a su viejo 600 el destino que merecía: el desguace. Sonrió al darse cuenta de que, bajo el espejo retrovisor derecho, una diminuta araña se había afanado en tejer una delicada malla pegajosa y cuidadosamente trenzada. Le pareció curioso pensar que la vida podía abrirse paso en circunstancias y lugares tan poco poéticos como la carrocería de un coche al que no le faltaba ya mucha gasolina por quemar.

Se metió en el vehículo y se dejó caer en el asiento. Sus ojos verdes se clavaron en el rostro pálido que le devolvía el espejo retrovisor interior. Sería poco honesto decir que aquella mañana tenía buena cara. Unas ojeras, que semejaban haber sido esculpidas a golpe de cincel, surcaban el rostro de la joven. Su cabello rizado parecía negarse a seguir las leyes más elementales de la física, cabalgando de manera absurda sobre su cabeza. Se preguntó qué importancia podía tener su aspecto en un día como aquel.

Una melodía interrumpió abruptamente sus pensamientos. Los primeros acordes del *Sweet Jane* de la Velvet Underground la devolvieron de golpe al mundo real. Era su teléfono móvil, que se revolvía juguetón en el interior del bolso. Pensó en su madre. Había olvidado llamarla y, sin ninguna duda, estaría preocupada. «Eres un desastre, América», se dijo mientras rebuscaba en el pequeño universo personal que había ido creando dentro de aquel bolso de cuero oscuro: un par de bolígrafos de colores por aquí, una vieja libreta con las hojas arrugadas por allá; más al fondo, una cartera descolorida que se negaba a retirar y, al fin, su anticuado teléfono móvil con la pantalla estallada. Como había sospechado, era su madre. Pulsó el botón para responder a la llamada y se dio cuenta de que aún tenía restos de barniz en las uñas. Se reafirmó en lo mucho

que odiaba pintárselas y maldijo el momento en que decidió hacerle caso a su amiga Laura hacía una semana. «Qué poco te quieres, Ame. No sabes sacarte partido. ¡Y mira qué pelos llevas! ¿Quién se va a fijar así en ti?». Fue un golpe bajo, un misil a la línea de flotación de su autoestima, un dardo en el centro de la diana. A los dos días, sin embargo, América había decidido no volver a escuchar los consejos estéticos de su amiga. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tiene que alguien se fije en ti por hacer algo con lo que no te sientes cómoda?

—Hija, ¿ya has salido de la revisión? –preguntó la voz cálida al otro lado de la línea.

De la garganta de América emanó tan solo un leve carraspeo incómodo. No sabía muy bien qué decir.

—¿América? ¿Estás bien? ¿Por qué no dices nada?

Sabía que tenía que responder alguna cosa, quizás ganar algo de tiempo. Había decidido que no le daría la noticia a su madre por teléfono. Le parecía impersonal, casi una crueldad. Aunque es cierto que América ya sospechaba desde hacía un tiempo que las cosas no iban del todo bien y había intentado anticipar en su cabeza la escena que acababa de vivir hacía unos minutos en la consulta del doctor, la realidad le parecía ahora demasiado cruda como para ser capaz de transmitirla a través del frío hilo de un teléfono. Era su madre, quien la había llevado en su vientre durante nueve largos meses, quien la había mantenido caliente y a salvo mientras no era más que una diminuta criatura dotada de un alma aún incapaz de conseguir la supervivencia más básica. ¿Cómo decirle a ella algo así?

—Mamá…

Sintió un pinchazo en el corazón; notaba que la indecisión se le aferraba con brazos firmes a la garganta. Tenía que seguir hablando, pero no sabía cómo hacerlo.

—Ha pasado algo, ¿verdad? ¿Malas noticias?

Le pareció que la voz de su madre se había enfriado de golpe. Tenía que tranquilizarla de alguna manera. Necesitaba un poco de tiempo para armar un discurso que no sonase excesivamente duro; tal vez bastaría lo que le llevara llegar desde el hospital a casa de su madre. Consideró que eso sería suficiente, pero antes estaba obligada a despachar de alguna forma aquella conversación, que se había encallado como un enorme petrolero en un banco de arena.

—Tranquila, mamá. Acabo de entrar en el coche y ya tengo a un impaciente detrás que quiere aparcar en mi sitio. ¡Ya sabes cómo es esto! Tengo que quitar el coche de aquí antes de que empiece a pitarme.

Nada de lo que había dicho era cierto. Era casi la una del mediodía y muchos de los vehículos, que hacía poco más de un par de horas se apiñaban como pequeñas piezas de un puzle de variados colores, habían dejado a la vista el anodino pavimento del suelo del aparcamiento.

—No te preocupes, hija. Ahora me cuentas. Ve con cuidado.

—Siempre, mamá. Eso siempre.

Colgó el teléfono sin esperar más respuesta a sus últimas palabras. Lo dejó caer sobre el asiento del copiloto, ablandando los dedos y haciendo que se deslizara por la palma de su mano. Resopló una vez más e introdujo la llave en el contacto. El estruendo del viejo motor la sobresaltó. Una vez que pasaron unos segundos y el ruido se convirtió en un zumbido monótono y opaco, América se tranquilizó.

Comenzó a repasar mentalmente lo que había ocurrido desde que había entrado por la puerta del hospital hasta el momento en que la volvió a atravesar con la espada de Damocles sobre su cabeza, tal y como había definido su situación el doctor Suárez, un reputado cardiólogo de orondo perfil y cara simpática. Recordaba haber leído la historia del tal Damocles hacía ya mucho tiempo. Mientras hojeaba uno de sus libros de arte, había reparado con curiosidad en un

cuadro del pintor inglés Richard Westall. Una espada pendía del techo, como si flotara por encima de un atemorizado joven vestido con ropas caras. A su lado, de frente al espectador, un hombre mayor parecía dominar con suficiencia aquella extraña escena. Enseguida sintió un enorme interés por conocer qué era lo que estaba ocurriendo allí. En el propio libro halló la explicación al enigma. Aquel cuadro representaba la historia, o más bien leyenda, de Damocles. Aquel joven había hecho algo tan tremendamente humano como quejarse de lo bien que la vida trataba a otros. No tenía reparo alguno en contar a todo el mundo lo bien que vivía un tirano de la época llamado Dionisio, a cuya corte pertenecía. A nadie se le escapa que las paredes de los palacios son muy finas y las palabras del joven llegaron sin remedio a oídos del déspota. Para darle una lección, se le ocurrió ofrecerle un trato: si tan envidiable le parecía su vida, le permitiría pasar un día viviendo como un rey. El joven accedió encantado, imaginándose que aquel sería un día inolvidable, indudablemente el mejor de toda su vida. Mientras Damocles disfrutaba de un glorioso banquete y de la compañía de varias cortesanas, se creía en la gloria. Todo cambió cuando, en cierto momento, levantó sus ojos al cielo y vio que sobre él pendía una espada bien afilada, solo sujeta al techo por un pelo de la crin de un caballo. Aquella visión perturbó de tal manera al joven que inmediatamente renunció a todos sus privilegios, renegando de todos sus deseos de ser rey algún día.

América pensó que aquella comparación no hacía justicia con su situación. Ella nunca había envidiado la vida de otro hasta tal extremo. Desde luego, nunca había querido cambiarse por nadie y no le parecía que necesitara que la vida le procurara una lección tan dura. Sin embargo, consideró que si lo que el doctor pretendía decirle era que, a partir de aquel momento, una amenaza invisible iba a perseguirla sin descanso, sabiendo que jugaba aquella partida con una grosera ventaja, el símil podía considerarse bastante acertado. Como en la canción de Lou Reed, que había descubierto un tiempo después de haber visto aquel cuadro, la espada de Damocles pendía sobre ella con una intención nada amistosa.

Agradeció que el tráfico aquel día fuera terrible. En otro momento, seguramente se habría sentido impaciente y habría empezado a recorrer todo el largo de la circunferencia del volante con sus dedos nerviosos, a la vez que hubiera emitido sonoros bufidos de desaprobación. Aquel día le parecía que todo aquello que pudiera retenerla un poco más en su camino hacia la casa de su madre era una auténtica bendición. Trataba, sin mucho éxito, de poner en orden sus pensamientos, de escribir en su cabeza el pequeño guion de la obra de teatro más importante de su vida. Intentaba adivinar las respuestas, las reacciones, los silencios de su madre, con el fin de cubrir todas las posibilidades y armarse de un variado abanico de respuestas con las que neutralizar todas las dudas y lamentos a los que tendría que hacer frente. Por un momento, se le pasó por la cabeza ocultarle lo que había ocurrido. Pensó que, si le evitaba el dolor, sería más feliz. Sin embargo, sabía bien que ella nunca se lo perdonaría y tampoco se veía capaz de vivir como una impostora por mucho tiempo. La mentira nunca fue un recurso para América, nunca quiso hacer de ella una máxima de vida, ni una herramienta para conseguir sus objetivos. Siempre le pareció un atajo de mal jugador, un burdo escudo de paja incapaz de aguantar los mandobles de la espada más sencilla. Así que, sin más, borró aquella idea de su mente y pisó lentamente el acelerador de su coche, segundos después de que el semáforo se pusiera en verde.

Conforme se acercaba a su destino, un leve aleteo nervioso le revolvió el estómago. La dolorosa verdad que escondían las palabras del doctor Suárez habían conseguido hacerle una bola en el estómago. Por primera vez desde que había salido del hospital, estaba comenzando a entender a lo que debía hacer frente. Detuvo el coche en el arcén sin accionar el intermitente, ganándose un sonoro bocinazo del coche que llevaba detrás. Ni siquiera le dio importancia al

corte de mangas que asomó de la ventanilla del conductor, acompañado de una impertinente y poco justa definición de su persona. Apenas abrió la puerta, una arcada contrajo su garganta. El vómito no se hizo esperar. Sintió que el pecho le ardía y un mareo traicionero casi le hizo precipitarse hacia el suelo. Controló la situación lo mejor que pudo, respiró hondo y cerró la puerta del coche. Echó un breve vistazo a su cara en el retrovisor y le pareció que había envejecido diez años de golpe. Aferró con fuerza el volante y se dejó llevar de manera mecánica hacia la casa de su madre.

Había abandonado ya toda pretensión de fingir un estado de ánimo concreto o de recurrir a un discurso estructurado y articulado; llegaría allí, pulsaría el timbre, miraría a su madre a los ojos y se echaría a llorar esperando su abrazo consolador. Ambas llorarían sin decir una palabra, en un silencio desconsolado, casi tormentoso. Luego, tomarían café, América esbozaría una sonrisa fingida y lo soltaría todo sin orden ni concierto, como un tornado que va de aquí para allá sembrando el caos, levantando y lanzándolo todo con una furia desatada. Ya se encargaría Dolores, Lola para los más cercanos, de darle un sentido a todo aquello, de poner todo de nuevo en su lugar.

Aparcó el coche con dificultad, tras varios intentos y un par de golpes secos contra el bordillo. Antes de salir, se pasó las manos por su pelo rizado, tratando de acomodarse un poco aquel vergel rojizo que prosperaba sin control sobre su cabeza. Por supuesto, no lo consiguió y los rizos decidieron adoptar nuevas posiciones sobre su rostro. Decidió darlo por imposible y enfrentarse a la situación con su habitual aspecto de gladiadora desaliñada.

Salió del coche y echó un vistazo a la casa familiar. En pleno barrio de Canido, en Ferrol, la pequeña casa de los Castro resistía el paso del tiempo con una imperturbable serenidad. Era una vivienda de planta baja, pintada de color granate, con algunos desconchones a consecuencia del paso del tiempo. Un par de ventanas y una puerta, que había sido pintada de blanco para hacer juego con las ventanas, animaban la fachada. América pensó que debía de parecer un espantapájaros, allí plantada, en mitad de la acera, con la puerta del coche todavía abierta y observando con aire ausente la fachada de la casa donde había pasado gran parte de su vida. Dio un paso adelante y, antes de que pudiera pulsar el timbre, escuchó el sonido de la llave girando en el interior del domicilio. La puerta se abrió de golpe delante de ella. Un escalofrío le azotó las entrañas, como si alguien le hubiera dado un latigazo desde el interior de su cuerpo. Su madre, con cara compungida, la miraba buscando en ella una respuesta que ya intuía. Un deseo irrefrenable de llorar la poseyó sin remedio y sintió cómo un torrente de lágrimas le humedecía las mejillas. Ya no había vuelta atrás. Asumir y afrontar la situación era la única opción posible, aunque eso supusiera tener que enfrentarse cara a cara con la propia muerte.

2
El hombre sin sombra

Camina inerte, sin vida, sobre el asfalto de una ciudad agonizante

Aquella misma tarde del fatídico día en el que América Castro recibió la peor noticia de su vida, un hombre de treinta años recién cumplidos salió de su trabajo escasos diez minutos por encima de la hora estipulada en su contrato. Se despidió de sus compañeros de la gestoría con una sonrisa ligeramente forzada y emprendió el camino a casa. Durante los veinte minutos de reloj que separaban su piso de la oficina a la que, inevitablemente, tenía que acudir a diario, un solo pensamiento rebotaba en su cerebro a un ritmo tan frenético como insoportable: odio lo que soy, odio lo que hago y odio odiar todo eso.

En efecto, Gabriel Pereira, sentía que su vida no tenía ningún sentido. Levantarse todas las mañanas a las siete, arrastrarse desde la cama a la ducha, tomarse un café bien cargado para poder afrontar otro día monótono e insustancial… ¿Qué clase de vida era aquella? ¿Era esto todo lo que tenía que ofrecer la edad adulta con la que había estado fantaseando casi la mitad de su existencia? Sentía que había dejado pasar la primavera de su vida y se encontraba inmerso en un invierno perpetuo; frío el corazón y gélida su alma.

Aquel día no había sido distinto a ningún otro: el mismo ritual matutino, la misma ropa gris y aburrida, el mismo gesto adusto en su cara, que contrastaba con los tímidos e infructuosos intentos que el sol de abril hacía por adecentarle el rostro… Todo era exactamente igual.

Había llegado al trabajo con los dientes apretados y el cuerpo tenso por la frustración. Además, le dolía la espalda, pues no había pasado buena noche en absoluto. Últimamente le costaba cada vez más conciliar el sueño y, cuando lo conseguía, solía despertarse agitado en mitad de la noche, con los músculos doloridos y boqueando como un pequeño pececillo al que han olvidado, por descuido, devolver a la pecera. Cuando llegaba la hora de dejar la cama, le parecía haber estado luchando toda la noche contra algún tipo de gigante crepuscular y solo deseaba no tener que levantarse. Sabía, sin embargo, que era inútil resistirse a la rutina y a las obligaciones que traía aparejadas. Por eso, como un hombre sin alma, se ponía en pie y realizaba con exacta determinación todos sus quehaceres diarios. Esto incluía, por supuesto, acudir puntualmente a un trabajo que le hacía sentirse, poco a poco, menos persona, como si se le achicara el alma cada vez que se ponía nuevamente el sol.

Eran las ocho y cinco de la tarde cuando Gabriel se dejó caer en el sofá como un peso inerte. Alargó la mano y agarró con desgana el mando a distancia de la televisión. Apenas hubo pulsado el botón de encendido, notó cómo una rítmica vibración le hormigueaba la pierna. Se dio cuenta de no había activado el sonido del móvil después del trabajo, aunque se preguntó por qué tendría que hacerlo ahora, si nunca recibía ninguna llamada interesante. Se sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y miró la pantalla, entrecerrando los ojos. Chasqueó la lengua contrariado; aun así, decidió responder a la llamada.

—¿Qué quieres, Cristóbal?

Al otro lado, escuchó a su hermano resoplar.

—¿Qué modales son esos? ¡Nadie diría que nos educaron los mismos padres!

—Siempre fuiste el favorito. Ahora ya sabes el motivo.

La carcajada de su hermano le resultó tremendamente molesta.

—¡Cómo te gusta hacerte la víctima, hermanito! Pero hablemos de lo que nos interesa.

Gabriel sabía bien que detrás de aquella frase iba a soltar alguna propuesta por la que no tendría el más mínimo interés. Pronto descubrió que no se había equivocado.

—Estaba pensando en ir a tomar algo esta noche con el resto de la pandilla. ¿Te apetece venirte con nosotros? Va a ser en plan tranquilo, un par de copas y nos volvemos a casa.

Se hizo el silencio, apenas un par de segundos, pero lo suficientemente incómodos para los dos.

—¿No dices nada? ¡Venga, Gabi! Necesitas airearte un poco. ¿Cuánto hace que no sales por ahí?

—Lo suficiente como para saber que no me pierdo nada.

Cristóbal lo había intentado muchas veces. Aunque no solían verse a menudo, hablaban de vez en cuando y se había dado cuenta unos meses atrás de que su hermano no estaba pasando por su mejor momento. Es cierto que nunca había sido el alma de la fiesta, el orador mejor dotado en las reuniones sociales o el carisma hecho persona, pero, de un tiempo a esta parte, se había vuelto huraño y respondón. Nunca se había comportado de aquella forma; siempre tenía una sonrisa en la recámara como respuesta o un par de palabras de aliento en el momento oportuno. Ahora solo percibía en él desazón, un desánimo permanente y una frustración que crecía sin control, arrasándolo todo. Estaba profundamente preocupado por él y no sabía cómo sacarlo de su amargo letargo. Solo le quedaba intentar insistir un poco más.

—Es viernes, hermanito. ¡Viernes! ¿Qué otra cosa tienes que hacer un viernes que salir a divertirte un rato? Charlar un poco y tomar el aire. Todo eso te vendrá bien.

—Me da igual, como si mañana se acaba el mundo. No pienso salir de casa. Veré una película, me tomaré una cerveza y me iré a dormir. Punto final.

Las últimas dos palabras las había remarcado elevando su tono de voz y haciendo flotar un breve silencio entre cada una de ellas. Pensó que así sonarían más cortantes y su hermano se retiraría gentilmente del campo de batalla. Se equivocaba.

—Mira, si no fuera tu hermano, te habría colgado ya el teléfono. Desde luego, no se puede ser más borde. Si no quieres venir, tú mismo. Empiezo a cansarme de tus salidas de tono, pero en el fondo, sé que tú no eres así. Tienes que superar de una vez lo de Beatriz. Te has convertido en otra persona.

Otro silencio incómodo planeó durante unos segundos eternos y amenazó con atascar de forma irremediable la conversación. Ese breve paréntesis le sirvió a Cristóbal para caer en la cuenta de que quizás no debería haber mencionado ese tema. Quiso decir algo, pero su hermano se le adelantó.

—Dices que soy otra persona. Es verdad. ¿Quién no lo sería después de vivir lo que yo viví? Seguro que tú no, seguro que tú habrías seguido adelante como si nada, ¿verdad? Porque tú eres todo alegría, siempre feliz y despreocupado. Pues resulta que yo no soy así, nunca lo he sido y nunca lo seré. Ahora ve con tus amigos, hazles reír con tu gran sentido del humor y vuelve a casa orgulloso por haber sido una noche más el rey de la fiesta. A mí, déjame en paz.

Sus propias palabras resonaron con fuerza en su corazón y un pesado sentimiento de culpa le veló el rostro. Sintió que había llegado demasiado lejos con su respuesta y se veía en la obligación de arreglarlo de alguna forma. Sin embargo, su hermano se le adelantó. También se sentía culpable por haber sacado el asunto de Beatriz.

—Lo siento, Gabi. No debí decir eso. No fue muy elegante por mi parte mencionar a Beatriz. Simplemente, no me gusta verte así. Lo que quería decir es que necesitas relacionarte con gente, relajarte un poco. ¿Cuánto hace que no quedas con una chica, por ejemplo?

Ambos sabían la respuesta a aquella pregunta. Desde que ocurrió lo de Beatriz, no había

vuelto a tener una cita; ni siquiera se había mostrado interesado en acercarse a otra mujer. De aquello hacía ya dos largos años en los que Gabriel se había convertido en un hombre sin sombra, un simple envase de huesos y piel para un alma al borde del coma. Llegados a ese punto, solo quería terminar aquella conversación, hundirse en su sofá de diseño sueco y rellenar su mente con historias ficticias de gente inexistente a la que nunca podría conocer.

—Te tengo que dejar.

Antes de colgar, todavía acertó a escuchar cómo su hermano trataba de encontrar un nuevo rumbo para aquella conversación, sin querer aceptar que aquellas últimas palabras de Gabriel habían sido el portazo definitivo para un diálogo que ambos juzgaron finalmente inútil.

Decidió que lo mejor que podía hacer era apagar el teléfono, por si su hermano se sentía tentado de ejecutar su liturgia habitual. Una llamada, luego otra, después un par de mensajes y una última llamada desesperada. Quería evitar todo eso. Lo que ansiaba era no tener que escuchar a nadie, solo las voces artificiosas y vanas que saldrían de aquella pantalla en cuanto encontrara una película que valiera la pena. Tal vez se quedaría dormido sin llegar a conocer el destino final de sus protagonistas, pero eso apenas le importaba. Cuanto antes cayera en un profundo letargo, tanto mejor. El ruido de fondo, los diálogos vacuos de los personajes… Todo aquello le ayudaba a conciliar mejor el sueño. Le era imposible hacerlo en silencio, se le hacía pesado e insoportable. Cualquier pequeño ruido, cualquier chasquido de la madera del piso o el simple sonido opaco del motor del frigorífico le impedían frecuentemente dormir.

Aquella noche, sin embargo, llegó a ver el final de una película insustancial. Aquella circunstancia lo contrarió, no tanto por el hecho de no haber caído rendido por el cansancio, sino porque realmente no había conseguido desarrollar ningún interés por aquella pareja que tanto había tenido que luchar para poder celebrar su boda. La historia le había parecido una estupidez de principio a fin, así que decidió abrirse otra cerveza y buscar una historia más interesante. Si no podía dormir, al menos sentiría no haber perdido totalmente un par de horas de su vida. Recordó que, recientemente, había comprado un par de películas en un mercadillo del barrio, cuyas portadas le habían llamado poderosamente la atención. Le pareció que una de ellas podía colmar sus expectativas. En la carátula frontal, un hombre fruncía el ceño con aire pensativo, como si en su mente se estuviera formando un maquiavélico plan. En un segundo plano, una mujer recostaba su cabeza sobre el hombro del que parecía ser su novio, ambos sonrientes, con la veneciana plaza de San Marcos de fondo. Parecía una película romántica, pero el rostro de aquel hombre en primer plano le parecía enigmático, como un cuervo posado en una empalizada, acechando la felicidad ajena. Estuvo tentado de volver a dejar la película en la estantería al darse cuenta de que solo podía reproducirla en su ordenador, lo que suponía tener que hacer un viaje hasta su dormitorio. Consiguió, no sin esfuerzo, vencer la pereza inicial y se dispuso a evadirse durante los casi ciento cuarenta minutos que duraba la grabación, según constaba en la parte posterior de la caja.

Eran casi las dos de la mañana cuando Gabriel pudo decir, no sin cierto regusto amargo, que la cinta había colmado sus expectativas. Una buena fotografía, una historia interesante con uno de los giros de guion más inesperados que había visto en mucho tiempo y una actuación solvente por parte de los protagonistas. Sin duda, había valido la pena trasnochar. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa tenía que hacer?

Estaba ya a punto de apagar el ordenador cuando sus ojos barrieron la pantalla y se detuvieron en un icono anaranjado que le costó un rato reconocer. ¿Cuándo había instalado aquella aplicación? Tuvo que haber sido en un impulso, tal vez a petición de su hermano, que habría insistido sin descanso, como el granizo cuando golpea insistentemente un tejado en una

fría noche de invierno. Solo así podía explicarse qué hacía una aplicación de citas en el escritorio de su ordenador.

—¡Vaya tontería!

Aquellas palabras las había dicho en voz alta y se dio cuenta de que el odioso silencio, la maldita mudez de la noche, se había apoderado a hurtadillas de todo el piso. Un sentimiento extraño le sorprendió, como si alguien le hubiera insuflado un tibio hálito a través de la nariz. No sabría definirlo, pero pudo notar cómo un cálido reflejo le recorría el cuerpo. Aquello le pareció agradable, como un recuerdo olvidado que vuelve a hacerse presente después de haberse perdido en los confines de la memoria. Como movido por aquella emoción, pinchó sobre el icono de la aplicación. Se le había dibujado una sonrisa bobalicona en la cara, como la del joven deportista que espera su oportunidad en el banquillo y ve cómo su entrenador le hace señas para que salga a calentar. Le hizo gracia ver lo que había escrito en su perfil; le pareció que no se reconocía a sí mismo. Por un momento, le vinieron a la mente las palabras que había pronunciado su hermano unas horas antes. Asumió que tal vez era cierto que ya no era aquella persona. Después de trastear un rato en su perfil, modificando un par de frases sobre sí mismo que le parecieron demasiado petulantes, se decidió a explorar las sugerencias que el programa tenía para él. Ni siquiera sabía el motivo por el que estaba haciendo aquello; tal vez, era el aburrimiento, o quizás lo había empujado a ello el terrible silencio que se colaba por todas las rendijas de su hogar y no le dejaba dormir. Deslizó el ratón varias páginas, sin fijarse demasiado en los nombres que iban amontonándose en la pantalla. De pronto, algo le sacudió por dentro, como una chispa que lucha por convertirse en una llama y extenderse por aquí y por allá.

—¿Qué clase de nombre es América?

Se dio cuenta de que estaba verbalizando sus pensamientos en plena noche una vez más. No le importó.

—¿Quién se pondría una foto de perfil con esos pelos?

Sonrió de nuevo y pensó que apenas recordaba cuándo había sido la última vez que lo había hecho sinceramente.

—Vamos a ver qué tienes que decir sobre ti, señorita América.

Había ya renunciado al hecho de dejar de hablar solo.

—Así que dices ser extrovertida, sincera, fiel y muy despistada. Creo que eres el primer caso en la historia de Internet que dice algo malo sobre sí misma en una aplicación de citas. ¡Bien hecho!

Siguió adentrándose con curiosidad en el perfil de aquella chica. Le parecía un soplo de aire fresco en el vacío y superficial escaparate en que se había convertido la red. Tenía un par de fotos disponibles y en ninguna de ellas salía bien peinada. Tampoco llevaba maquillaje ni pendientes en ninguna de las imágenes, tan solo un fino cordón de hilo marrón que abrazaba su cuello y del que pendía una diminuta cruz oscura de madera. Con cada palabra que leía, Gabriel sentía que se le iluminaba el rostro, como si el reflejo blanquecino de la pantalla sobre su cara estuviese, en realidad, emanando de él mismo y no de su ordenador. Por un momento, se sintió tentado de escribirle, pero los dedos le temblaban vacilantes. Desvió su mirada hacia la estantería del salón y sintió que la mirada de Beatriz desde aquella fotografía se le clavaba en lo más profundo de su alma. Una furia repentina le hizo aporrear la mesa con el puño rígido y a punto estuvo de propinarle un golpe fortuito al ordenador. Unas lágrimas amargas afloraron de sus ojos entreabiertos.

—¿Por qué te fuiste, Bea? No te lo merecías. Yo me lo merecía, pero no tú.

Unas imágenes confusas, como un esbozo hecho en poco tiempo y a desgana, le recorrieron

la mente: un coche blanco empotrado contra un árbol, los airbags abiertos componiendo una escena tétrica y blanquecina, como mortajas asépticas; un reguero de sangre diluyéndose sobre el asfalto oscuro; un hospital también blanco, con enfermeras y doctores corriendo de un lado a otro, con sus batas, por supuesto, de color blanco. Todo aquello había empezado con una llamada en mitad de la noche, una llamada que rompió lo que otrora había sido un silencio sereno. Por eso odiaba la noche y detestaba con todas sus fuerzas la ausencia de ruido que traía consigo. Todo porque, aquella noche, aquel silencio había precedido al desastre. Aquella noche sin luna, la vida de una joven llamada Beatriz, una excelente licenciada en Economía que había iniciado una prometedora carrera laboral, con todos sus planes por hacer, con todos sus proyectos por construir, con tanto mundo todavía por descubrir, había llegado a su fin de manera absurda. Y allí estaba ahora él, mirando como un tonto la fotografía de una chica de la que no sabía nada, que nunca antes había visto, sonriendo como un maldito idiota.

—No es justo, ¿verdad? No me merezco ser feliz, no cuando tú ya no estás aquí.

Se secó las lágrimas con las yemas de los dedos y decidió apagar el ordenador. Ya había tenido suficiente tormento aquella noche. Sin saberlo, en aquel mismo momento, aquella chica de las fotografías que habían iluminado su pantalla y su rostro unos minutos antes lloraba también amargamente. Le había dicho a su madre que lo que más lamentaba era que tuviera que irse de este mundo sin haber conocido el amor de verdad. «Si eso es lo que más deseas, ¿por qué no se lo pides a Dios?», le había respondido ella. Así lo había hecho y así seguía haciéndolo agazapada entre las sábanas, en lo más profundo de una noche que semejaba eterna. Entre copiosas lágrimas repetía una y otra vez: «Dios mío, no me quiero ir sin saber lo que es el amor».

3
Dos almas en conexión
Lo virtual, a veces, toca la piel

Laura la miró con extrañeza, como si a la América que tenía delante le hubieran arrancado de cuajo la alegría y la hubieran hecho jirones con saña.

—¿Me vas a decir lo que te pasa o te lo voy a tener que sacar por las malas?

América bajó la cabeza, incitada por la vergüenza y el sentimiento de culpabilidad que la había acompañado desde que aquella mañana saludó con una alegría irreal a su amiga de toda la vida. Ambas habían pasado la mañana haciendo algunas compras por el centro de Ferrol y decidieron hacer una pequeña pausa en una cafetería del puerto de la ciudad departamental. Tan solo habían pasado dos días desde que América había salido de la consulta del cardiólogo con una terrible sentencia flotando sobre su cabeza eternamente despeinada. Solo había hablado del tema con su madre y no había sido capaz de decirle una sola palabra sobre el asunto a Laura en dos días, ni siquiera ahora que la tenía delante preocupándose por ella. Sentía que estaba traicionando la confianza de su amiga ocultándole algo tan importante. Le parecía que no estaba siendo ella en absoluto, como si otra persona hubiera ocupado su cuerpo y estuviera actuando de prestado. Todavía no se sentía capaz de hablar del tema con nadie más.

«Ojalá papá aún estuviera con nosotros», le había dicho a su madre. Sin ningún tipo de dudas, habría sido una gran ayuda para ambas en aquellos momentos. Tomás siempre había sido un hombre tranquilo, que había hecho de la serenidad y la paciencia las dos máximas de su vida. La habría escuchado, la habría abrazado cálidamente y le habría susurrado un par de frases, tres a lo sumo, cargadas de sabiduría y verdad. Acto seguido, se le habría ocurrido alguna broma ingeniosa con la que habría conseguido pintar una sonrisa en las caras de las dos mujeres de su vida, haciendo florecer un fugaz atisbo de alegría en mitad de un jardín seco. Pero ¿de qué servía pensar en eso? Hacía ya más de cinco años que su padre no estaba. América irguió el cuello y elevó la mirada al cielo, como queriendo decirle a su padre: «Sé que estás ahí. Si tú no estás ahí arriba, no hay ninguna otra persona que lo merezca».

—Pero chica, ¿en qué estás pensando? Siempre has sido rarita, Ame, pero hoy te estás superando.

Tomó un sorbo de infusión para ganar un poco de tiempo ante los ojos atónitos de Laura, que la observaba expectante, esperando una respuesta que no acababa de llegar. Posó la taza sobre la mesa de madera oscura y desvió la mirada hacia los barcos del puerto. Unos destellos efímeros salpicaban aquí y allá la superficie del mar y el tintineo de los palos de las embarcaciones más grandes comenzaba a resultarle relajante. Volvió la cabeza y los ojos oscuros de su amiga seguían allí, inquiriéndole en silencio.

—Estaba pensando en mi padre.

Sintió un casi imperceptible espasmo de desazón justo en el centro de su frente. Aunque no era del todo mentira, sabía bien que no estaba siendo honesta con su amiga. Ella pareció intuirlo así también.

—¿Seguro que es por eso? Nos conocemos desde que éramos dos renacuajas ¿verdad? Somos amigas desde el colegio y nunca nos hemos separado. Si te pasase algo más, me lo dirías ¿verdad que sí?

En el tono de Laura se palpaba una honda preocupación por su amiga. Había cierta

aprensión en la forma en que trataba de sacarle información, pues le parecía adivinar en América una expresión desconocida, como si algo la estuviera reconcomiendo por dentro y no se atreviera a compartirlo con ella.

—Claro que es por eso, ¿qué otra cosa iba a ser, Laura? —respondió con una poco creíble intención de resultar tajante y cerrar de una vez la conversación.

Tomó de nuevo la taza y sintió que la mano le temblaba. Le pareció plausible la idea de acabar derramando parte del contenido sobre la mesa, así que volvió a dejarla sobre el platillo bruscamente, haciendo saltar y repiquetear la cucharilla sobre la mesa. Miró instintivamente hacia los lados, como avergonzada por el pequeño escándalo que había formado sin pretenderlo.

—Vale, Ame, y ahora pretendes que me crea que todo está bien. A ti te pasa algo y no me lo quieres decir.

América quiso intervenir, pero Laura había cogido carrerilla. Los ojos le brillaban y, a través de su rostro, parecía querer abrirse paso la ansiedad y un ligero pero creciente sentimiento de contrariedad.

—Me vas a escuchar, porque soy tu mejor amiga. Si es que para ti sigo siéndolo, claro.

Ni siquiera tuvo tiempo a asentir.

—Tienes veintinueve años, eres una chica estupenda, simpática y guapa, aunque ya sabes lo que pienso sobre lo poco que cuidas tu aspecto. No digo que tengas que pintarte como una puerta, pero con un par de retoques antes de salir de casa y si te peinaras un poco…

América puso los ojos en blanco, haciéndole ver a su amiga que aquel discurso se lo conocía bien y no le apetecía tener que volver a escucharlo.

—Sí, ya sé que te lo he dicho muchas veces. No voy a seguir por ahí. Voy a intentar ir al grano. Sé que lo de tu padre te afectó mucho y no me extraña. No quiero imaginarme lo que significa perder a un ser querido. Afortunadamente, aún no he tenido que pasar por eso. Sabes que quería a tu padre como si fuese de mi propia familia, pero ya ha pasado tiempo suficiente como para seguir adelante, ¿no crees?

Por supuesto, no esperó respuesta alguna de su amiga, que sabía de sobra que cuando Laura entraba en ebullición, no había forma de pararla.

—No me malinterpretes. Entiendo que lo tengas siempre presente, pero tienes que empezar a vivir tu vida, dejar de aferrarte al pasado. ¿Me entiendes?

América solo pudo asentir con la cabeza.

—Ya sé que tus problemas de salud no te lo ponen fácil, pero tienes que intentarlo. Sinceramente, Ame, no me parece normal que nunca hayas tenido novio. Ya sé que lo hemos hablado muchas veces y siempre me dices lo mismo, pero estoy harta de que siempre te excuses en tu enfermedad. ¿Me oyes, Ame? ¡Harta estoy de tus excusas!

Laura había subido tanto el tono de voz que los pocos clientes que ocupaban la cafetería aquella mañana habían vuelto la cabeza discretamente hacia la mesa donde se encontraban. América se llevó el dedo índice a la boca efusivamente para pedirle a su amiga que bajara la voz, a la vez que negaba con la cabeza para reprocharle sus excesos. Ella pareció no percatarse, aunque recuperó de manera natural su tono de voz habitual.

—Probablemente, por eso estás tan rara. Necesitas un poco de emoción en tu vida. Te estás quedando atrás. No te das cuenta, pero estás dejando pasar tu vida sin querer ser parte de ella. Desde que te diagnosticaron tu enfermedad y tras la muerte de tu padre, has renunciado a vivir.

Un suspiro insondable fue toda la respuesta que América pudo dar a aquellas palabras de su amiga, que parecía haber dicho todo lo que tenía que decir. Ambas se quedaron en silencio durante un par de minutos, sumergidas en el rítmico ondeo de los barcos del puerto que

divisaban a través de la enorme cristalera de la cafetería. Una alegre frase melódica procedente de su bolso hizo reaccionar a América. Laura observó cómo su amiga sacaba el móvil, le echaba un largo vistazo a la pantalla y volteaba el rostro cruzado por una sonrisa que le pareció indescifrable. Toda esta escena le pareció a Laura que había transcurrido como a cámara lenta. Fuese lo que fuese aquello que su amiga había visto en la pantalla, parecía haberle cambiado de golpe el humor. Como Laura no podía concebir una escena entre ellas en la que no cruzaran alguna palabra en varios minutos, decidió, una vez más, tomar la iniciativa.

—¿No me vas a decir quién te ha escrito? ¿Hay algo que deba saber, Ame? ¿O piensas seguir castigándome con tu silencio el resto de la mañana?

Por fin, se decidió a hablar.

—¿Recuerdas ese programa de citas que me recomendaste instalar?

Laura sonrió orgullosa, como si intuyese que su amiga le iba a confesar, al fin, algún jugoso secreto. Olvidó de inmediato lo mal que lo había pasado un rato antes frente al mutismo incomprensible de su amiga.

—Así que, finalmente, parece que mis charlas han funcionado ¿eh? ¿Es que vas a tener una cita? ¡No me dejes así, Ame! ¡Cuéntamelo todo!

Un poderoso fulgor iluminaba ahora los ojos de Laura, lo que provocó la risa nerviosa de su amiga, que la contemplaba sin saber muy bien qué decir.

—Eres de lo que no hay, Ame. Me tienes en ascuas toda la mañana, pensando que te pasa algo terrible y resulta que lo que te estabas guardando es que, de una vez por todas, vas a quedar con un chico. Hasta me habías hecho pensar que la enfermedad había empeorado, ¡fíjate tú!

La sonrisa de América se le congeló en el rostro. Por un momento, se había olvidado de la molesta carga que le aplastaba el pecho, pero comenzaba a sentir de nuevo cómo el peso de la preocupación aumentaba a cada segundo y la respiración se le hacía más penosa cada vez. Trató de relajarse y tomó una fuerte bocanada de aire, intentando que Laura no percibiera su falta de aliento. No le costó demasiado, ya que su amiga estaba absorta removiendo su café, a la vez que sonreía pícaramente. Consideró oportuno centrarse en el tema que Laura parecía ansiosa por tratar.

—No te emociones demasiado. Aún no le he dicho que sí.

Laura levantó la cabeza a cámara rápida, como si alguien hubiera pulsado el botón del mando a distancia para acelerar la escena. Como siempre, tenía algo que decir.

—¿Y a qué esperas? ¿Cuánto tiempo necesitas para pensarlo? ¿Una vida entera?

Sabía que su amiga intentaba animarla a tomar una decisión, pero aquella última frase la dejó un tanto tocada. ¿Una vida entera? ¿Cuántos años son una vida entera? ¿Una vida de quién? ¿Una vida entera de Laura, una joven sana que, si nada extraño lo impedía, podía llegar sobradamente a cumplir o, incluso, superar la esperanza media de vida? ¿O una vida de América? Había, sin duda, una diferencia importante entre ambos casos; pero eso, por supuesto, Laura no lo sabía aún. Pensó que lo mejor que podía hacer era dejar esos pensamientos a un lado.

—Tranquila, Laura, esta vez voy a hacer que te sientas orgullosa de mí. ¡Voy a decirle que sí!

Su amiga se despegó de la silla de un salto imprevisto, de tal manera que casi acaba de espaldas en el suelo. Una de sus rodillas golpeó la parte baja de la mesa, volcando su taza de café que, afortunadamente, ya estaba vacía. De nuevo, los ojos del resto de los clientes de la cafetería se posaron brevemente sobre las dos muchachas. Laura, esta vez, siendo consciente de la situación, carraspeó, recolocó lo mejor que pudo la taza sobre el platillo, se pasó la mano por el flequillo moreno y se removió en la silla hasta encontrar una posición decente.

—¡Qué alegría, Ame! ¿Cómo se llama? ¿Qué sabes sobre él?

América observaba a su amiga con los ojos muy abiertos y una expresión graciosa. Siempre le había causado mucha curiosidad la manera en que Laura era capaz de emocionarse con cualquier cosa y la forma en que podía pasar de parecer terriblemente molesta a la persona más feliz del mundo.

—Se llama Gabriel, Gabriel Pereira. También es de Ferrol, del barrio de Esteiro. Tiene solo un año más que yo y trabaja en una gestoría. Según su perfil, es educado, tranquilo y curioso. Le gusta la fotografía, el cine, pasear, leer y escuchar música. ¿Qué te parece?

Laura ladeó la cabeza y contrajo el rostro, como si el hecho de pensar le estuviera suponiendo un esfuerzo titánico. Al fin, despegó los labios y chasqueó la lengua.

—No sé. No me parece tu tipo.

—¿No te parece mi tipo o no te parece el tuyo? —le espetó América, mordaz.

—No es eso, Ame, es que, por la descripción, parece un poco muermo. Tú necesitas a alguien más interesante.

—Sabré si es interesante o no cuando lo conozca un poco mejor, ¿no crees?

Ambas se miraron en silencio con complacencia.

Al otro lado de la ciudad, sentado en una silla gris de oficina, Gabriel miraba de reojo con impaciencia la pantalla de su teléfono móvil. Había decidido instalarse la aplicación en su móvil y había pasado un par de días, desde la noche en que se había fijado en el perfil de América, explorando otros perfiles. Sin embargo, ninguna de aquellas imágenes o descripciones le había llamado tanto la atención como la de aquella chica.

No le había sido fácil tomar aquella decisión. Todavía pesaba sobre él la culpa y la desazón que la muerte de Beatriz le había traído a su vida. Aun así, el insistente trabajo de asedio desarrollado por su hermano había conseguido su objetivo. Una brecha se había abierto en la muralla que se había ido construyendo a su alrededor, ladrillo a ladrillo, tras aquel fatídico accidente. Por aquella pequeña grieta, Gabriel comenzaba a asomarse hacia la luz y empezaban a crecer en él las ganas de volver a salir al mundo real y de vivir de nuevo una vida que casi había llegado a dar por perdida. No le había comentado nada de todo esto a su hermano, pero pensaba que, para ser justo con él, no se demoraría demasiado en hacerlo. Antes necesitaba saber si iba a poder conocer a aquella chica de cabellos despeinados y mirada limpia. Le apetecía realmente comprobar con sus propios ojos que América Castro era real; quería verse reflejado en sus ojos y escuchar su voz para saber si la idea que se había formado de ella tenía algún parecido con la realidad o si había dejado que su imaginación volase demasiado lejos.

Entre papeles, Gabriel pasaba el tiempo, tecleando con desgana datos insulsos en su ordenador. Cada pocos minutos, desviaba la mirada hacia su teléfono, posado sobre la mesa opaca, cubierta de documentos sin ningún interés. Cuando ya casi se había decidido a hacer una pequeña pausa y acercarse a la máquina de café de la oficina, la pantalla de su móvil se iluminó. Sintió que el corazón se le aceleraba y un remolino de agitación le removió el estómago. Tomó el teléfono con ambas manos, como un arqueólogo que extrajera cuidadosamente un fragmento de cerámica antigua de las profundidades de la historia. Deslizó el dedo por la pantalla y la miró con los ojos muy abiertos. Allí, bajo el icono de la aplicación de citas pudo leer:

«América Castro ha aceptado tu solicitud de cita. Ahora puedes enviarle un mensaje para concertar vuestro encuentro».

Por primera vez en mucho tiempo, sus compañeros de trabajo le vieron sonreír de verdad. Algo diferente debieron de notar en él, porque se miraron unos a otros, a medio camino entre la extrañeza y la satisfacción. De esto, sin embargo, Gabriel no se percató; estaba muy afanado

tamborileando con sus dedos sobre el teclado virtual de la pantalla de su móvil, escribiendo un mensaje con el rostro acalorado por la emoción.

4
Cambios

Un chasquido de dedos que pone su mundo del revés

Abril estaba a punto de despedirse de la Costa da Morte, dejando tras de sí una vívida sensación de frescor y calor apático. Estaba ya mayo a las puertas, deseando traer consigo una nueva luz, un nuevo mundo de sensaciones térmicas y días crecientes, cuando Clara Garrido recibió una llamada al teléfono del trabajo. Acababa de aparcar su coche justo en la calle donde residía de alquiler, a pocos metros de la playa de Quenxe, en Corcubión.

En cuanto escuchó la vibrante melodía del móvil, maldijo en voz alta a su jefe y golpeó el volante con las palmas de sus manos. Había acabado ya su jornada laboral en el periódico en el que trabajaba y lo único que deseaba era llegar a su casa, cambiarse de ropa y bajar a dar un pequeño paseo por la playa. Después, se prepararía algo de cenar, nada ostentoso, sino más bien un pequeño tentempié. Abriría un buen vino, posiblemente un buen *godello* de la zona de Valdeorras que reservaba para alguna noche especial. Dado que hacía mucho tiempo que no tenía una noche que pudiera considerarse especial, había decidido que no retrasaría más el disfrute de aquel pequeño placer afrutado. Después, se fumaría un cigarrillo con toda la tranquilidad del mundo. Aquella llamada, sin embargo, amenazaba con cambiar sus agradables planes. Enfurruñada y cansada, respondió de malas maneras:

—¿Qué pasa ahora, Samuel?

—Menos humos, Clara, que aún soy tu jefe —le soltó la voz al otro lado del teléfono, tratando de sonar indulgente.

«Aún», pensó Clara. «Ojalá ya no lo fuese», deseó con todas sus fuerzas. Aquel hombre nunca le había despertado simpatía alguna; más bien, sentía hacia él una ligera repulsión, cuya lógica se le escapaba. Al parecer, Samuel Gómez, director del *El Diario Gallego*, gozaba de las simpatías de mucha gente. Nunca había escuchado una mala palabra sobre él, algo muy meritorio teniendo en cuenta los ambientes en los que se movía y el cargo que ocupaba. Había llegado a la conclusión de que o bien nadie se atrevía a decir lo que realmente pensaba de él o bien el problema estaba en ella misma, que era incapaz de ver las supuestas bondades de aquel hombre melifluo y pedante.

—Vale, jefe, ya me ha quedado claro quién es el que manda aquí. No perdamos más el tiempo. ¿Qué ocurre? ¿Algún accidente de coche? ¿Algún pescador que se ha caído al mar?

Quería acelerar la conversación de cualquier forma. Sabía bien que su jefe adoraba charlar sobre cualquier cosa y tenía una tendencia a enrollarse que Clara consideraba poco saludable. Su madre solía decirle que habían acertado plenamente con su nombre, porque lo que más valoraba en otras personas era la claridad y la franqueza; en otras palabras, que no se anduvieran con rodeos y fueran al grano.

—No es nada de eso —replicó su jefe y se quedó mudo, lo que provocó que Clara comenzara a notar cómo su ira amenazaba con soltarse, igual que las cadenas de un preso a punto de fugarse.

—Pero no te quedes callado de esa manera. Si tienes que decirme algo importante, dilo de una vez. En otro caso, mañana me lo cuentas. Son casi las ocho de la tarde, llevo desde la mañana trabajando para tu periódico y estoy muy cansada. Lo que menos me apetece ahora mismo es jugar a las adivinanzas contigo, Samuel.

El hombre soltó una carcajada estridente, como si mil cuervos se pusieran de acuerdo para graznar al mismo tiempo. Sin quererlo, Clara se imaginó a su jefe sentado en el despacho de su oficina, riendo de aquella forma, y la imagen le resultó tremendamente desagradable. Por fin, cesó aquel graznido grotesco, no sin que antes pudiera escuchar cómo Samuel sorbía la saliva que parecía querer escapársele de los labios. Aquello le provocó un escalofrío que calificó de una intensidad ligeramente superior a lo normal.

—Tengo una propuesta para ti, Clara. Recuerdas aquel traslado que me pediste, ¿verdad?

«¿Cómo me iba a olvidar de algo así, idiota?», pensó Clara. «Sería como olvidarse de haber nacido». Se planteó responderle con alguna de sus clásicas salidas de tono, pero logró contener su caudal de furia.

—Sí, me acuerdo —contestó en su lugar.

Hacía tres años que había sido destinada a la delegación de la Costa da Morte y, unos meses atrás, le había trasladado a su jefe el deseo de volver a su destino inicial, en la comarca de Ferrol. Era allí donde había nacido, donde vivía su familia y donde había forjado sus mejores recuerdos, aquellos que la habían convertido en la persona que era. Aunque le gustaban los paisajes y las gentes de la región en la que ahora residía, deseaba con todas sus fuerzas poder retornar a su lugar de origen. Echaba de menos a sus padres, a los que solo podía visitar, con suerte, una o dos veces al mes. Aunque apenas los separaban unas dos horas de viaje, su trabajo no le dejaba margen para desplazarse entre semana y solo algún sábado o domingo suelto podía sacar un poco de tiempo para verlos.

A esto se añadía que el ambiente en la oficina no era demasiado bueno, fruto de algunas rencillas personales que se habían ido tejiendo a lo largo de los años, como el moho que crece en una naranja y acaba convirtiendo su piel en una insana viscosidad donde se entremezclan los colores verde y blanco. Aquellos problemas no tenían visos de desaparecer, muy al contrario. Clara se había encontrado al llegar con unos compañeros que apenas se podían mirar los ojos y medían cuidadosamente las palabras que se atrevían a dirigirse unos a otros. Puesto que no había querido tomar partido por ninguno de los dos bandos que se habían formado, había decidido mantenerse al margen de todos sus conflictos, haciendo oídos sordos a las descalificaciones y acusaciones cruzadas que se lanzaban a las espaldas unos y otros. Esto la había colocado en una posición neutral, a todas luces, incómoda, y cada día que acudía a la oficina le parecía un auténtico infierno del que quería escapar sin más dilación. No le resultaba nada sencillo tener que trabajar entre cuchillos afilados, dispuestos a volar por los aires a la mínima ocasión.

—Al fin tengo buenas noticias para ti. He hablado con Dani, el nuevo responsable de la delegación de Ferrolterra. Me había olvidado de decírtelo. Lo nombraron delegado comarcal hace unos días ¿sabes? Es un buen tío, responsable, trabajador y muy cercano a todos. Yo lo conocí hace un par de años en una cena del periódico. Se me acercó y…

«Otra vez se va por las ramas. No hay manera con este hombre. ¿Se puede ser más pesado?», se dijo Clara. Sabía que tenía que cortarlo o seguiría hablando de nimiedades hasta el fin de los tiempos.

—Sí, sí. ¿Puedes decirme ya cuál es la buena noticia?

Aunque Clara parecía querer intuirla, tampoco quería hacerse demasiadas ilusiones. Hacía un año, Samuel la había llamado a su despacho para decirle que el traslado estaba casi hecho y, cuando ya había empezado a hacer las maletas y a buscar piso en Ferrol, todo se echó a perder. Su jefe se excusó asegurando que había sido un malentendido, pero sabía bien que fue culpa del anterior delegado territorial de la comarca de Ferrolterra, con el que Clara había trabajado, primero, como becaria y, luego, como redactora a sueldo. Con él había tenido más de un

conflicto. De hecho, si a día de hoy estaba allí, en plena Costa da Morte y no a unos pocos cientos de metros de su familia, era porque aquel delegado se la tenía jurada. En cuanto encontró la forma de deshacerse de ella, no lo dudó. Sin embargo, por lo que el director le decía, aquel estúpido hombrecillo ya no estaba al frente de la delegación territorial de Ferrolterra y las posibilidades de traslado parecían volver a estar sobre la mesa. Solo necesitaba que Samuel se las confirmara.

—Te vuelves para Ferrol.

Aquellas palabras le sonaron tan irreales que no provocaron en ella ninguna emoción. Le parecieron vacías, como si carecieran de sentido o hubieran sido pronunciadas en algún idioma ajeno y desconocido para ella. Decidió quedarse callada y esperar a que su jefe dijera algo más. Por una vez, era ella la que parecía jugar con los silencios.

—¿No estás contenta? ¿No era lo que querías?

Tenía que reaccionar de alguna forma. Le pareció estar volviendo de un viaje por un mundo extraño y lejano, un viaje que hubiese estado realizando en un globo aerostático que ahora empezaba su lento descenso hacia el suelo. Poco a poco, todo le iba pareciendo más real, más tangible.

—Yo… ¿Cuándo me puedo ir? —fue lo único que alcanzó a preguntar.

Escuchó como Samuel emitía un breve gruñido que no supo interpretar. Sin embargo, le pareció que no había ningún tipo de malicia en aquel extravagante sonido, sino que se trataba más bien de una curiosa forma de asentimiento. Se alegraba de poder perderlo de vista pronto.

—Todavía tenemos que arreglar algunos papeles, pero creo que la próxima semana podrás empezar en tu nuevo trabajo —declaró Samuel satisfecho.

—Gracias, de verdad, muchas gracias.

Clara sentía que la alegría se extendía por sus venas a una velocidad endiablada.

—No hay de qué. Ahora, ve a descansar. Te lo mereces. Mañana concretamos las condiciones de tu traslado en la oficina. ¿Te parece bien?

Le pareció que en el tono de Samuel se entremezclaba la pena y la satisfacción. Seguramente, estaba triste por su marcha, pero, por otro lado, se alegraba de poder ser el portador de buenas noticias para ella.

—Por supuesto. Hasta mañana, Samuel.

Escuchó cómo su jefe se despedía de ella y colgaba el teléfono. Se quedó absorta, con la mirada perdida más allá del parabrisas de su flamante todoterreno negro, que había adquirido apenas un par de meses atrás. Había estado tanto tiempo deseando aquel traslado que ahora no sabía qué hacer ni cómo celebrarlo. Se acordó del paseo por la playa, del vino y del tentempié nocturno y, de pronto, todo aquello le pareció poca cosa. Llamaría a Lucía, una de las pocas amigas que había hecho en Corcubión, a la que había conocido en sus clases de yoga. La invitaría a cenar para celebrar la noticia, pues consideraba que la ocasión lo merecía. Por fin, podría volver a recorrer los sitios en los que había crecido y ver a su familia siempre que lo desease; tal vez, comer un par de veces a la semana los deliciosos platos de *pota* que su madre preparaba con tanto cariño o reunirse con sus amigas después del trabajo para tomarse unas cañas. En definitiva, volver a sentirse de nuevo parte de algo. De alguna manera, todo volvía a tener sentido.

Se le ocurrió que una de las primeras cosas que debía hacer al regresar era llamar a un viejo amigo. Quizás, y solo era una posibilidad remota, podría ponerle de nuevo en contacto con alguien al que le apetecía mucho volver a ver. Aunque una de las frases que solía repetirse siempre era la de «no deberías volver a hacerles sitio a aquellas personas que pasaron por tu vida

y no has vuelto a ver en los últimos cuatro años», con aquella persona podía y quería hacer una excepción. Habían pasado ya más de cinco años desde la última vez, aquella tarde aciaga en la que todo estalló. Por aquel entonces, ella era menos comedida en sus formas y estaba demasiado verde para tener una relación seria. Estaba segura de que había madurado lo suficiente en estos años y que las cosas serían muy distintas si hoy tuviera enfrente a esa persona que ahora añoraba.

Recordó que, antes de que todo saltase por los aires, las cosas parecían marchar bien entre ellos. Sin embargo, en algún momento, todo se volvió demasiado formal para ella. Él le propuso irse a vivir juntos y ella se asustó. Pensaba que no estaba preparada para algo así y que, además, la convivencia mataría el deseo, la llama se extinguiría y entrarían en un hastío continuo. En aquel tiempo, tenía veintiséis años y creía que era demasiado joven como para aburrirse. Necesitaba vivir, crecer, ampliar sus horizontes y conocer mundo. Todo aquello él no podía ofrecérselo. Y ahora, allí estaba, con casi seis años más, a casi doscientos quilómetros de distancia, deseando volver a su casa. Sin duda, era una señal de que sus aspiraciones habían cambiado.

Deseaba estabilidad, un lugar al que llamar hogar y, tal vez, una familia esperándole en él. Todo aquello que tanto le asustaba unos años atrás le parecía ahora una interesante perspectiva de futuro. Sí, sin duda tenía que hacer aquella llamada, tenía que intentarlo, volver a contemplar sus ojos castaños y comprobar si la intuición que crecía en sus entrañas tenía algún sentido o eran solo vanas ensoñaciones.

Varias preguntas le pasaron por su cabeza: ¿habría alguien en su vida? ¿Es posible que tuviera planes de marcharse a otra ciudad por trabajo? ¿Estará preparado de nuevo para afrontar una relación, tras semejante golpe del destino? ¿Y ella, estaba preparada para volver a encontrarse con él? Desde luego, aquellas cuestiones no se iban a responder solas. Antes tendría que llamar a Cristóbal para comprobarlo. «Lo haré la próxima semana, en cuanto me establezca de nuevo en Ferrol. Ahora toca celebrar la buena noticia», pensó mientras buscaba el número de Lucía en la agenda de su teléfono.

5

Bailando en la cabeza de un alfiler

Se puede perder el tiempo o perderse en el tiempo

Faltaban escasos minutos para las seis de la tarde y la terraza del café rebullía, tan viva y agitada como siempre a esas horas los sábados por la tarde. Laura comprobaba impaciente su reloj y dirigía miradas fugaces hacia todos los lados del puerto. Su amiga, sentada justo frente a ella, la miraba divertida.

—No sé por qué tienes esa sonrisa en la cara, Ame. Es casi la hora y aún no está aquí. No es buena señal que llegue tarde a la primera cita.

América se colocó el pelo, aunque pronto se dio cuenta de que aquella era una misión perdida.

—Yo no tengo ninguna prisa. Además, fue idea tuya venir aquí una hora antes de la cita. Te dije que era demasiado pronto —indicó, mientras le lanzaba una sonrisa burlona a su amiga.

—Sí, lo sé. Es que quiero que todo salga bien —alegó Laura con aire preocupado.

—Viéndote a ti, nadie diría que soy yo la que está esperando a su cita.

Laura frunció el entrecejo de manera socarrona, como queriendo darle a entender falsamente a su amiga que aquello la había irritado. Acto seguido, se echó a reír. América la acompañó con una carcajada procedente de lo más profundo de su alma hasta que se percataron de que un chico de altura media y cabello castaño muy oscuro se acercaba a ellas.

—¡Es él, Ame! ¡Es él! Mira, mira, viene hacia aquí —se emocionó Laura, mientras agitaba sus manos en el aire, como si tratara de espantar a unas molestas moscas invisibles.

Su amiga afirmó con la cabeza, a la vez que le hacía un gesto con la mano para que se tranquilizase. Por supuesto, Laura pasó por alto aquella petición.

—¡Ay! No me gusta. Es demasiado bajo para ti. Y mira qué ropa trae. Parece un contable de una película de los años sesenta.

—Ni siquiera sabes la pinta que tenían los contables en esos años. No digas tonterías. Mejor aún, no digas nada más —trató de acallarla América.

El chico estaba a punto de alcanzar la mesa donde ambas estaban y Laura no parecía dispuesta a cerrar la boca. América la miraba arqueando las cejas rítmicamente, esperando que se diese cuenta de que cualquier cosa que dijese podía llegar sin problemas a los oídos de aquel chico.

—Tú no estás tan desesperada, ¿verdad, Ame? Dime que no. Dime que no te vas a liar con el primero que conozcas. No con este ¿vale? ¡Júramelo!

América entendió, entonces, que la única forma de hacerla callar era recurrir a métodos más expeditivos. Encogió levemente su pierna derecha y la lanzó con fuerza hacia la espinilla de su amiga, propinándole una fuerte patada. Laura dio un pequeño bote en la silla y clavó sus ojos asombrados en los de América.

—Pero ¿qué haces? Eso duele ¿sabes? —se quejó, mientras encorvaba su espalda y se pasaba la mano por la pierna dolorida.

No tuvo tiempo de dar explicaciones, puesto que el chico ya había llegado hasta ellas y se encontraba de pie, sonriendo y mirándolas curioso. América pensó que, a pesar de todo, su amiga tenía parte de razón. Si hubiera tenido que juzgar por las fotografías de la aplicación, habría jurado que el chico era más alto y que las facciones de su rostro eran más refinadas. Apenas era

un poco más alto que ella, tal vez unos cinco o diez centímetros. Sus ojos eran oscuros, pero no demasiado, más cercanos a un marrón wengué que al puro ébano. Su nariz, ligeramente ancha, aunque no tosca, sino más bien proporcionada y robusta. Sus labios, un tanto carnosos, y su sonrisa, desde luego, no le parecía nada espantosa. Llevaba el pelo oscuro peinado al estilo *beatle*. En conjunto, se podía decir que aquel chico no era nada especial. Seguramente, nunca habría vuelto sus ojos hacia él si lo hubiera visto por la calle y, sin embargo, su mirada honesta y la amplitud de su sonrisa le indicaban que había algo en él que podía llegar a interesarle.

—Siento llegar unos minutos tarde. No encontraba aparcamiento y tuve que dar un par de vueltas. ¿Puedo sentarme?

Laura lo estaba analizando de pies a cabeza, con la frialdad de un androide especialmente programado para detectar defectos en los humanos. América sabía bien lo que estaría pensando su amiga; probablemente, no le agradase en absoluto el aspecto de aquel chico. Ella siempre decía que tenían que aspirar a más, a alguien que entrase por los ojos al primer vistazo. Según su teoría, esa era la señal de que un chico era apropiado para ella. Sin embargo, aquella estrategia no le había reportado demasiados buenos resultados en sus relaciones hasta el momento, aunque ella se negase a admitirlo.

—Claro que puedes sentarte. Gabriel, ¿verdad? —contestó América, levantándose y plantándole los pertinentes besos protocolarios en la mejilla.

—Sí, perdón, que no me he presentado. Supongo que tú eres América y ella es… —añadió, dirigiendo su mirada hacia la desconocida que ocupaba el asiento donde se suponía que no debería haber nadie.

—¡Laura! La mejor amiga de América.

Esto lo había dicho alzando tanto la voz que Gabriel había echado la cabeza hacia atrás por pura inercia, como queriendo escapar de la onda sonora que acababa de provocar la chica. Cuando se hubo recuperado del susto, continuó hablando.

—Encantado, Laura. Pensé que América y yo estaríamos solos, pero si te quieres quedar, no me importa.

Laura frunció el ceño. No le gustó que le dijese aquello, como si le estuviera haciendo un favor. Pensaba que, dado que ella era la mejor amiga de América, tenía pleno derecho a decidir si se quedaba allí o se marchaba. ¿Quién era aquel muchacho impertinente que pensaba tener algún poder de decisión en aquella cuestión?

—No, Laura ya se iba, ¿verdad? —repuso América, lanzándole una mirada inquisitiva a su amiga, que le respondió con los ojos cargados de asombro y vehemencia. A pesar de que ya habían acordado antes que, en cuanto apareciera Gabriel, ella los dejaría a solas, no parecía que Laura estuviera dispuesta a cumplir el pacto. Como veía que la extraña situación parecía tener visos de enquistarse, América insistió.

—Laura, ¿recuerdas esos recados que me dijiste que tenías que hacer? Anda, ve, que se te va a hacer tarde.

Gabriel no sabía muy bien qué hacer. Todavía no había tomado asiento y la sonrisa se le había petrificado en el rostro, como si fuera un mimo callejero a la espera de una moneda que le animara el día. Al fin, Laura reaccionó.

—Claro, lo había olvidado. ¡Qué tonta soy! Ya me conoces, Ame, siempre me olvido de todo. A veces hasta me olvido de que somos amigas. Qué tontería ¿verdad?

Esta última frase la había dicho arqueando mucho las cejas, tratando torpemente de envolver de ironía sus palabras. América comprimió los labios y reprendió con la mirada a su amiga. Laura comprendió que se había sobrepasado y torció el gesto, como si quisiese regañarse

a sí misma y, al mismo tiempo, hacerle saber a su amiga que era consciente de que no había actuado bien. Se levantó de la silla y se despidió de ambos con fingida efusividad. Se alejó un par de metros y se dio la vuelta, observando cómo Gabriel tomaba asiento justo enfrente de América. Comprobó que su amiga la estaba viendo e hizo un gesto con su mano, llevándose el dedo pulgar y meñique a su oreja y a la boca respectivamente, como queriendo decir que luego la llamaría. Su amiga forzó un parpadeo, a la vez que asentía de manera casi imperceptible con su cabeza.

—Todavía está ahí, ¿no? —preguntó Gabriel, divertido.

América no pudo reprimir la risa. Al verla reír de manera tan efusiva mirando hacia ella, Laura se sintió avergonzada y se giró deprisa, acelerando el paso.

—Ya se ha ido, puedes estar tranquilo —apuntó ella, quitándole importancia a la situación con un gesto distendido de su mano.

Ambos se miraron por un momento en silencio. A Gabriel le pareció que la chica que tenía delante era tal y como se la había imaginado por las fotografías; más aún, diría que todavía parecía más interesante en persona. Su voz, cálida y femenina, le parecía un ingrediente que mejoraba aún más aquella agradable mezcla de sugestivos encantos. Le pareció que el pelo rojizo y salvaje, totalmente descontrolado a merced de la suave brisa que soplaba aquella tarde en el muelle, le daba a aquella mujer un atractivo singular. A él le pareció estar sumergiéndose en una neblina blanda y esponjosa, en una especie de somnolencia placentera y sedante. Los ojos verdes de aquella chica le parecían un mundo en el que no le importaría perderse, un auténtico vergel que podría explorar en profundidad sin ningún temor. En estas ensoñaciones andaba enfrascado cuando América decidió romper el silencio.

—Entonces, trabajas en una gestoría. Dime, ¿te gusta tu trabajo?

Gabriel cogió aire y lanzó un resoplido que hizo que el sobre de azúcar vacío del café que había tomado Laura se desplazara unos cuantos centímetros por encima de la mesa. Le pareció que su primera pregunta había sido como una flecha lanzada al centro exacto de la diana.

—Si te soy sincero, no demasiado. Es bastante aburrido, aunque es cierto que es lo que me paga el piso y la comida cada mes. Supongo que solo por eso, debería estar agradecido.

—No sé si es correcto dar las gracias por algo que claramente no te hace feliz —expresó América, mirándole compasiva.

Él sonrió y estaba a punto de responderle cuando el camarero irrumpió en primer plano preguntándole qué quería tomar. Pidió un café con leche y le dio las gracias amablemente al hombre antes de que se marchara. Aquello le hizo perder por un momento el hilo de la conversación, provocando que la respuesta que había estado a punto de disparar se encasquillara sin solución. Decidió, entonces, reconducir la conversación con otra pregunta.

—¿Tú trabajas, América? En tu perfil no he visto nada al respecto.

Vio cómo a ella se le ensombrecía misteriosamente el rostro y le extrañó que vacilara tanto en contestar a aquella cuestión.

—No tienes que contestar si no quieres. Ya sé que la situación laboral ahora mismo no es nada fácil y menos aquí, en Ferrol.

Estaba tratando de relajar la situación, porque había notado que ella parecía un tanto incómoda.

—Sí, es una situación difícil. Por eso no tengo trabajo —zanjó ella, evitando hablarle de los motivos reales por los que no lo hacía.

Sobre el papel, no había mentido, aunque aquella situación difícil a la que se refería no tenía nada que ver con la crisis laboral que azotaba desde hacía décadas la comarca, sino con ella

misma.

Había decidido no decirle nada de la enfermedad durante su primera cita, al menos hasta que estuviera segura de que quería seguir conociendo a Gabriel. Le parecía un desperdicio de tiempo sacar el tema en un primer encuentro, pues sabía que aquel asunto monopolizaría la conversación y, tal vez, provocaría que la tratara de forma poco natural. Si realmente estaba interesada en él y, por supuesto, él en ella, y decidían verse por segunda vez, le contaría todo acerca de su enfermedad. Sabía bien que, antes de eso, tenía que contárselo a Laura. Se lo debía y, además, ella nunca le perdonaría que se lo explicara antes a un desconocido cualquiera. Todavía no se había preparado para aquella conversación, pero sabía que más pronto que tarde tendría que afrontarla. ¿Cómo se lo tomaría la pobre Laura?

Ya había imaginado la situación un par de veces. Seguramente, en cuanto escuchase la terrible noticia, se le enrojecerían las mejillas y se le hincharían los pómulos como a un pez globo; se le contraería la cara y comenzaría a hacer pucheros hasta estallar en un abundante manantial de lágrimas vivas. América se estremecía solo de pensarlo y, tal vez, aquella había sido la razón por la que todavía no había sido capaz de decirle nada. Sin embargo, sabía que el tiempo corría en su contra y vivía con la continua sensación de estar corrompiendo los lazos de fidelidad que le unían a su gran amiga. Mientras trataba de librarse de aquellos pensamientos que le atormentaban el alma, Gabriel parecía haber entendido que aquel no era un asunto sobre el que se sintiera especialmente feliz de hablar. Por ello, decidió que era mejor darle otro giro a la conversación.

—En tu perfil decías que te gustaba pintar. ¿Qué tipo de cosas pintas?

América sonrió y le dirigió una mirada tierna. Había comprendido que Gabriel intentaba hacerla sentir cómoda en su presencia, saltando por encima de aquel asunto que le había disgustado de manera evidente.

—Nada especial. Paisajes, sobre todo, marinas.

—Suena bien. A mí me encanta el mar en cualquiera de sus formas. Nunca se me ha dado bien el arte, pero, de vez en cuando, me gusta acercarme a la costa y sacar algunas fotos, sobre todo si hay temporal —reveló Gabriel con la mejor de sus sonrisas.

—Me gustaría ver alguna de tus fotos.

Él asintió complacido.

—A mí me gustaría ver alguno de tus cuadros.

Después de pronunciar estas palabras, la miró intensamente, queriendo perderse en el verde ultramar de sus pupilas. Ella notó su mirada punzante y se sonrojó tibiamente, al tiempo que entornaba los párpados, tratando de cerrarle el paso al mundo que asomaba en sus ojos.

—Tal vez más adelante pueda enseñártelos —dijo América al fin, apoyando su barbilla fina en la palma de la mano.

El camarero apareció de nuevo en acción, portando un café humeante que depositó con cuidado sobre la mesa. Gabriel volvió a darle las gracias y vació el sobre de azúcar en él, observando cómo la pequeña montaña edulcorada se sumergía sin protestar en la espuma blanquecina del café. Levantó la mirada y se dio cuenta de que, por primera vez, ella lo observaba con interés, como si tratara de captar y estudiar todos sus gestos.

—Eso estaría bien. Si te apetece que nos veamos de nuevo, yo también puedo traerte algunas de mis fotos —comentó, mientras revolvía nervioso el café.

—Aún es pronto para decirlo, ¿no crees? —inquirió ella, tratando de escrutar sus intenciones respecto a una segunda cita.

—Supongo —repuso lacónico, pues le pareció dilucidar en la chica una cierta desconfianza

sobre la posibilidad de poder volverse a ver.

El bolso de América se agitó espasmódicamente, al tiempo que el volumen de una melodía ascendía de forma progresiva. *Sweet Jane*, tan inoportuna como siempre. Le lanzó una sonrisa de circunstancias a Gabriel y abrió la cremallera del bolso con dedos frenéticos.

—Perdona, creía haber silenciado el móvil —se excusó, al tiempo que observaba la pantalla —. Es mi madre. Si no te importa, voy a cogerlo. Le diré que llame más tarde.

Gabriel asintió sonriente y contempló a América mientras se levantaba y se alejaba un par de metros. Se dio cuenta de que, hasta ese momento, ni siquiera se había fijado en la ropa que llevaba. Había estado tan absorto admirando todas y cada una de las facciones de su rostro que no había reparado en nada más. Llevaba una blusa azul con estampados blancos, que dibujaban un patrón geométrico a la altura de sus pechos. Una falda negra le cubría los muslos, trazando una recta justo por encima de la rodilla. Calculó que debía de medir un poco más que él, quizás unos escasos ciento sesenta y cinco centímetros. Unas sandalias negras con varias tiras cruzadas a lo largo de sus pies completaban su indumentaria. Aunque su aspecto era un tanto desgarbado, había algo en ella que hacía que Gabriel no pudiera dejar de mirarla. Se maldijo por no haber considerado mejor su vestuario para aquella cita. Había elegido una camisa gris ceniza surcada por un par de rayas verticales anchas de color blanco y unos pantalones de pinzas de color marrón terroso, ya un tanto usados, aunque no lo suficiente como para que hubieran comenzado a perder el color. Ni siquiera pensó demasiado en su calzado, ya que escogió para la ocasión un par de zapatos de piel marrón que su hermano detestaba y que le había intentado tirar a la basura más de una vez. El pelo, como siempre, se lo había peinado hacia delante, dejando caer sobre su frente un trozo de flequillo que Cristóbal habría calificado, sin lugar a duda, como «el ridículo de los ridículos». Todavía se lamentaba en silencio cuando América volvió a sentarse, disculpándose de nuevo por la interrupción.

—No te preocupes. Una madre es una madre —dijo él.

Ella asintió con un gesto alegre, a la vez que metía el teléfono en el bolso y corría la cremallera. Gabriel esperó a que volviera a acomodarse en la silla y continuó hablando.

—Me he fijado en la melodía del móvil. ¿Te gusta la Velvet?

—Soy más fan de Lou Reed en solitario —reconoció ella, obviamente, agradada y sorprendida por aquella pregunta. Desde luego, no habría esperado que, con aquel chico, con aquel contable de los años sesenta aburrido e insustancial, según su amiga, pudiera acabar hablando de su músico favorito en la primera cita. Le pareció una señal de que quizás, y solo quizás, aquella tarde no iba a ser una pérdida de tiempo.

—Totalmente de acuerdo. ¿Y cuál es tu disco favorito? Ahora es cuando me dices que es el *Metal Machine Music* —bromeó Gabriel, riendo abiertamente.

Aquella era una broma para avanzados en la materia. Todo fan de Lou Reed sabía que había grabado ese disco en apenas veinticuatro horas en el año 1975 y que se trataba de una serie de canciones plagadas de cacofonías y ruidos sin ningún sentido musical. Aunque el artista lo desmintió en varias ocasiones, las malas lenguas siempre dijeron que lo había hecho como venganza contra su discográfica. Por supuesto, fue un fracaso rotundo de ventas y crítica; muchos de los compradores lo acabaron devolviendo a la tienda aduciendo que aquel disco era una auténtica estafa.

América, como buena conocedora de la obra del cantautor neoyorkino, soltó una carcajada y asintió enérgicamente ante la mirada divertida de él.

—Vale, esa ha sido buena —acertó a decir con la voz entrecortada por la risa. Cuando pudo parar de reír, continuó hablando—. Hablando en serio, mi disco favorito es *Magic and Loss*.

—Tengo que reconocer que tienes gustos singulares. Eso me gusta—afirmó taxativamente Gabriel, al tiempo que simulaba con sus manos un aplauso—. No es habitual que el disco favorito de alguien tenga como tema principal la muerte.

Lo cierto es que aquel disco, el bueno de Lou lo había grabado para honrar la muerte de dos de sus amigos y estaba plagado de alusiones a la enfermedad, tratamientos dolorosos y funerales, entre otras cosas.

Ella sonrió amablemente, pero, al mismo tiempo, sintió que algo se le desgarraba por dentro, como si un diminuto ser clandestino le estuviera rajando el corazón. De pronto, tuvo ganas de llorar, pero supo recomponerse y evitar que Gabriel se diera cuenta de todo lo que estaba tratando de procesar.

—Como ves, soy una mujer poco común —señaló, tratando de resultar interesante.

Él la miró de manera enigmática y ella no supo interpretar lo que estaba pasando por su mente. Se preguntó si tardaría mucho en descubrirlo.

—Lo veo bien, América —dijo clavando sus ojos oscuros y brillantes en ella.

Allí estaba su respuesta. En la cabeza de Gabriel se amontaban las ideas y las sensaciones. Sabía que tenía delante a una persona diferente, alguien a quien merecía la pena conocer. Aquellos ojos que lo miraban contemplativos le decían que había mucho por descubrir en su interior. Sin embargo, tenía la sensación de que ella ocultaba algo importante, como si alguna cosa la mantuviera encadenada a una pesada roca. Además, las intenciones de aquella chica hacia él le parecían, en aquel momento, totalmente indescifrables.

—Dejando a un lado al maestro Lou, ¿qué otro tipo de música te gusta? —curioseó ella, tratando de devolverle al mundo real.

Gabriel se aclaró la garganta y comenzó a enumerar una serie de grupos y artistas que abarcaban un amplio espectro temporal, desde los años sesenta hasta la actualidad. América asentía, haciéndole ver que compartía sus gustos. Cuando alguno de los que nombraba no le gustaba demasiado, ladeada la cabeza y torcía el gesto, provocándole una sonrisa.

—De todos los que te he nombrado, mi favorito siempre ha sido Oasis. Ya sabes, el *Britpop*, esa gloriosa época musical.

—Yo soy más de Blur —replicó ella burlona.

En efecto, la rivalidad entre ambos grupos había sido una constante a lo largo de sus respectivas carreras; especialmente, en la época de los noventa, con deseos de muerte incluidos.

—No hablas en serio —rebatió Gabriel, dejando brotar una carcajada de su garganta.

El tiempo se les pasó en apenas un par de parpadeos y pronto el sol comenzó a apagarse. La luz tenue del atardecer les indicó que habían transcurrido, al menos, un par de horas desde que comenzaran a hablar. Entre cafés y el sonido relajante del agua acunando los barcos del muelle habían consumido la tarde charlando de música y compartiendo algunos recuerdos de su temprana juventud.

—Ya es tarde. Debo irme —indicó América, que no quería que aquellas palabras sonasen a cruda despedida.

Él asintió, aunque deseaba ardientemente que aquel encuentro no tuviera fin. Hacía mucho tiempo que no se sentía de aquella forma: tan vivo y con el alma en plena ebullición. Por su parte, América había olvidado durante un buen rato que aquella maldita espada pendía aún sobre su cabeza y que la única posibilidad de terminar con aquella amenaza era que cayera sobre ella por su propio peso.

—¿Quieres que te acompañe a algún lado, América? —preguntó él mientras se levantaba de la silla y cogía su chaqueta.

—No es necesario. Por cierto, estaré encantada de enseñarte mis cuadros la próxima vez.

—Y yo de enseñarte mis fotos.

Se contemplaron con curiosidad, como dos viejos amigos que han olvidado el rostro del otro y se miran ahora por primera vez después de varias décadas sin verse, tratando de reconocer lo que antes les había sido tan familiar.

Se despidieron con un par de besos en la mejilla y América sintió que él demoraba un poco más de lo normal en separarse de su rostro, como si quisiese atrapar su perfume y la geografía de su rostro en un valioso segundo. Se miraron otra vez. Ella se despidió de nuevo agitando su mano en el aire y él asintió con una amplia sonrisa. América se giró y se alejó de la terraza en dirección a su coche. Justo antes de abrir la puerta, se dio la vuelta el tiempo justo para ver cómo él aún la estaba mirando, allí parado y con el rostro todavía radiante. Se metió en el coche y se alegró de no haber escuchado los consejos de Laura una vez más.

Mientras arrancaba el motor de su viejo 600, pensó si acaso no habría sido demasiado arriesgada al proponerle una segunda cita a Gabriel. Se preguntó también si quizás él no le habría dicho que sí por no querer parecer maleducado. Sin embargo, esos pensamientos se disiparon tal y como vinieron al maniobrar para salir de su aparcamiento entre dos coches y ver cómo él aguardaba aún de pie y la despedía una vez más levantando gentilmente su mano. Ella soltó una mano del volante para devolverle el saludo y casi empotra el morro de su coche contra el vehículo que estaba delante. «Genial, América. Ahora solo falta que destroces el coche delante de él», se dijo mientras aferraba con fuerza el volante.

Gabriel observaba toda la escena sonriendo como un bobo. Al mismo tiempo, no dejaba de machacar su confianza propia, repitiéndose que había sido un estúpido y que no había aportado nada de interés a la conversación. Se dijo que quizás había estado bailando toda la tarde en la cabeza de un alfiler.

6
Volver al juego

Demasiado tiempo en el banquillo hace olvidar las reglas del juego

María removía con un viejo cucharón de madera el contenido de una olla de considerable tamaño. El vapor ascendía desde el interior del recipiente impregnando la cocina de un agradable perfume de verduras y carne de ave. A pesar del estruendoso ruido de la campana extractora que hacía su trabajo a pleno rendimiento, escuchó el sonido chirriante de la puerta de la casa abriéndose y cerrándose. Por la forma impetuosa de cerrar la puerta, dedujo que se trataba de su hijo Cristóbal. Todo lo contrario solía hacer su vástago Gabriel, que ya le había dado más de un susto importante; algunas veces se había topado con él de frente en el pasillo, sin haber sido consciente de su entrada. En aquellas ocasiones, solía decirle que parecía un espía ruso.

—¡Qué bien huele, mamá! —exclamó Cristóbal, colocándole la mano sobre su hombro y plantándole un sonoro beso en la mejilla descubierta.

—Anda, anda, que eres un adulador —alegó la mujer, mirándole de reojo con gesto satisfecho.

—De eso nada. Papá decía siempre que había que decir la verdad bajo cualquier circunstancia. Eso es lo único en lo que procuro hacerle caso, ya que él no tuvo la decencia de seguir sus propios consejos.

Su madre torció el gesto y meneó la cabeza con evidente actitud de desaprobación.

—Siempre igual, Cristóbal. Lo que hizo tu padre ya pasó. No tiene sentido seguir pensando en eso.

Cristóbal se encogió de hombros y se alejó un par de pasos de su madre. Echó un vistazo alrededor y se fijó en lo poco que había cambiado aquella cocina con el paso de los años: los mismos azulejos de un blanco puro original que hacía tiempo habían adquirido un color amarillento; el mismo plafón en el techo, que emitía aquella luz azulada y tenue que lo bañaba todo; la misma mesa de madera oscura, asentada sobre aquellas patas firmes y robustas sobre las que alguna mano ducha en la materia había tallado cuatro pequeñas volutas. En definitiva, todo le parecía igual y, sin embargo, muy distinto. Aquella pequeña mujer, que se afanaba en revolver el guiso de carne que tantas veces había degustado a lo largo de su vida, había mudado la piel y el alma un par de veces en los últimos años. Las circunstancias de la vida la habían empujado a ello y había demostrado con creces que era una luchadora nata.

Nadie hubiera esperado que se rehiciera tan pronto de la dolorosa traición perpetrada por su propio marido, con quien había compartido más de treinta años de su vida. Apenas tres años antes, Raúl, un hombre serio, aparentemente comprometido con su familia y con un aura de integridad que todos aquellos que lo conocían no dudaban en señalar, dio la espantada. Recién cumplidos los cincuenta años, con una mujer y dos hijos ya adultos, entró por la puerta un día diciendo que se marchaba. No quiso dar explicaciones, ni a su mujer ni a Gabriel, su hijo mayor; mucho menos aún, se las quiso ofrecer a Cristóbal, el menor de los hermanos, que tenía por aquel entonces veinticuatro años.

Aquel día, María lloró los siete mares, incapaz de comprender aquella decisión de su marido. «Ya volverá», decía las semanas siguientes. «Es incapaz de apañarse él solo», trataba de convencerse a sí misma jornada a jornada.

Solo cuando una tarde vio entrar a Gabriel con la cara desencajada y los ojos achicados,

comprendió que no iba a volver. Su hijo le contó que lo había visto haciendo la compra en un supermercado acompañado de una mujer que debía de ser unos veinte años menor que él. Ni siquiera se dignó a saludarle, a él, a su propio hijo. Desde aquel momento, ambos hermanos se encontraron con él apenas un par de veces más y no se habían vuelto a dirigir la palabra. María ni siquiera lo había vuelto a ver.

El día que se enteró de aquello, ni siquiera lloró. Le dolió, por supuesto, ¿cómo no iba a dolerle algo así? El hombre con el que había pasado toda su vida, con el que ha compartido sus más profundos deseos y miedos, al que había confiado tus secretos más preciados, al lado del que había construido sus más intensos y valiosos recuerdos, la traicionaba de esa forma. Sin embargo, se dijo a sí misma que, si aquella persona era capaz de hacer algo así, no merecía una lágrima más de sus ojos, ni siquiera un reproche. Sencillamente, no se merecía nada más de ella. Decidió, entonces que saldría adelante sin mirar atrás y así lo hizo, ante el asombro y la admiración de sus dos hijos.

—Hola, mamá.

Otra vez, su hijo mayor había llegado y ni siquiera lo había advertido.

—Hijo, siempre igual. ¿Cuándo has llegado?

Gabriel sonrió, tierno, y rodeó el cuerpo de su madre con suavidad.

—Mi nariz me dice que justo en el mejor momento —señaló, mientras aspiraba el olor del guiso, contrayendo y relajando los músculos alrededor de su nariz.

—Tengo dos hijos igual de exagerados. No sé a quién habrán salido.

—Esperemos que no a papá —respondió Gabriel, frunciendo el ceño.

—No digas eso, que a mamá no le gusta.

Cristóbal había vuelto a la cocina y estaba ahora apoyado en el marco de la puerta, como si su hombro quisiese evitar un derrumbamiento. La imagen resultaba un tanto cómica, puesto que era más alto que su hermano mayor y también bastante más ancho que él, como consecuencia de las horas que dedicaba al día a sus ejercicios de musculación en el gimnasio. Ocupaba casi todo el espacio que se abría en el vano de la puerta y semejaba un auténtico panel humano atorado dentro de los límites que trazaba el marco a su alrededor.

—¿Y lo dices tú? Anda, Cristóbal, si tú eres el primero en rajar de él —se defendió su hermano con una pizca de resentimiento en la voz.

Su madre lo miró muy seriamente y no hizo falta que dijera nada para que Gabriel entendiera que aquel no era un camino que le conviniera seguir. Asintió con los labios apretados, arrastró una silla y se dejó caer en ella.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó Cristóbal, que había decidido también tomar asiento.

Gabriel se encogió de hombros y no dijo nada.

—Tan expresivo como siempre —le dijo, sin ocultar que aquella actitud no le resultaba especialmente agradable.

—¿Qué quieres que te diga? Como siempre, aburrido y cansado.

Su hermano se carcajeó jocosamente, ante lo que Gabriel puso los ojos en blanco. Se levantó para ayudar a su madre a poner la mesa.

—¿Tú? ¿Cansado? —preguntó Cristóbal, tratando de ahogar la risa que le brotaba de lo más hondo.

—Ya sé lo que vas a decir, Cris. Ahora empezarás con que tú sí que estás cansado, trabajando en ese maldito almacén, cargando cajas varias horas al día casi sin descanso y que no entiendes cómo yo puedo estar cansado si me paso el día sentado en una silla delante del ordenador. Que sepas que la gente tiene derecho a cansarse en su puesto de trabajo, sea cual sea.

Cristóbal Pereira no tiene la exclusiva del cansancio laboral. Cargar cajas no es lo único que hace que la gente se canse en el mundo. Antes de ti, la gente también se cansaba y lo seguirán haciendo en el futuro, se lo permitas tú o no. Puedes ahorrarte el sermón.

—Yo diría que el sermón lo has dado tú, hermanito. Vaya humor que traes —replicó Cristóbal, que permanecía sentado sin apenas inmutarse por las palabras que acababa de escuchar. A decir verdad, ese tipo de conversaciones era común entre ambos y se habían acostumbrado a decirse aquellas cosas sin que les afectaran.

—Dejad de discutir, que voy a servir la comida. Ya sabéis que, en esta casa, hay una norma muy clara: no se discute mientras se come —terció su madre, mientras hundía el cucharón en la olla y lo erguía bien cargado de aquel guiso humeante.

Ambos sabían que aquella norma la había instituido su padre, pero se dijeron con la mirada que era mejor no hacer ningún comentario al respecto. Gabriel esperó a que su madre terminara de servir el guiso y se sentó. Tomó la botella de vino tinto y sirvió un vaso a cada uno de ellos, empezando por su madre y siguiendo por su hermano y él mismo. Cuando hubo finalizado aquel ritual, los tres comenzaron a comer en silencio, saboreando todos y cada uno de los matices de aquel delicioso plato.

—¿Qué tal te va con Sofía? —quiso saber María, sin levantar los ojos del plato. Evidentemente, había lanzado aquella pregunta a su hijo pequeño.

—Mamá, vas con retraso. Ya no estoy saliendo con ella.

Su madre seguía mirando al plato. Ni un solo gesto que pudiera delatar alguna reacción se reflejó en el rostro de la mujer.

—Una pena. Parecía buena chica —comentó lacónicamente.

—Supongo que lo era —indicó Cristóbal, sin darle demasiada importancia al asunto.

A Gabriel no le sorprendía en absoluto aquella noticia. Había perdido la cuenta de la cantidad de chicas con las que su hermano había salido. Si no hablaban en un par de semanas, no llegaba a conocer el nombre de muchas de ellas. Por eso, cada vez que Cristóbal declaraba que estaba saliendo formalmente con una chica, ni siquiera se molestaba en tratar de memorizar su nombre. De hecho, habría jurado que la tal Sofía se llamaba en realidad Sonia. Al parecer, estaba equivocado.

—¿Y tú, Gabi? ¿Has vuelto a sondear el mercado? —soltó Cristóbal, antes de dar un largo sorbo a su vaso de vino.

De reojo, Gabriel observó que su madre había detenido en seco su intención de llevarse la cuchara a la boca. Había levantado la cabeza y lo observaba expectante. Sin duda, la pregunta había conseguido captar la atención de la mujer, que esperaba una respuesta que su hijo dudaba en proporcionarles.

—No —aseveró Gabriel, sintiendo que no había pronunciado aquella palabra de manera rotunda.

Se dio cuenta de que le había temblado la voz. Su madre volvió a hundir la cuchara en el plato y le pareció percibir un ligero gesto de decepción en su cara.

—A ver cómo te lo digo… —comenzó a decir su hermano, tocándose con los dedos índice y medio la frente.

—Cris, si vas a empezar con tus asquerosos discursos machistas sobre las mujeres, mejor no digas nada —intervino Gabriel, dejando caer la cuchara en el plato y recostándose sobre el respaldo de la silla.

—Déjalo hablar. Igual dice algo que te ayude —medió su madre.

Aquella frase dejó asombrados a los dos hermanos, que no esperaban que su madre

intercediera en favor de Cristóbal justo en aquel tema. Habían escuchado muchas veces sus opiniones sobre el asunto y, normalmente, ambos acababan escandalizados por las barbaridades que se le ocurrían. Sin embargo, parecía que su madre se había cansado de ver a su hijo mayor en aquel estado lúgubre de los últimos tiempos y quizás había pensado que lo que necesitaba era algún tipo de estímulo o empujón que le hiciera dar algún paso adelante.

—¿Ves? Hasta mamá quiere que te aconseje. No puedes negarle ese deseo a nuestra madre —comentó Cristóbal, poniendo cara de angelito y tratando de sacar provecho de la situación.

Gabriel asintió, aunque con gesto contrariado, e hizo un ademán con la mano para hacerle entender que lo escucharía.

—Gabi, el mar está lleno de peces. No puedes aferrarte a un pez que ya no existe o que ya te has comido. Hay muchos otros deseosos de morder el anzuelo. No lo desaproveches o te morirás de hambre.

—Sabes que odio esa frase y ese ejemplo me parece de mal gusto. No quiero un pez, quiero encontrar a una persona con alma de verdad. No quiero compartir mi vida y mi tiempo con alguien que se olvida a los tres segundos lo que le he dicho. Para eso, ya te tengo a ti, Cris.

Su hermano lanzó una carcajada y su madre esbozó una sonrisa graciosa que le arrugó el rostro.

—La verdad es que a mí sí me gustaría que tuviéramos memoria de pez. Así podría olvidar a los tres segundos lo que me dicen las chicas con las que me acuesto y también estaría bien que ellas olvidaran las cosas que les digo. Eso me facilitaría mucho la vida y pondría fin a la mayor parte de mis problemas. Además, podría meter la pata una y otra vez con la misma chica hasta dar con la frase adecuada para llevarla a la cama.

—A veces me das vergüenza, hermano. Te lo digo de verdad —declaró Gabriel, volviendo a concentrarse en la comida y provocando otra sonora carcajada de su hermano.

—Hijo, sabes que te quiero mucho, pero esas cosas que dices yo no sé dónde las has aprendido —añadió su madre, con los ojos elevados hacia el techo de la cocina.

—Mejor que no lo sepas, mamá —reconoció Cristóbal cuando hubo calmado su risa escandalosa.

Los tres se quedaron un rato en silencio, solo acompañados por el repiqueteo de las cucharas tocando el fondo de los platos y el casi imperceptible sonido de sus propios cuerpos deglutiendo la comida.

—Es posible que haya conocido a alguien —confesó, por fin, Gabriel.

María soltó la cuchara sobre la mesa, dibujando una pequeña mancha amarillenta en el mantel. Cristóbal se quedó patidifuso con la cuchara delante de los labios y los ojos muy abiertos. Una sonrisa pícara iluminó el rostro de Gabriel, que seguía comiendo sin mirarlos a la cara, sabedor del efecto que había provocado en ellos.

—No es para tanto. Acabo de conocerla —añadió levantando los ojos y contemplando divertido la curiosa escena que acababa de escribir con sus palabras. Ni María ni el siempre vivaracho y charlatán Cristóbal fueron capaces de decir una sola palabra durante el tiempo que tardaron en terminar de comer. Literalmente, se habían quedado sin habla. Gabriel Pereira sonreía pensando que había llegado el momento de volver al juego.

7
Un día casi perfecto

Es rozar la perfección con la yema de los dedos

Llevaba la primavera ya más de un mes desperezándose y haciendo explotar el mundo en vivos colores, cuando América Castro aparcó su viejo 600 rojo en el muelle de Ferrol. Se miró en el espejo retrovisor y comprobó que las ojeras todavía seguían ahí, amenazando con no marcharse nunca. Comprobó la hora y se dio cuenta de que había llegado con bastante margen a la cita, unos quince minutos antes de la hora a la que había quedado en verse de nuevo con Gabriel. Hacía una semana que se habían conocido y se habían estado mensajeando desde entonces, hablando de su día a día, sin profundizar demasiado en ningún aspecto concreto. Sin embargo, ambos se habían sentido a gusto intercambiando sus impresiones cotidianas, por muy banales que fueran. Era un primer paso y una señal de que ambos querían seguir en contacto.

América sabía que aquel día tendría que decirle a Gabriel lo que le ocurría, pues se había prometido a sí misma que así sería. «Si tengo una segunda cita con él, se lo diré», había jurado mirándose muy seria en el espejo de su dormitorio.

El día anterior le había tocado el turno a Laura. Había sido un momento realmente difícil para ambas. América no supo por dónde empezar y solo alcanzó a soltar un par de frases inconexas antes de echarse a llorar. Laura, que no había entendido del todo lo que había dicho su amiga, la abrazó y el labio inferior le comenzó a temblar. De alguna manera, intuyó que lo que le pasaba a su amiga tenía que ver con su enfermedad. Aunque no había comprendido el alcance total de sus palabras, vislumbraba en el rostro de su amiga que algo terrible había sucedido. Cuando América se tranquilizó y consiguió hilvanar un monólogo algo más fluido y coherente, las lágrimas hicieron mudanza a las mejillas coloradas de Laura. La noticia le cayó como una bomba de terribles proporciones, destrozando en mil pedazos el corazón de su amiga. Lloraron ambas hasta secar las fuentes más profundas de sus respectivas almas y luego permanecieron en silencio, abrazadas y con los ojos cerrados. No podían hacer otra cosa más que acompañarse, tratando de contener y mantener a raya la soledad y el dolor más elemental.

Hoy tendría que enfrentarse de nuevo a una realidad que la agotaba, que no podía controlar y que la superaba por momentos. Aun así, se había marcado como objetivo tratar de disfrutar de aquella cita, intentar conocer un poco más a aquel chico y pasar un buen rato.

Quedaban escasos cinco minutos para las cinco de la tarde cuando vio aparecer a Gabriel a lo lejos, caminando pausadamente, como si la prisa lo hubiera abandonado a su suerte mucho tiempo atrás. Llevaba una especie de carpeta aferrada contra su costado y el semblante jovial. Decidió salir del coche y abordarlo antes de que tomara asiento en la terraza de la cafetería. Aunque se habían citado en el mismo lugar que la primera vez, ella tenía otros planes para aquel día.

—¡Gabriel! ¡Ven! ¡Sube al coche! —le gritó desde lejos, agitando su brazo en el aire.

Al verla, Gabriel sonrió y apuró el paso.

—Pensé que nos quedaríamos en la cafetería —le dijo cuando ya estaba frente a ella.

—Tengo una idea mejor —le reveló, llevándose el dedo índice a la barbilla.

Gabriel asintió y dio la vuelta al coche. Al abrir la puerta, un chirrido agudo y vibrante le penetró el tímpano.

—¿Cuánto hace que no engrasas esta puerta? —le preguntó mientras tomaba asiento en el

interior del viejo trasto rojo.

—¿Y qué importa eso? ¿Acaso no se ha abierto? Ese sonido le da personalidad. Me gusta así. No querría uno de esos coches nuevos y aburridos que lo hacen todo solos. Si llueve, el limpiaparabrisas se activa. Si hace frío, algún estúpido programa hace que el aire acondicionado se regule automáticamente hasta alcanzar la temperatura ideal. Si hace sol, el coche decide por sí mismo que el cristal tiene que oscurecerse para ajustar la luz que entra. Y así mil historias más que nos vuelven tontos. Si mi coche chirría significa que es viejo y si es viejo, ha visto muchas cosas. Eso es bueno, ¿no crees?

—No tengo nada que objetar a eso —afirmó Gabriel, asintiendo rotundamente con gesto satisfecho.

América lo miró y le lanzó una sonrisa que a él le pareció encantadora. Reparó en las ojeras que surcaban sus ojos, pero se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto. Ella metió la llave en el contacto y el viejo automóvil comenzó a vibrar. Varios sonidos procedentes del motor y de distintos puntos de la carrocería del coche, que Gabriel fue incapaz de identificar, le llamaron la atención. Sin embargo, prefirió no decir nada más sobre el estado de aquel vehículo. Al parecer, a ella le gustaba y eso él lo consideraba suficiente.

—¿Qué llevas en esa carpeta? —curioseó América, que ya había comenzado a pisar suavemente el acelerador y hacía avanzar el coche en dirección a la carretera Alta del puerto.

—Son las fotos que te prometí —apuntó él, dándole unos golpecitos con las palmas de sus manos a la cubierta de la carpeta que reposaba sobre sus rodillas.

Ella asintió y lo miró de reojo con cierta ternura.

—Por cierto, no me has dicho a dónde vamos —añadió mirándola de soslayo.

Una risa nerviosa de mujer ascendió y flotó en el ambiente un par de segundos. Él arqueó las cejas, a la vez que la observaba extrañado.

—No me mires así, Gabriel. Es una pequeña sorpresa. Tú has traído tus fotos y yo, de alguna manera, te voy a enseñar mi arte.

—Haces que suene interesante.

Tragó saliva.

—No quiero decir que no lo fuera antes, pero…

Se quedó callado, con la mente y las palabras atoradas sin solución. Pensó que había sido un estúpido hablando de aquella manera, como si hubiera querido darle a entender que sus cuadros no le interesaban lo suficiente. Sin embargo, pronto cayó en la cuenta de que aquella chica no era de las que se ofendían por cualquier minucia. Reía jovialmente y no dejaba de lanzarle miradas juguetonas.

—¡Menuda cara se te ha quedado! —le soltó, a la vez que desenganchaba la mano derecha del volante y le golpeaba su hombro con el dorso de la mano.

—Perdona, es que no quería que pensases que no me interesa lo que haces. De verdad que tengo ganas de verlo.

Aquellas palabras las había dicho con la voz mansa, casi palpitante, lo que hizo que ella aumentase aún más el volumen de su risa. Él la miraba con una mezcla de confusión y admiración que no lograba comprender.

—No sé con qué clase de chicas has tratado antes, pero hace falta mucho más para hacerme sentir ofendida.

Sonrió en silencio, contemplándola de arriba abajo. Los nervios desleales que se habían apoderado de él sin ningún tipo de aviso previo desaparecieron de un plumazo. Volvió a respirar con normalidad y sintió que el calor de las mejillas se le iba aflojando. Ahora sentía que no podía

dejar de mirarla. Su pelo rojizo, erizado y revuelto como siempre, resplandecía a la luz del sol de mayo. Sus ojos verdes se parecían a la superficie de un mar en calma, verdoso y cristalino, en un día placentero de verano. Reparó en el gracioso lunar que se dibujaba ligeramente ladeado hacia la derecha, bajo su labio inferior. Se fijó en su piel, tersa y blanquecina, moteada por algunas pecas y otros lunares diminutos, muy lejos de poder rivalizar en tamaño con aquel otro de su barbilla. Tenía la boca entreabierta y le pareció que sus dientes eran como pequeños vagones perlados, dispuestos en perfecta simetría y proporcionalidad, uno detrás de otro. Bajó la mirada y observó que llevaba puesto un vestido verde oscuro con estampados floreados en tonos amarillos y blancuzcos. La visión de sus piernas, que alcanzaba a ver hasta un poco más arriba de la rodilla, le hizo sonreír. Ella debió de percibirlo, ya que le lanzó una mirada burlona y le sacó la lengua, antes de echarse a reír de nuevo. Gabriel sintió un nuevo ardor en sus mejillas, aunque esta vez un tanto diferente. No era vergüenza, sino, tal vez, deseo.

Cuando volvió los ojos al frente, se dio cuenta de que habían tomado la carretera que deja el centro urbano en dirección a la zona costera de Covas.

—¿Me llevas a la playa? No he traído el bañador —indicó él, tratando de sonsacar alguna pista sobre el destino final de aquel viaje.

—No te hará falta allí donde vamos —alegó ella de manera enigmática.

Continuaron recorriendo aquella carretera unos diez minutos más, dejando atrás las dos torres blanquecinas de la iglesia de San Martín de Covas. Un poco más adelante, Gabriel se dio cuenta de que no giraban a la izquierda, en dirección a las playas, sino que continuaban recto hacia el cabo Prior. La carretera se estrechaba cada vez más conforme se iban acercando a la zona acantilada.

—Así que vamos al faro. Esa era la sorpresa —apuntó, asintiendo con amplios movimientos de cabeza.

—Chico listo —repuso ella sin apartar la mirada de la carretera.

En aquel punto, el camino se hacía tortuoso y aún más angosto. Aunque América había ido muchas veces al faro, siempre le causaba cierta congoja transitar algunos tramos de aquella vía. Poco después, luego de dejar atrás un par de curvas desde donde podía verse una amplia panorámica de la costa Ártabra, enfilaron la recta que llevaba hacia la torre. A su alrededor se extendían, salpicando el paisaje, unas cuantas edificaciones en ruinas que otrora habían sido diversas instalaciones pertenecientes a una batería militar. Todavía era posible ver los enormes huecos donde antes habían reposado unos grandes cañones de costa Vickers, que ya habían sido desmantelados y convertidos en chatarra.

El viejo 600 rojo quedó aparcado al pie del faro, cuya torre octogonal emergía modestamente desde la estructura principal de la construcción, apenas siete metros por encima del suelo. A pesar de ser una edificación de escasa altura, su situación la hacía imponente, dominando desde su privilegiada posición, a más de cien metros de altura desde el nivel del mar, los acantilados del cabo Prior desde hacía más de ciento cincuenta años.

Apenas hubo apagado el motor, América salió como un rayo del coche ante la sorpresa de Gabriel. La vio irse corriendo hacia la parte delantera del 600 y abrir el portón frontal, lo que le hizo pensar que algo le había ocurrido al motor del coche. Abrió y empujó rápidamente la puerta del coche, provocando el consiguiente chirrido pesado al que ya comenzaba a acostumbrarse.

—¿Qué ha pasado? ¿Algún problema en el motor? —se preocupó, mientras se incorporaba, apoyando la mano en la parte superior del frontón.

Escuchó su risa y vio que América se asomaba por detrás del portón agitando en el aire un maletín de madera oscura en la mano.

—Te imaginaba como el típico hombre que sabe dónde está el maletero en este tipo de coches.

En efecto, había olvidado que aquel modelo tenía el maletero en la parte delantera, reservando la parte trasera para el motor.

—¿Quieres decir como un hombre clásico o, más bien, chapado a la antigua? —inquirió, acercándose a ella y extendiendo su brazo para ofrecerle ayuda con el fin de descargar el maletero.

—Eso aún no lo sé —soltó ella, clavando su mirada en el brazo extendido de Gabriel—. Baja ese brazo, que no soy manca —añadió sonriendo.

Terminó de vaciar el maletero y ambos se quedaron mirando aquellos objetos que reposaban sobre la gravilla ocre de la pequeña explanada que se extendía frente al faro, allí donde se terminaba la carretera: un pequeño caballete de madera luminosa de pino, el maletín oscuro y una pequeña mochila. Él la miró curioso, esperando que dijese algo al respecto.

—Querías ver mis cuadros, ¿verdad? ¡Qué mejor forma de ver cómo pinto que en directo! —le dijo ella.

Tomó la mochila y se la echó a la espalda. Acto seguido, cogió también el pequeño caballete y se lo puso bajo el brazo, apretándolo con fuerza contra las costillas. Gabriel se ofreció para ayudarla a cargar el maletín, pero ella rechazó de nuevo su ayuda.

—No te preocupes tanto por mí y piensa más en tus cosas. ¿No traías una carpeta? —le espetó.

Él asintió y rodeó el coche. Abrió la puerta delantera derecha y cogió la carpeta que había dejado antes sobre el asiento. Vio entonces que ella comenzaba a rodear el faro, dirigiéndose hacia su parte trasera. Apuró el paso hasta alcanzarla.

—¿No cierras el coche? —se extrañó él, dirigiendo una fugaz mirada hacia el lugar donde estaba aparcado.

—¿Para qué? ¿Quién va a querer robar esa antigualla? —expuso América, sin mirar atrás.

—Creía que te gustaba ese trasto.

Se sentía un tanto desconcertado por la respuesta de la chica.

—Y me gusta —aclaró con tono convincente.

—No te entiendo.

América se detuvo en seco. Ladeó la cabeza y lo miró cálidamente, como una madre que mira a un hijo que pone todo su empeño en dar sus primeros pasos.

—Gabriel, no hay mucho que entender. Me gusta mi coche porque es sencillo y no tengo que preocuparme demasiado por él. Si tuviera un deportivo último modelo me pasaría el día pensando en que alguien podría robármelo o arañármelo. Me volvería una esclava de ese coche, pensando en que todo lo que invertí en él, de un día para otro, carecería de sentido. Con mi 600 no me pasa nada de eso. Incluso me resulta agradable ver un arañazo nuevo en su carrocería. Es como una cicatriz nueva, una marca reciente en su larga vida, una anécdota más sobre su cuerpo viejo y oxidado que, de alguna manera, le da aún más personalidad. En cambio, en uno de esos coches modernos, tan brillantes, un arañazo es como una herida abierta, una deformidad insoportable en un cuerpo perfecto. Es cuestión de punto de vista. ¿Lo entiendes ahora mejor?

—Creo que sí.

Reanudaron la marcha. Él no estaba del todo seguro de haber comprendido totalmente sus palabras.

Apenas hubo dado un par de pasos por detrás del faro, ella se paró de nuevo. Miró al horizonte, donde el sol aún resplandecía con una luz blanquecina y fuerte que lo bañaba todo.

—Aquí está bien —indicó, mientras posaba el maletín en la hierba que crecía alrededor del faro. Acto seguido, dejó el caballete en el suelo y se descolgó la mochila de la espalda, dejándola caer a tierra. Se agachó y la abrió, ante la atenta mirada de Gabriel. Sacó una pequeña toalla y un lienzo de exiguas dimensiones, más reducidas que las de un folio. Extendió la toalla sobre la hierba y se sentó mirando al mar. Él dudó por un momento si sentarse a su lado.

—¿A qué esperas? Ven conmigo —lo invitó ella, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

Él se acomodó delicadamente a su lado y se sintió por primera vez muy cerca de ella. Sus cuerpos estaban a apenas unos centímetros. Por un instante, estuvo tentado de poner su mano sobre la suya, que reposaba sobre la toalla, casi rozándole la pierna. Sin embargo, prefirió no hacerlo. Ella volvió la cabeza hacia la mochila y volvió a rebuscar en su interior. Sacó una especie de tela enrollada atada por un cordel gordo que había comenzado a deshilacharse. Tiró del extremo del cordón y la tela se extendió, dejando a la vista varios pinceles de distintos tipos y tamaños. Extrajo también de la mochila una paleta de madera salpicada de colores en toda su superficie, lo que hacía intuir que había sido utilizada intensamente a lo largo de mucho tiempo. Por último, sacó una caja de lápices y un vasito de plástico, que rellenó con un poco de agua de una botella.

—Estoy lista.

Lo había dicho a la vez que tomaba un lápiz de la cajita y levantaba su cabeza, mirando fijamente la inmensidad del mar.

—¿Qué vas a pintar, exactamente? —quiso saber, mirándola con ojos atentos.

—¿Ves esa escalera que desciende hacia las rocas?

Señalaba con el lápiz la larga serie de escalones de cemento que serpenteaban en caída desde el faro hasta llegar a una especie de monolito en forma de hache minúscula.

—Sí, he venido antes, aunque nunca he bajado hasta allí —respondió.

Se sintió angustiado solo de pensar en el vértigo que le podría provocar un posible descenso por aquella estrecha escalinata.

—Voy a pintar esa escena.

Entonces, ella volteó la cabeza hacia él, de modo que algunos de los mechones encrespados de su pelo le cayeron sobre el rostro, obstaculizando la visión de sus ojos como un matorral de hierbas rojizas que ocultaban un bello tesoro. Tomó el lápiz entre sus dedos y comenzó a esbozar con trazos largos el horizonte y la línea de la costa. Después, con líneas más cortas, fue situando todos los elementos que componían la escena. Gabriel la miraba maravillado. Le parecía que lo que estaba viendo era algo mágico, solo posible para una persona dotada de un talento innato. Estaba totalmente absorta en lo que hacía, como si hubiera entrado en una especie de trance hipnótico.

No tardó demasiado en tener listo el dibujo sobre el que iba a trabajar. Echando un vistazo rápido a lo que había hecho, sonrió y lo giró hacia Gabriel, para que él pudiera contemplarlo mejor.

—Es muy bueno, América.

Lo había dicho dejando entrever una sincera admiración por lo que tenía delante. Aunque todavía faltaba darle color y aquellos trazos solo suponían la base para poder iniciar el trabajo, el dibujo destilaba una sensibilidad y una pericia más que notables.

Ella le dio las gracias y abrió el maletín. Allí había tubos de distintos colores, algunos retorcidos de tanto ser usados y otros casi intactos.

—¿Son óleos?

Había recordado que durante su adolescencia intentó hacer sus pinitos en la pintura al aceite sin mucho éxito.

—Estos en concreto, no. Me gusta pintar al óleo, pero, ya que hoy quería hacer algo rápido, he traído acrílicos. Con el óleo el proceso es más lento. Como tarda más en secar, lo más normal es pintar por capas en varias sesiones. El acrílico seca antes, así que puedo trabajar las diferentes partes del cuadro con más rapidez y terminarlo en una sesión.

—Entiendo.

Analizó detenidamente los pinceles y, después de contraer ligeramente los labios, pareció decidirse por uno de ellos. Lo acomodó entre sus dedos. Después de motear su paleta con los colores que pensaba utilizar en su obra, humedeció el pincel un poco en el agua del vaso y lo arrastró suavemente sobre el pequeño cúmulo de pintura azul ultramar que había colocado en la paleta. Con el pincel impregnado de pintura comenzó a lanzar trazos rítmicamente, de un lado y de otro, cubriendo poco a poco el lienzo desnudo. Se inició entonces una especie de ritual que mantuvo a Gabriel extasiado largo tiempo. Como si se tratase de una sutil coreografía, América tomaba un poco de pintura de la paleta y movía de aquí para allá su mano, haciendo que aquellos movimientos de su brazo semejaran pasos de baile perfectamente armónicos y sincronizados. De vez en cuando, Gabriel dirigía su mirada hacia el mar; otras veces, miraba hacia donde oteaban con avidez los ojos de ella, tratando de captar los matices de la escena que se afanaba por reflejar sobre aquel pequeño lienzo. La cabeza de América subía y bajaba frenéticamente, comparando la escena real con la del lienzo, a medida que iba acercándose a la versión definitiva de su obra. Parecía no querer dejar escapar ningún detalle, como si con la mirada pudiera atrapar todos y cada uno de los puntos de color de aquel paisaje marino.

Él se percató de que debían de llevar ya más de dos horas en aquel lugar, puesto que el sol había perdido fuerza y comenzaba ya a deslizar su deseo de esconderse por detrás de la línea del horizonte. Se puso entonces en pie. América había levantado la cabeza y lo miraba, esperando que él hiciera algún comentario.

—Esto es muy bonito, América —señaló él, perdiendo su mirada en la lejanía.

—Creí que habías dicho que ya habías venido antes.

Gabriel sonrió y la miró. Desde su posición, de pie frente a ella, su pelo parecía aún más rebelde. Algunos mechones acaracolados se le levantaban suavemente con la brisa del mar y otros parecían querer demostrar que no estaban dispuestos a ser domados con facilidad.

—Así es. He estado aquí antes, pero nunca de esta manera.

—¿A qué te refieres? —le dijo ella, con sus ojos verdes muy abiertos.

—De esta forma, escuchando el sonido del mar, sintiendo que estoy aquí de verdad como parte del paisaje y no como un simple espectador. Hasta ahora no me había dado cuenta de ello. Es como si las otras veces hubiera visto esta misma escena, pero a través de la televisión, como si no hubiera sido real.

Ella dejó por un momento el pincel en el vaso del agua, que adquirió un tono negruzco. Se puso en pie y se colocó frente a él, con la suave luz del sol bañándole el rostro. Las pecas de sus mejillas se hicieron todavía más visibles y a él le pareció que el lunar de su barbilla se había movido de posición, aunque no fuera cierto.

—¿Qué te parece si bajamos hasta las rocas? —propuso ella, señalando la escalinata.

La mera idea de pensar en bajar por allí, aunque fuese un pequeño tramo, le hizo estremecerse. Trató de encontrar alguna justificación para evitar tal reto.

—Aún no has terminado el cuadro.

Era evidente que intentaba salir del paso de cualquier forma.

—Lo haré después. ¡Vamos!

Sin darle margen a decir otra palabra, América se dirigió con paso firme hacia el comienzo de la escalera de cemento. Gabriel se acercó hasta allí y miró hacia abajo. El vértigo le provocó un fugaz mareo y sintió que la piel de la cara se le helaba. Aunque no podía verse por fuera, supo a ciencia cierta que debía de haber palidecido de golpe.

—No puedo hacerlo —confesó por fin.

Sintió una punzada cálida en su dedo meñique. Miró hacia su mano y vio que ella entrelazaba su dedo con el suyo.

—Sí puedes. Conmigo puedes hacerlo.

En aquel instante, a él le pareció recobrar el sentido. Una corriente de calor le recorrió el cuerpo y sintió que una potencia desconocida le sacudía las entrañas. Entonces, ella notó como él le aferraba la mano con fuerza y su rostro recobraba lentamente su coloración natural. América dio el primer paso y él la siguió. Descendieron lentamente los escalones; él, sin mirar demasiado hacia los lados, concentrado en sus pasos y en colocar correctamente el pie en cada uno de los peldaños; ella, sonriendo, disfrutando de la calidez de sus manos entretejidas, mientras un viento cada vez más frío y constante les azotaba la cara.

Cuando llegaron al final de la escalinata, Gabriel, sin soltar la mano de América, apoyó su hombro contra la columna de cemento que se erigía sobre las rocas, tratando de relajar el ritmo de su respiración. Ella se puso frente a él y lo tomó de la otra mano. Se miraron uno a otro durante unos segundos, un efímero instante en el que el viento pareció amainar y la fuerza del mar quiso amansarse bajo los pies de aquellos dos seres, tan diminutos, colgados sobre la inmensidad de un océano infinito. Ambos sonrieron, con los rostros radiantes y los sentimientos a flor de piel. Una ráfaga de viento tan corta como intensa los zarandeó sutilmente, sacándolos de aquel estado ilusorio en el que habían entrado.

—Será mejor que volvamos —propuso ella, soltándole la mano derecha y tirando de él con el otro brazo hacia delante.

Deshicieron el camino, esta vez hacia arriba, en menos tiempo del que habían necesitado para descender. Cuando estaban ya a punto de alcanzar el faro, América sintió un fuerte pinchazo en el corazón y un sudor frío comenzó a humedecer su espalda y su frente. Notó también que su respiración se hacía cada vez más pesada y corta. Se sentía débil y le pareció que los músculos de sus piernas no le respondían de forma adecuada, como si hubieran decidido unilateralmente dejar de cumplir con sus obligaciones. Gabriel se percató de que algo no iba bien.

—¿Qué te pasa?

Parecía muy preocupado. Ella cogió una bocanada de aire, que le supo a gloria, y consiguió articular una frase entre breves jadeos.

—Me he cansado. Eso es todo —explicó mientras le apretaba la mano y dibujaba en su rostro una expresión fingida de alivio.

Todavía exhausta, América se dejó caer de espaldas en la toalla. Trataba de normalizar su respiración, mientras él la contemplaba con gesto serio.

—¿Puedo ayudarte? ¿Quieres un poco de agua?

Ella notaba cómo el corazón le latía arrítmicamente, como un mal solista que trata de despuntar entre los otros músicos, empeñado en tocar las notas equivocadas sobre una orquesta perfectamente sincronizada.

—Tranquilo. En unos minutos estaré bien.

Él se agachó a su lado y volvió a cogerle de la mano. Se fijó entonces que de su cuello pendía una pequeña cruz de madera que había comenzado a perder su color natural, clareando en

algunas zonas. Hasta ese momento, no se había percatado de aquel colgante. Pensó que, seguramente, ella lo había llevado por debajo de su vestido todo el tiempo y ahora, con la agitación de la subida, se le había salido. Permanecieron unos minutos en aquella posición, hasta que América sintió que todo comenzaba a volver a su sitio. Los pinchazos en el corazón eran ya casi imperceptibles y su respiración había comenzado a encauzarse. Trató de incorporarse lentamente, pero un pequeño mareo la convenció de que era mejor permanecer acostada un poco más.

—¿Por qué no te tumbas también? —le propuso, lanzándole una sonrisa de circunstancias.

Él la miró, le devolvió la sonrisa y se estiró a su lado, sobre la hierba.

—¿Crees en Dios?

Gabriel miraba hacia el cielo. A ella, aquella pregunta la cogió por sorpresa. Inclinó levemente su cabeza hacia él y pestañeó un par de veces antes de hablar.

—Sí. ¿Y tú?

Pareció dudar unos instantes. Su rostro contrito reflejaba una lucha interior que solo él podía comprender.

—Me gustaría creer —reconoció al cabo de un rato.

—¿Quieres decir que te falta fe?

Ella lo había cogido de la mano otra vez y lo miraba delicadamente.

—¿Fe? ¿Qué es la fe para ti, América? —la cuestionó.

Había apartado la mirada del cielo y había volteado el rostro hacia ella. Permaneció así unos instantes y luego giró de nuevo la cabeza, clavando una mirada inquisitiva en sus ojos.

—Es una buena pregunta.

Se detuvo a pensar antes de continuar.

—Me imagino a Dios como el mar. ¿Cuánta gente en el mundo no ha podido ver nunca el mar? Quiero decir, no en fotos o en vídeos, sino el mar de verdad.

—Diría que bastante —opinó él, un tanto dubitativo.

—Sin embargo, esa gente sabe que el mar existe. Le han hablado de cómo es el aspecto de las olas y de su sonido característico. De alguna manera, esa gente sería capaz de identificarlo, aunque nunca antes lo hubiera visto o escuchado, ¿verdad?

—Supongo que sí.

Estaba tratando de descubrir hacia dónde iba la argumentación de América.

—Ahora cierra los ojos y tápate los oídos, solo un momento —le pidió ella.

Él desenlazó con suavidad la mano de la suya y se colocó las palmas sobre las orejas. Acto seguido, cerró sus ojos. Permaneció así unos segundos y luego los abrió. Descubrió los oídos y volvió a tomarla de la mano.

—¿Qué has visto? ¿Qué has escuchado?

—Solo oscuridad y silencio —le dijo él, mirándola fijamente.

—Y, aun así, sabías que el mar estaba ahí, ¿verdad? No se había ido mientras tú estabas así.

—Claro —asintió con resuelta clarividencia.

—Para mí eso es la fe. Saber que el mar existe, aunque no lo haya visto o escuchado nunca. Sé que sigue existiendo aun cuando lo conozco, pero no puedo verlo o escucharlo. Dios es como el sonido del mar, siempre está ahí de fondo, pero muchas veces nos alejamos tierra adentro y dejamos de escucharlo. Necesitamos acercarnos otra vez a la costa para volver a sentirlo.

Una ráfaga húmeda, cargada de salitre, les salpicó la frente y la punta de sus narices.

—Ahora entiendo por qué te gusta tanto el mar, tus deseos de pintarlo una y otra vez. Lo haces porque te hace sentir cerca de Dios, ¿verdad?

Ella dirigió sus ojos hacia arriba, allí donde unas nubes jugueteaban superponiendo sus barrigas de algodón una y otra vez.

—Es posible. Nunca lo había pensado de esa manera.

Él la miraba, sintiendo que por la mente de ella transitaban pensamientos oscuros que luchaban por salir a flote, como si estuviera conteniendo una inminente erupción volcánica. No entendía qué era lo que preocupaba de aquella manera a América. Una de las nubes opacó por un momento el sol y ambos se sumergieron en una negra sombra, fría y desalentadora. El corazón de América había recobrado la normalidad y el funcionamiento de su cuerpo parecía haber recuperado la sensatez. Sin embargo, sabía que no podía seguir ocultando aquel secreto mucho más tiempo. Tenía que ser honesta y cumplir su promesa. Despegó los labios y, de entre ellos, se le escurrió un suspiro.

—¿Has pensado alguna vez en cómo sería ver a Dios?

Había formulado aquella pregunta sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Nunca —manifestó él tajantemente.

—Yo sí lo he hecho, infinidad de veces. Me imagino el momento como una persona que nunca ha visto el mar y, cuando ya es *viejito*, uno de sus hijos decide llevarlo de viaje a la costa, para que no se muera sin saber lo que es. Entonces, aquel *viejito*, que solo ha visto antes el océano por televisión, siente que aquello que ahora ve con sus propios ojos es el espectáculo más bello e impresionante que ha experimentado en su vida y que ya no le queda nada más por hacer. De alguna manera, siente que ya se puede morir en paz. Yo, Gabriel, creo que pronto me convertiré en ese *viejito*.

Una lágrima le resbalaba ya por la mejilla, pero había girado la cabeza sutilmente, de manera que él no podía verla.

—¿Tienes prisa por morir? —se sorprendió él, intentando ocultar torpemente el desconcierto que le habían causado sus palabras.

—Tengo prisa por vivir —repuso ella.

Mantenía la mirada fija en el vasto océano Atlántico.

Él se incorporó sobre sus codos y se fijó entonces en las mejillas rosadas y empapadas de América. De sus ojos manaban las lágrimas como ríos desbordados por las impetuosas lluvias invernales.

—No entiendo, América. ¿Qué te pasa? —indagó con expresión inquieta.

Había comenzado a sollozar y trataba de secarse las lágrimas arrastrándolas con la mano, pero solo conseguía humedecer así todo su rostro. Sus pecas mojadas chispeaban al ser tocadas por la tenue luz del sol que ya estaba cayendo.

—Me voy a morir.

Volvió el rostro hacia él. Aquella mirada, cargada de temor y desesperanza, se le atragantó a Gabriel y le provocó tal congoja que se quedó paralizado sin saber qué decir. Se repitió varias veces aquellas palabras en su mente, hasta que encontró la forma de contrarrestar el sentimiento sombrío que le crecía en el corazón. Ella era una mujer joven y no parecía enferma. Era imposible que algo así pudiera sucederle a aquella chica. Debía de tratarse de otra cosa.

—Todos nos vamos a morir, ¿no? —expuso sin mucho convencimiento.

Esperaba que ella aclarase de alguna forma lo que acababa de decir. Seguía pensando que no podía estar hablando de manera literal de un futuro próximo.

—No lo entiendes, Gabriel. Me quedan unos meses de vida.

Un hilo de voz tembloroso había portado aquellas palabras, que llegaron casi inaudibles, arrastradas por la brisa del mar, a los oídos del joven. Ella apretó aún más su mano y los sollozos

mudos se convirtieron entonces en un llanto amargo que ni siquiera el eco de las olas bravas rompiendo sobre las rocas pudo acallar.

8

Dispuesta a todo

Con todo por ganar, no hay riesgo inútil

Su pierna derecha había entrado en un ciclo repetitivo de movimientos nerviosos y ni siquiera se había percatado. Sentado en un banco, cuya superficie había sido perezosamente calentada por el sol tibio de la mañana, esperaba impaciente su llegada. Decidido a matar el tiempo de alguna forma, se incorporó ágilmente y tomó unas cuantas piedrecitas ocres del suelo. Acto seguido, comenzó a lanzarlas hacia la fuente, a unos pocos metros de distancia. Trataba de hacerlas caer en el interior, repleto de agua, a modo de improvisada canasta. La mayor parte de ellas acabó en el fondo de la pileta y unas pocas rebotaron en las esculturas metálicas que adornaban la fuente. Aquellas cuatro cariátides, que parecían cargar sobre sus brazos estirados el peso de la parte superior de la fuente, representaban cuatro virtudes y cuatro estaciones diferentes: la Bondad o el invierno, la Simplicidad o la primavera, la Caridad o el verano y la Sobriedad o el otoño.

Muchas veces había pasado junto a aquella fuente y, como le solía ocurrir a tantos otros, desconocía por completo su historia. No muchos sabían que aquella era una de las llamadas Fuentes Wallace, una de las que Sir Richard Wallace había regalado a la ciudad de París, tristemente devastada tras la guerra franco-prusiana de 1870. Lebourg fue el escultor elegido por Wallace para dar forma a aquellas esculturas y algunas de ellas terminaron fuera de las fronteras francesas. Era el caso de la situada en el parque Reina Sofía de Ferrol y hasta allí se había desplazado Cristóbal Pereira en aquella mañana soleada de sábado.

Decidió volver a sentarse en el banco, tras comprobar en el reloj de su móvil que pasaban ya seis minutos de las doce de la mañana. El sonido de unos pasos crujientes y decididos, machacando sin piedad las pequeñas piedras del suelo, le hizo voltear la cabeza. Se aproximaba hacia él con la cabeza alta, barbilla elevada y ojos entornados. El pelo liso y moreno parecía moverse al son de una brisa imperceptible. Ni uno solo de sus cabellos parecía fuera de lugar. Vestía unos vaqueros ajustados y una camiseta negra, totalmente lisa. Cristóbal pensó que no la recordaba tan atractiva, aunque era cierto que nunca le había prestado demasiada atención. Además, habían pasado más de cinco años desde la última vez que la había visto y, a decir verdad, había conocido a mucha gente entremedias. «Demasiadas caras y cuerpos que recordar», solía decirse.

—Hola, Clara. Te veo muy bien —la piropeó nada más levantarse para darle dos besos.

—Tú tampoco estás mal —reconoció ella, echándole un vistazo de la cabeza a los pies. En efecto, Cristóbal también había cambiado bastante desde la última vez que se habían visto. El efecto del gimnasio era obvio en sus brazos anchos, en sus prominentes pectorales y en su espalda robusta y amplia, algo que él se encargaba de resaltar vistiendo camisetas ceñidas como la que llevaba aquel mismo día.

—¿Se puede saber por qué quedamos aquí? Estas malditas piedras no dejan de clavárseme en los dedos.

A la vez que decía aquello, había alzado una de sus piernas para dejarle ver su pie calzado por una sandalia blanca. Cristóbal se encogió de hombros por toda respuesta.

—Había olvidado tu gran capacidad de palabra —añadió ella.

Aquella ironía que había lanzado no pareció afectar en nada al joven.

—Dime, Clara, ¿por qué querías verme?

Había vuelto a tomar asiento en el banco tibio y blanquecino. Ella se sentó muy cerca de él, dejando caer el bolso de piel negra a su lado.

—Como te dije cuando hablamos por teléfono, me han trasladado a Ferrol. Estaré cubriendo las noticias de la comarca.

Él asintió, esperando que ella siguiera hablando.

—Voy a ser muy directa y sincera.

Ladeó ligeramente su cabeza, se apartó un mechón de pelo que caía sobre su frente y clavó sus ojos oscuros en Cristóbal, que permanecía callado.

—He estado pensando mucho últimamente. Lo que tuve con tu hermano fue algo bueno, ¿sabes? En su momento, no supe valorarlo y ahora me arrepiento de ello. De alguna manera, siento que esta puede ser una oportunidad para retomar las cosas.

La miró, entonces, y se encontró con sus ojos suplicantes. De alguna forma, parecía quererle estar diciendo que necesitaba algún tipo de confirmación a sus pensamientos, necesitaba saber si existía todavía alguna posibilidad real de que sus intenciones pudieran tener algún trazo de realismo en un presente que desconocía. Se sintió desarmado por aquellos ojos solícitos y decidió abandonar su actitud pétrea.

—Si me lo llegas a anunciar hace una semana, te hubiera dicho que tienes pista libre para ello. Sin embargo, ahora no sé qué decirte.

Un velo de decepción cayó pesadamente sobre el rostro de la chica y sus ojos se volvieron vidriosos.

—O sea, que hay alguien en su vida.

Clara lo dijo a la vez que lanzaba una mirada sombría hacia la fuente.

—Eso parece.

Cristóbal la miraba ahora con lástima, pues sentía que realmente ella se había sentido turbada por sus palabras. Un sentimiento de culpa extraño lo invadió, sin entender el motivo. Objetivamente, él no le había hecho nada malo, pero, de alguna forma, le parecía que había sido injusto con ella. Había acudido a aquella cita con la idea de despacharla pronto, desganado y sin ningún interés en hablar con una persona que no pertenecía ni siquiera a su pasado, sino al de su hermano. No significaba nada para él y no tenía interés alguno en agradarla después de haber sido causa de dolor para Gabriel. Ahora, sin embargo, se encontraba frente a una mujer diferente, que parecía haber madurado y que era consciente de haber cometido errores en el pasado. Ya no parecía aquella Clara soberbia y arrogante, para la que nada ni nadie era suficiente. Aunque conservaba cierto aire orgulloso, sin duda, había cambiado. Mientras la observaba, se dio cuenta de que ella parecía estar muy pensativa, como si todo el andamiaje de seguridad que traía detrás se hubiera desmoronado y no supiera qué hacer. Decidió echarle un cable. Tal vez pudiera ser la solución al problema en el que pensaba que su hermano se había metido.

—Si te sirve de algo, esa relación tiene fecha de caducidad —afirmó en tono preocupado.

Clara sintió un cosquilleo cálido en el estómago, como si alguien hubiera avivado un fuego que había dado por extinto.

—¿Qué quieres decir? ¿Tienen problemas? —trató de averiguar, volviendo a mirar a Cristóbal con ojos inquisitivos.

Meneó la cabeza, dubitativo. Se le ocurrió que quizás había hablado demasiado. Su hermano le había hecho jurar que no se lo diría a nadie, ni siquiera a su propia madre. Consideró la posibilidad de echarse atrás, pero prefirió asumir el riesgo y seguir adelante con su estrategia.

—La chica que está conociendo está muy enferma.

Clara abrió mucho los ojos, como si quisiese atrapar con ellos toda la luz del sol.

—¿Enferma? ¿Qué clase de enfermedad? ¿Cómo es de grave? —quiso saber, como si no diera crédito a las palabras que acababa de escuchar.

—Muy grave. Algo del corazón. No recuerdo exactamente la palabra médica que me dijo Gabi. El caso es que se puede morir en cualquier momento. Los médicos no son muy optimistas y no creen que pueda… Ya sabes, vivir mucho más que cinco o seis meses.

Resopló tras soltar todo aquello. Ella seguía con los ojos abiertos de par en par. Se rascó la frente y pareció volver en sí con un pestañeo nervioso y arrítmico.

—Vamos a ver, ¿me estás diciendo que Gabriel está saliendo con una chica que está a punto de morirse, después de todo lo que sufrió con lo de Beatriz?

Mientras decía aquello, había abierto los brazos en señal de incomprensión. Él la miró con gesto crítico.

—¿Cómo sabes lo que él sufrió, si ni siquiera estabas aquí? Nunca llamaste para preguntar.

Parecía ligeramente molesto. Ella emitió un sonoro bufido y un mechón de pelo del flequillo se le levantó y se sostuvo brevemente en el aire.

—Hablaba con gente que os conoce. Nunca os llamé, es verdad, pero estaba al tanto de todo. ¿Por qué me echas en cara eso ahora?

Había ido subiendo el tono de voz según decía aquello, un tono que se había hecho más agudo y chillón. A pesar de sus palabras, sabía bien que Cristóbal tenía razón. Durante mucho tiempo, se sintió culpable por no haber estado presente en aquel duro momento de la vida de Gabriel. Es cierto que ya no eran pareja, que no habían acabado su relación del todo bien, pero una llamada no le habría supuesto demasiado esfuerzo.

—Supongo que eso ya no importa —alegó él, resignado y deseoso de zanjar aquel tema cuanto antes.

Ambos callaron un rato, mirando al frente. El sonido de la fuente les pareció a los dos un buen modo de disfrutar de aquella ausencia de palabras temporal. A lo lejos, resonaba el glugluteo musical de un pavo real, que sirvió de alivio a sus ánimos soliviantados. Cristóbal se aclaró la garganta y decidió retomar la conversación.

—Mira, la verdad es que creo que esa relación no le conviene. Como dices, después de toda la mierda que tuvo que pasar con lo de Beatriz, meterse en una relación que todos sabemos cómo va a terminar solo le va a traer más sufrimiento. Ha pasado por mucho hasta conseguir salir a flote otra vez y esto va a acabar con él. Ahora mismo está ciego, no ve lo que le va a suponer todo eso a largo plazo, pero sé que, cuando acabe, va a estar peor de lo que ya estuvo.

Se le notaba la inquietud en su voz trémula y agitada. Clara escuchaba todo aquello, con la mirada perdida, como si ya no fuera la misma persona que minutos antes había entrado en aquel parque.

—¿Le has dicho a él lo que piensas?

Cristóbal cerró los ojos por un momento y un par de arrugas livianas surcaron su frente. Se agarró la parte superior de la nariz con los dedos pulgar e índice de su mano derecha, como si estuviese haciendo un esfuerzo descomunal para ordenar sus pensamientos. Entonces, abrió los ojos de golpe. El rostro se le ensombreció antes de responderle.

—Se lo he dicho, Clara, por supuesto que sí. ¿Qué clase de hermano sería si no le dijera que se está jodiendo la vida? ¡Ni siquiera quiso escucharme! Dijo que quería intentarlo, que no le importaba lo que yo pensase.

Ella asintió y le puso una mano en el hombro, tratando de serenar el disgusto irrefrenable de Cristóbal.

—¿Y qué propones? —le preguntó sin moverse.

Cristóbal dudó unos segundos, al tiempo que agitaba la cabeza, tratando de luchar contra su propia conciencia. Sabía que lo que iba a proponerle no era justo para su hermano, pero la situación requería de algún tipo de solución extrema e inesperada. No podía dejar que Gabriel siguiera adelante con una relación condenada a tener un cruel final; no quería volver a verlo cayendo a plomo en un pozo lleno de barro, ahogándose en lo más profundo del fango. No iba a consentir algo así. Por mucho que entendiera que su hermano era lo suficientemente adulto como para tomar sus propias decisiones, no iba a consentir aquella locura y estaba decidido a intervenir. Se sentía plenamente justificado para ello. Había aguantado muchas impertinencias de su parte, sabiendo que Gabriel no estaba bien y que realmente no era el que hablaba, sino su frustración. Lo había visto hundirse en lo más profundo de una depresión insondable y había hecho esfuerzos terribles por tirar de su ánimo hacia arriba. Si alguien tenía derecho a intervenir en su vida, ese era él.

—No suelo creer en el destino, pero algo me dice que el hecho de que estés aquí de vuelta significa algo. Antes de nada, ¿puedes prometerme que tus intenciones con mi hermano son sinceras? Quiero decir, que no vas a dar la espantada a la primera de cambio. ¿Quieres intentarlo con él totalmente en serio?

Clara, que había retirado la mano del hombro de Cristóbal, había recobrado su humor. Su barbilla volvía a mirar hacia arriba y en su cara brillaba una sonrisa saturada de esperanza.

—Por supuesto. Te lo prometo.

Se había esmerado en vocalizar aquellas palabras con rebuscado artificio

—Está bien. Esto es lo que haremos. Creo que decirle que has vuelto y que quieres verle quizás no le parezca buena idea. Intentaremos que os encontréis de otra manera, que parezca una casualidad. No me importa cómo haya que hacerlo, pero lo conseguiremos. Después, tú tendrás que hacer tu parte. Aléjalo de esa chica como sea, cueste lo que cueste. Logra que te vuelva a ver como lo que en su momento fuiste para él y aprovecha esta vez tu oportunidad. Sobre todo, no le hagas daño, ¿vale?

Conforme había ido desarrollando su idea, se palpaba la emoción en sus palabras. Sentía que aquello podía funcionar y que por fin iba a poder encauzar una situación que se había complicado de manera imprevista.

—No te preocupes. Tú haz lo que sea para que nos encontremos. Yo cumpliré mi parte.

Clara dijo aquello a la vez que le guiñaba un ojo y dibujaba una sonrisa altanera en su rostro. Le había agradado aquella propuesta de Cristóbal, sobre todo, porque ella había pensado en plantearle lo mismo.

Se despidieron y abandonaron el parque por caminos diferentes. En el interior de Clara, se habría camino una fuerza irrefrenable. De alguna manera, aquello suponía un nuevo reto para ella, uno que le parecía lo suficientemente emocionante como para implicarse en él plenamente. Estaba segura de que conseguiría llamar la atención de Gabriel una vez más. Si lo había logrado antes, podría hacerlo de nuevo. Se veía a sí misma como una persona decidida y valiente, de ideas claras y con la fuerza necesaria como para lograr lo que quisiera. Siempre lo había hecho y aquella vez no sería diferente. Aunque casi se había sentido desesperanzada cuando Cristóbal le había dicho que Gabriel estaba conociendo a alguien, había recobrado con creces su habitual confianza y pensaba ahora que nada podía detenerla en su objetivo.

Cristóbal, por su parte, caminaba hacia el coche cabizbajo. Había traicionado la confianza de su hermano, una confianza que había tardado años en ganar. Desde la muerte de Beatriz, había intentado siempre ser su sostén. Durante mucho tiempo, Gabriel había rechazado todos sus esfuerzos por ayudarle. Sin embargo, algo parecía haber cambiado recientemente, puesto que fue

precisamente a él a quien había decidido confiarle el secreto de la enfermedad de la chica con la que había empezado a salir. Parecía como si quisiera recompensarle por todo lo que había intentado hacer por él. Tal vez era su manera de pedirle perdón por haberse portado tan mal durante todo ese tiempo, por no haber sabido ver y agradecer lo mucho que se había esforzado en sacarlo de su estado depresivo. Y ahora, había desvelado su secreto sin más, en la primera oportunidad que había tenido y a una persona que le había hecho daño en el pasado. Sin embargo, estaba intentado hacer una valoración a largo plazo de lo que aquello podría suponer. Si su táctica resultaba acertada, toda la gente que le importaba saldría ganando. Su hermano dejaría a una chica a la que acababa de conocer, sin tener tiempo de encariñarse demasiado por ella y empezaría una relación con Clara, cuyo cambio era evidente y cuyas intenciones parecían honestas. Si la relación prosperaba, todos serían felices; si no lo hacía, al menos Gabriel habría recobrado las ganas de vivir, habría disfrutado del amor un tiempo y habría conseguido alejar el fantasma de Beatriz para siempre. Tal vez, durante una temporada, se sentiría mal, pero no sería el mismo proceso que tras la muerte de Beatriz: viviría un desamor normal; difícil, como todos, pero normal. Todo volvería a ser como antes de aquel fatídico accidente. Pero, para eso, debía alejar a aquella chica de su vida. «¿Cómo dijo que se llamaba?», se preguntó y fue incapaz de decidir si la respuesta acertada era Asia o África. «¡Joder! ¿Quién querría llamarse como un maldito continente?», pensó para sí mismo mientras abría la puerta del coche.

9
Mar y piel
No hay mejor combinación para el amor

Ambos hojeaban la carta con atención, desplazando sus ojos rápidamente por las líneas impresas en blanco y negro. Habían acordado citarse en aquel lugar, un restaurante con pocas ínfulas en el precioso pueblo de Pontedeume, separado de la ciudad donde vivían por unos escasos quince quilómetros.

A través del ventanal, podían contemplar el largo puente pétreo que unía la villa con la población de Cabañas, con sus característicos arcos y pilares que se hundían en el agua oscura de la desembocadura del río Eume. Los reflejos macilentos de las farolas sobre la superficie del agua y los destellos de los faros de los coches que, de cuando en cuando, cruzaban el puente, eran las únicas muestras de una luz que ya había extinguido toda presencia fuera del restaurante.

—Creo que voy a pedirme una ensalada. A estas horas, no me entra otra cosa —dijo América, asomándose por detrás de la carta.

—No es mala opción —asintió Gabriel.

Aquella era su tercera cita en persona, aunque, durante toda la semana, habían estado en contacto a través del teléfono móvil. Hablaban, al menos, una vez al día y se habían estado enviando mensajes frecuentemente. Sin embargo, habían acordado que solo sacarían el tema de la enfermedad cuando se vieran en persona. Ambos entendían que era un asunto lo suficientemente importante como para tratarlo solo cara a cara. De otra forma, podían surgir malentendidos que acabarían por ensombrecer una relación que todavía se estaba construyendo. No podían permitirse algo así y ambos sabían bien que los malentendidos eran, en muchas ocasiones, una causa de conflicto que podía derribar fácilmente los pilares de una edificación todavía por asentar.

El camarero se acercó a ellos, libreta en mano. En cuanto pidieron, se alejó rápidamente, como un espectro efímero, con las cartas en la mano y la libreta en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Supongo que querrás saber qué me pasa —señaló ella, mirándolo tímidamente.

La cita anterior había terminado abruptamente, con América llorando desconsoladamente y pidiéndole que condujera su coche hasta casa. En el camino de vuelta, apenas intercambiaron un par de indicaciones sobre la carretera. Él no se atrevió a preguntarle más y solo se sintió capaz de tomarla de la mano antes de dejarla ir y sonreírle en silencio.

—Me gustaría que me lo contaras, pero solo si crees que estás preparada para ello y quieres compartirlo conmigo —la animó él, tratando de engancharse a su mirada dispersa.

América suspiró y se rascó nerviosa la mejilla derecha. Se le enrojeció la piel que rodeaba sus pecas anaranjadas.

—Es algo de lo que todavía me cuesta hablar, pero creo que debo ser honesta contigo. Nos estamos conociendo y no sé en qué va a acabar todo esto. Creo que debes saberlo todo.

El tintineo de unos vasos cortó de cuajo la conversación. El camarero había llegado con una botella de agua en la mano y dos vasos tentando peligrosamente al equilibrio. Los dejó sobre la mesa y se retiró sin decir nada. Gabriel permanecía en silencio, esperando que América continuara con su explicación.

—Mira, tengo un problema grave en el corazón. Si te interesa la jerga médica, puedo decirte

que se llama miocardiopatía restrictiva. Básicamente, mi corazón es como un trozo de cuero, incapaz de estirarse y llenarse de sangre. Normalmente, es una enfermedad que afecta más a los hombres. Ya ves, a mí me tocó la lotería. Hace cuatro años que lo sé y me han dado tratamientos de todo tipo para mantenerla bajo control. Hará un par de años que la enfermedad empeoró y tuvieron que ponerme un marcapasos.

Hizo una pausa, abrió su bolso y se puso a rebuscar en su interior. Unos segundos después, sacó una pequeña tarjeta, la puso sobre la mesa y la deslizó sobre el mantel hacia Gabriel. Levantó las cejas para indicarle que la cogiera.

—Desde aquel momento, esta tarjeta es más importante para mí que mi carné de identidad. Como puedes ver, me identifica como paciente de marcapasos. Todos esos números y palabras raras que ves se refieren al modelo y otros aspectos técnicos del aparato. Nada poético, la verdad.

Gabriel le devolvió la tarjeta y asintió en silencio.

—Aquello mejoró mi calidad de vida. Tuve que acostumbrarme a ciertas cosas. Acordarme de no atravesar nunca un arco de seguridad y tener que enseñar esta tarjeta para evitarlo, regalar el microondas de casa a mi mejor amiga, acostumbrarme a usar el móvil con la mano derecha y otros pequeños detalles. Todas esas cosas pueden interferir con el marcapasos, ¿sabes?

Ella lo miraba expectante, esperando que aportara algo a la conversación que, por aquel entonces, había derivado en un monólogo. Él debió de notarlo.

—Ha debido de ser muy duro para ti. Sin embargo, si dices que ese aparato mejoró la enfermedad, entiendo que ha debido de pasar algo recientemente.

La miraba inquieto, pues comprendía que la cruda verdad estaba cerca de revelarse.

—Hace poco, unos días antes de que me contactaras a través de esa aplicación, fui a conocer los resultados de una de mis revisiones habituales. Cuando entré en la consulta del cardiólogo y vi su cara, de alguna manera supe que algo iba mal. Peor que mal. El corazón estaba fallando y el marcapasos ya no era suficiente para mantener a raya la enfermedad. La única solución era adaptar el tratamiento para aguantar el máximo tiempo posible.

Se llevó la mano a la frente y se la refregó un par de veces de manera impulsiva. Había estado nerviosa imaginándose la situación, cómo haría frente a aquella conversación, cómo le iba a contar todo aquello a una persona que estaba conociendo y con la que mantenía expectativas de mantener una relación. Sin embargo, ahora sentía un gran alivio. No sabía cuál sería la reacción de Gabriel, pero ella ya había cumplido su parte. Él parecía pensativo, como si un torrente de dudas y cuestiones le azotara la mente.

—Entiendo. ¿Y no hay otra cosa que puedan hacer los médicos? ¿Un trasplante? —indagó tranquilo, como si, a medida que hablaba, se le fueran ordenando los pensamientos.

Ella negó con la cabeza, mientras sorbía un poco de agua de su vaso.

—Lo que me causa esta enfermedad es un trastorno llamado amiloidosis cardíaca. Es un poco complicado de explicar, pero el caso es que, aunque en algunos casos un trasplante suele funcionar, sobre todo en pacientes jóvenes, los médicos han considerado que, en mi caso, no lo haría. Así que, básicamente, van a darme varios tratamientos para ver cuál funciona mejor hasta que mi corazón aguante. Según mi médico, es posible que, en un máximo de seis meses, diga basta.

Gabriel no sabía qué decir. Tragó saliva y trató de armar una frase coherente. Se resistía a creer lo que estaba escuchando.

—Pero todavía eres muy joven, tiene que haber otra alternativa.

—Si la hubiera, créeme que yo sería la primera interesada en conocerla.

Ella ladeó la cabeza y apoyó su mejilla izquierda sobre la palma de la mano.

Una voz ajena se introdujo abruptamente en el ambiente extraño que se había creado entre los dos.

—Aquí tienen sus ensaladas. ¡Que aproveche! —exclamó enfáticamente el camarero, posando sobre la mesa dos platos rebosantes de color.

Ambos dieron las gracias y volvieron a mirarse, cada uno de ellos buscando alguna respuesta en el otro. Esta vez, él tomó la iniciativa.

—No puedo entender por qué pasan estas cosas. Lo siento mucho, América. Si hay algo que pueda hacer por ti, solo tienes que pedírmelo.

Ella había comenzado a comer, masticando lentamente aquella mezcla de verduras y carne de pollo.

—En realidad, sí hay algo que puedes hacer por mí.

Había pronunciado aquellas palabras con la boca llena. Cuando se dio cuenta de ello, se la tapó con una mano y le pidió disculpas. A Gabriel, sin embargo, le había hecho gracia aquella escena.

—Dime lo que sea, América —la alentó, todavía con el rostro alegre.

—Quiero que me seas del todo sincero. Sabiendo lo que sabes ahora, ¿quieres seguir adelante con esto?

Lo había preguntado con el rostro visiblemente tenso.

Gabriel había estado pensando en aquella posibilidad durante toda la semana. Desde su última cita, donde América le había confesado que le quedaban pocos meses de vida, había reflexionado sobre el futuro de aquella relación, aun sin conocer todos los pormenores de su enfermedad. Su hermano le había dejado claro que era una locura meterse en una relación así y que, si decidía hacerlo, solo obtendría dolor y sufrimiento como recompensa. En parte, sabía que era cierto. Lo había vivido tras la muerte de Beatriz y juzgaba que todavía no había conseguido recuperarse de aquello. Sin embargo, no podía dejar de pensar en cómo se sentía desde que había conocido a aquella chica. Era como si algo en su interior le estuviera diciendo que ella era especial, una oportunidad única que solo se presenta una vez en la vida. Notaba una conexión diferente con ella, como si quisiera conocer todos y cada uno de los recovecos de su alma. Es cierto que antes había tenido dos relaciones serias, pero en ninguna de ellas había notado aquella química. Cuando miraba a América a los ojos, se sentía crecido, como si su alma se ensanchara y ansiara desbordarse. Una sensación de irrealidad teñía los momentos en que estaban juntos. Apreciaba cada pequeño gesto de su cara, cada sonrisa, cada mirada de sus ojos verdes. Adoraba su pelo rojizo despeinado y aquel lunar bajo sus labios. Por eso, había tomado una decisión, consciente de que, tal vez, acabara arrepintiéndose. Sin embargo, era su decisión y llegaría hasta el final con ella. Tragó de nuevo saliva y, con tono resuelto, se animó a hablar.

—Estoy contigo ahora y quiero estarlo todo el tiempo que sea posible.

Al terminar de decir esto, puso su mano sobre la mesa y ella le acercó la suya. Se tentaron cariñosamente los dedos y Gabriel acabó por poner su mano sobre la de ella. Ambos se regalaron una amplia sonrisa.

—No va a ser fácil. Lo sabes, ¿verdad? —afirmó ella, dejándose acariciar la mano.

Él asintió.

—¿A quién le gusta lo fácil? —acertó a decir, provocando una risa dulce de América.

—Empieza a comer, anda, que nos van a dar las tantas.

Ella aprovechó para deslizar su mano y hacer caer la de Gabriel sobre la mesa, que recogió su brazo y tomó el tenedor entre sus dedos.

No tardaron demasiado en vaciar sus platos. Decidieron pasar del postre, pero no del café.

Ella se tomó un descafeinado, mientras que él se pidió un café con leche. No sabía muy bien por qué había hecho algo así. No era buena idea para sus problemas de insomnio. Sin embargo, desde que había empezado a salir con América, sus dificultades para conciliar el sueño habían disminuido y había comenzado a dormir más horas y más profundamente.

—Tengo una idea —dijo ella, dándole el último sorbo al café.

—¿Debería sorprenderme? —comentó él jocosamente, posando la taza casi vacía en el platito.

América contraatacó con uno de los gestos que a él tanto le gustaban. Le sacó la lengua y le guiñó un ojo. Decidieron pedir la cuenta y se marcharon de allí, no sin antes comentarle al camarero que la cena había estado francamente bien. Este les había respondido: «Solo eran un par de ensaladas. ¿Qué podía salir mal?», ante lo que ambos rieron con ganas.

—¿A dónde vamos? —trató de averiguar Gabriel, nada más salir por la puerta.

—A la playa —repuso ella, dando un paso hacia adelante y mirándolo de forma burlona.

Él sacudió la cabeza y cerró sus ojos, como si no diera crédito a lo que decía. Eran casi las diez y media de la noche, reinaba la oscuridad y no había demasiada gente por la calle. Aunque la temperatura era agradable, tampoco podía decirse que hiciese demasiado calor.

—Ame, ¿no es un poco tarde para eso?

Estaba tratando de no sonar condescendiente. En el fondo, le preocupaba también que algo le pudiera ocurrir a ella.

—Nunca es tarde para pasar un buen rato.

Dicho esto, echó a andar hacia el puente de piedra. Gabriel no tuvo más remedio que seguirla. Le ofreció su brazo y ella se agarró a él. Cruzaron el puente bajo las farolas; sentían la brisa marina refrescándoles la cara. No hacía demasiado frío aquella noche, que ya sospechaba la llegada del verano y se negaba a oponerse a él. Continuaron caminando por la acera que bordeaba un pequeño depósito de arena que servía de improvisado lecho para una barca de madera que había comenzado a perder la pintura. Apenas unos pasos más adelante atravesaron un pequeño túnel bajo la vía del tren y alcanzaron el pinar de la playa de A Magdalena. Allí, una vez más, las farolas emergían como luciérnagas en la noche, mostrándoles el camino. El sonido de las olas mansas rompiendo en la orilla se hacía cada vez más presente.

—¿Seguro que quieres ir a la playa? Está un poco oscuro, ¿no? —objetó Gabriel, al ver que América se internaba en el pinar en dirección al arenal.

—Anda, no seas miedica y ven conmigo.

Entonces, le tendió el brazo para tomarlo de la mano.

Caminaron en la oscuridad, tan solo alumbrados por la luz mortecina de las farolas que iban dejando cada vez más atrás. Pronto sus pies comenzaron a hundirse en la arena fría. América notó que algunos granos se le colaban por los agujeros de las sandalias y decidió quitárselas. Al verla, él también se despojó de sus zapatos y de sus calcetines. Hizo un bollo con ellos y los metió dentro de uno de los zapatos.

—Es bonito, ¿verdad? —se admiró ella, mientras giraba sobre sí misma, contemplándolo todo alrededor.

Desde aquella posición, en el extremo izquierdo del arenal, podían ver el viejo puente metálico de color azul sobre el que corría la vía del tren. Con sus tres tramos curvos asentados sobre gruesos pilares de piedra que se enraizaban con lo más profundo de la ría del Eume, se había convertido en un elemento más del paisaje desde que fuera construido hacía ya más de cien años. En verano era habitual ver a personas de distintas edades caminando por los estrechos andenes a ambos lados de la vía. En la ladera de la montaña, tras el puente, emergían las sombras

de algunas casas, dispuestas a lo largo de una carretera que se perdía entre los árboles, bordeando la punta de la costa.

—¿No te apetece un baño? —propuso entonces ella, rompiendo el silencio de la oscuridad.

A esas alturas, Gabriel no sabía ya muy bien qué hacer ni qué decir. Podía llegar a comprender el hecho de adentrarse en la playa desierta y oscura, pero la sola idea de meterse en el agua, cuando ya eran casi las once de la noche, lo había dejado sin palabras. Consideró, por tanto, que debía de tratarse de una broma. Sin embargo, aquel pensamiento se evaporó en cuanto vio que América se quitaba la blusa roja y la dejaba caer sobre la arena.

—En serio, no deberíamos hacer esto —dijo con los ojos tan abiertos como los de un búho haciendo uso de toda su concentración.

Ella ni siquiera le prestó atención y comenzó a bajarse la cremallera de la falda, que se le deslizó por las piernas y cayó amortiguada por la arena.

—No puedo hacer esto, Ame. Ni siquiera tengo bañador.

Gabriel notó que le había temblado la voz. Una risita aguda fue toda la respuesta que encontró de su parte. Acto seguido, colocó los brazos en jarra y dio una media vuelta sobre sí misma, como las modelos cuando llegan al final de la pasarela.

—Yo tampoco lo tengo, ¿o es que estás ciego?

La miró totalmente asombrado. Su cuerpo en ropa interior, en mitad de aquella noche clara de luna llena, le parecía una visión fuera de lo común. Sus pechos, ocultos bajo un sujetador de color negro, no eran demasiado grandes, pero su forma le resultaba irremediablemente sugestiva. Sus piernas, ahora ya al descubierto, se curvaban graciosamente a la altura de las rodillas. Tan solo dos prendas negras le impedían contemplar con plenitud todas sus gracias. En aquel momento, le pareció la mujer más atractiva del mundo. Si antes de verla así tenía algún atisbo de duda al respecto, aquella imagen se la había disipado por completo. Echó un vistazo alrededor y no vio a nadie. Dirigió su mirada hacia América, que lo observaba expectante.

—Vale —dijo sin más, provocando la risa graciosa de América.

Se quitó el jersey desmañadamente, dejándolo caer sobre la arena. Después, comenzó a desabotonarse la camisa y sintió que un suspiro gélido le erizaba el vello de su pecho. No le importó y continuó hasta que fue capaz de despojarse de la camisa. Mientras tanto, ella lo miraba con inusitado interés, mordiéndose con fuerza el labio inferior. Él se desabrochó el vaquero y lo dejó caer sobre la superficie blanda de la playa. Nunca se había considerado un hombre especialmente atractivo, pero los ojos brillantes de América le hacían comprender que ella opinaba justo lo contrario. Se sostuvieron la mirada unos segundos, conteniendo un deseo que crecía a pasos agigantados.

—¡Vamos! —exclamó ella, desviando la cabeza hacia el mar y echando a correr hacia al agua.

Gabriel la siguió, tratando de superarla y llegar antes a su objetivo. No hubo de esforzarse demasiado para conseguirlo y pronto la dejó atrás. Sus pies se sumergieron, súbitamente, en el lodo arenoso, bajo las minúsculas olas que se agitaban dócilmente cerca de la orilla espumosa del mar. Se giró y vio a América llegar, respirando accidentadamente y con la tez pálida. Parecía moverse arrastrando los pies, creando unos profundos surcos sobre la superficie del agua.

—¿Estás bien?

Se acercó a ella con un par de largas zancadas. Ella detuvo su paso errante. Colocó su mano derecha sobre el pecho y tomó dos largas bocanadas de aire. A él le pareció que el tiempo no corría, como si el mundo se hubiera detenido de pronto y todo transcurriera angustiosamente despacio.

—Sí, tranquilo —pudo decir al fin, al tiempo que un tenue color rosado parecía volver a asomar a su rostro.

Respiró tranquilo y el mundo volvió a moverse a la velocidad habitual.

—No debimos hacer esto.

Trató de deshacer sus pasos, pero ella lo frenó, tomándolo de la mano. La miró, sorprendido, como si no esperase para nada aquella reacción. En sus ojos pudo vislumbrar un resplandor extraño, como si se hubiera desatado en ellos una gran tormenta y miles de relámpagos estuvieran destellando poderosamente en el interior de sus iris.

—Si piensas que voy a rendirme tan fácilmente, todavía no me conoces —susurró ella, acercando sus labios al oído izquierdo de Gabriel, que sintió cómo un escalofrío de placer le recorría el cuerpo.

La tomó por la cintura y la atrajo, con suavidad, hasta que sus cuerpos se juntaron. Sus ojos se encontraron, cosidos por un hilo fino, invisible, que los unía sin remedio y que tiraba de ellos. No pudieron evitar que aquella atracción intangible aproximara sus labios impacientes y temblorosos. Aquel beso desató otra tormenta y ambos sintieron que algo se les removía en su interior, como unos fogonazos de calor que arrancaban de la boca de sus estómagos y les subían por la garganta hasta impregnar sus lenguas. Así se mantuvieron, unidos por los labios, como un solo cuerpo, durante casi cinco minutos. América notó cómo Gabriel deslizaba la mano que agarraba su cintura hacia abajo.

—Será mejor dejarlo aquí.

América había dicho aquello en un susurro casi inaudible, después de separar sus labios. A él le pareció que su boca decía una cosa, pero sus ojos otra muy distinta. En ellos podía percibir un deseo latente que sus palabras trataban de contener. Sin embargo, no quiso incomodarla y se limitó a asentir, dejando caer pesadamente su cabeza y aflojando la presión de su mano sobre su cintura. Ella le sonrió fugazmente y se giró. Aunque él no pudo verla, América comprimió los labios, lamentándose de haber puesto tan abrupto final a aquel agradable episodio.

Desde el agua, todavía con la cabeza gacha, Gabriel la observaba caminar hacia el lugar donde habían dejado la ropa. No hubiera esperado que la noche transcurriera de aquella forma. Se podía decir, sin ningún género de dudas, que aquella había sido una cita diferente. En realidad, todo lo relativo a América le parecía distinto, como irreal, como si su relación se estuviera construyendo en una realidad paralela, donde cualquier cosa podía suceder. Aunque le daba un poco miedo, también le resultaba excitante la perspectiva de seguir conociendo a aquella mujer. Con ella se sentía cómodo y le parecía que eran ya viejos amigos. Una conexión fuerte y profunda se estaba creando entre los dos y, aunque le espantaba la idea de no poder saber de cuánto tiempo disponía para poder penetrar en todos los recovecos de su alma, no podía evitar sentirse feliz, atrapado en aquel paréntesis donde comenzaban ya a crecer, de forma desaforada, el amor y la pasión.

10
Un amargo desencuentro
No puede evitar complicarlo todo

—¿Qué me estás contando? ¿Ni siquiera intentó besarte de nuevo?

Laura parecía furiosa. Detuvo en seco sus pasos a la vez que arrojaba al suelo una cáscara de pipa. A su lado, América la miró burlona. Caminaban por el Cantón de Molíns, bajo la sombra de los árboles en plena Alameda de Suances. Una suave brisa se filtraba entre las hojas que poblaban las ramas oscuras de aquellos gigantes arbóreos que flanqueaban ambos lados del camino pedregoso.

Ambas reanudaron el paso, sin demasiada prisa. Laura cascaba las pipas frenéticamente, como si hubiera sido poseída por algún espíritu que se alimentara únicamente de aquel pequeño manjar. Parecía nerviosa, aunque casi se podría considerar que vivía en aquel estado.

—¿No vas a decir nada? —preguntó de nuevo, escupiendo un minúsculo trocito de cáscara al suelo y frenándose en seco una vez más.

América suspiró. Sabía que tenía que aplacar de algún modo la ofensiva de su amiga.

—¿Qué querías que hiciera, Laura? Yo misma le dije que parara.

Aquello no hizo más que encenderla aún más y sus mejillas adquirieron un rabioso tono granate.

—Y el muy tonto se queda parado como una estatua. No tiene ni idea de mujeres, Ame, te lo digo yo. Ese chico no te conviene.

Había colocado sus brazos en jarra en un impulso expeditivo y no pudo evitar que varias pipas se le cayeran al suelo. Ni siquiera lo advirtió.

—No sé con qué clase de hombres te juntas tú, pero en mi mundo, si le digo a un chico que no quiero seguir adelante, lo normal es que lo tenga en cuenta.

Se había preocupado por sonar lo más rotunda posible. Quería que su amiga dejase de una vez el tema, pues no entendía qué motivos tenía para hablar de Gabriel de aquella forma.

—Ya veo. Ahora, para defender a ese muermo, me atacas a mí.

Como siempre que algo no le convenía, se estaba haciendo la ofendida. América meneó su cabeza, contrariada. Ya no sabía qué más decirle, así que se echó a andar dejando clavada a su amiga en plena alameda, sin mirar atrás. Laura arrancó, de pronto, como un corredor de los cien metros lisos, apurando al máximo el paso hasta alcanzarla.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te enfadaste conmigo? —preguntó preocupada, con la respiración entrecortada y tratando de mantenerse a la par de su amiga.

—No te entiendo. Se supone que eres mi mejor amiga y siempre dices que quieres verme feliz.

Su amiga asintió a su lado, exhausta, sin capacidad para articular palabra alguna.

—Y, sin embargo, te empeñas en desanimarme en mi relación con Gabriel.

Laura ya no podía más. Se detuvo, arqueó el cuerpo hacia delante y trató de recuperar el aliento. Parecía que acababa de correr un maratón y no había recorrido más que unos cuantos metros a paso acelerado.

—¿Podemos parar un momento?

Sentía que el aire no le llegaba ni para pronunciar una sílaba más.

—Creía que estabas en buena forma. Se supone que yo soy la enferma —ironizó América,

todavía disgustada.

Se miraron como si se estuvieran retando, al igual que dos vaqueros del viejo oeste que esperan ser los primeros en desenvainar la pistola. Laura, como siempre, disparó primero. Era una costumbre que no quería perder.

—Me preocupa que tu enfermedad te haga tomar decisiones estúpidas. Ya sabes, que te vayas con el primero que te haga caso.

América chistó la lengua, visiblemente molesta. No alcanzaba a comprender la actitud de su amiga. Necesitaba su apoyo más que nunca y, en lugar de eso, solo encontraba reproches. Se había convertido en un muro de negatividad.

—Si piensas que no sé cómo dirigir mi vida, no sé qué tipo de amiga crees que eres.

Aquellas palabras le cayeron a Laura como una bomba y le pareció que, de pronto, su cuerpo y su corazón se empequeñecían. Por una vez, América la había dejado sin palabras. Aquello suponía un hecho casi sin precedentes en su relación.

—Quiero que esta relación funcione y voy a apostar por ella. Es un buen chico y voy a intentarlo, me apoyes o no. ¿Lo entiendes o te hago un croquis?

El tono de América se había elevado por encima de lo normal. Una ráfaga de aire les levantó a ambas el pelo, como una sutil metáfora visual de aquella conversación que estaban manteniendo. Laura tragó saliva y, con ella, toda la rabia que se estaba acumulando en su interior, envenenándola precipitadamente. Sabía que, si decía algo en aquel momento, lo que saliera de sus labios iría cargado de tal cólera que podría tener un efecto devastador sobre su mejor amiga. Por unos segundos, se contuvo, pero finalmente, su naturaleza iracunda salió a relucir y le explotó en la cara.

—Estoy harta de que me hables como si te debiera un favor por ser mi amiga. Puede que no sea muy lista y que no se me den bien tantas cosas como a ti, pero no soy peor que tú. ¿Te crees que eres la heroína de nuestra relación y que yo soy la mala? Pues ya me he cansado de ese papel, señorita Castro. Si piensas que por tu enfermedad voy a pasar por alto todas tus pifias, estás muy equivocada. ¡Ahí te quedas!

Tras soltar aquel discurso, Laura se dio la vuelta con ojos llorosos y se alejó rápidamente. América la miraba, anonadada, sin querer creer sus palabras. Nunca había pensado que Laura se podía sentir de aquella manera. De alguna forma, siempre pensó que su amistad se basaba en el respeto mutuo, en haber logrado construir una relación equilibrada, perfectamente asentada en la confianza y en la sinceridad total. Aquellos sentimientos ocultos que su amiga le acababa de revelar la perturbaron profundamente y se sintió terriblemente herida. ¿Qué había hecho mal para que Laura pensase de aquel modo? Es cierto que, a veces, podía haber sido un tanto displicente con ella, pero es que era la única forma que había encontrado de hacer frente al carácter quisquilloso y criticón de su amiga. Creía que nunca le había faltado al respeto ni la había hecho sentir inferior de ninguna manera, pero parecía que, inconscientemente, había conseguido que su amiga considerara justo todo lo contrario.

Mientras tanto, Laura caminaba secándose las lágrimas de sus ojos, sin saber muy bien por qué le había hablado así a su mejor amiga. Era cierto que, en muchas ocasiones, sentía que era menos interesante que América. No en vano, no poseía ningún talento especial. Ni se le daba bien pintar, ni escribir, ni nada que implicase hacer uso de la creatividad. Tampoco había sido buena estudiante, al contrario que su amiga. Recordaba aquellos días de final de curso en el que ambas recibían el boletín de notas. Mientras América enseñaba con orgullo su inmaculado expediente, ella solía bromear diciendo que ambas podían formar un dúo musical llamado *Sobresaliente insuficiente*. Tras aquellos chascarrillos, sin embargo, escondía su malestar por no

sentirse a la altura de su amiga.

También en el amor se sentía Laura un tanto celosa. Nunca había tenido una relación lo suficientemente seria como para ser considerada como tal. Había vagado de un lío a otro, sin mucho éxito, huyendo siempre del compromiso. Aquello, evidentemente, le hacía conectar con parejas que buscaban y evitaban exactamente lo mismo que ella, por lo que, en su camino, no hacía otra cosa que encontrarse con hombres que solo buscaban un fugaz desahogo corporal. En cambio, América tenía otra concepción de las relaciones, fruto de la firmeza de sus creencias, que ella no compartía, pero respetaba. Es cierto que no podía decirse que tuviera demasiada experiencia en relaciones de pareja, ni siquiera creía que nunca se hubiera enamorado de verdad. No era eso lo que le provocaba aquellos celos, sino el hecho de que su amiga parecía tener otra forma de entender las relaciones, una forma que le parecía más auténtica y plena que la suya.

Cayó entonces en la cuenta de qué era lo que le había incitado a decirle aquellas cosas a su amiga: la envidia. Siempre pensó que la pelota de la culpa estaba sobre el tejado de América, que ella era la responsable de que se sintiera así. Era ella la que sacaba mejores notas, la que tenía una concepción más elevada del amor, la que hacía las cosas mejor que ella. Sin embargo, se dio cuenta de que no debía de verlo de esa forma, pues nada de aquello lo hacía por querer coronarse como la mejor de ellas dos, sino que, simplemente, era así. La pelota rebotó entonces hacia su tejado, al reparar en que lo que sentía, aquellos celos ocultos, aquella falta de empatía con América nacía solo de su corazón y no de ningún vano deseo de superioridad de su amiga de toda la vida. Se sintió fatal al pensar en todo aquello y creyó que nunca le perdonaría haberle hablado de ese modo, justo en aquel momento de su vida, cuando todo se había torcido y su enfermedad se había convertido en una amenaza real y mortífera. Justo ahí, ella estallaba de aquel modo, en un estúpido ataque de orgullo y envidia.

Todavía corrían las lágrimas por sus mejillas cuando sintió una presencia a su espalda. Notó una mano cálida sobre el hombro y una voz que no reconoció la sobresaltó.

—Laura ¿verdad? ¿Estás bien? —preguntó aquella voz, haciendo que se girara, un tanto turbada.

De frente, se encontró con la mirada amable de Gabriel, que la observaba esperando una respuesta para la que Laura tardó en encontrar las palabras adecuadas.

—Sí, estupendamente —dijo por fin, resuelta, tragándose para sí misma las lágrimas y recomponiendo como pudo el rostro—. ¿Quieres algo? —le espetó con cierto aire despectivo.

—América acaba de llamarme. Estaba muy disgustada por vuestra discusión —respondió él, pasando por alto el tono desdeñoso de ella—. Como salía ahora de trabajar, decidí pasarme por aquí.

Ella se mantuvo en silencio, conteniendo su disgusto. Después de reñir con su mejor amiga, lo último que le apetecía era hablar con ese hombre.

—No está bien que discutáis. Ella te necesita, ahora más que nunca. Ambas os necesitáis. ¿Por qué no lo arregláis? —añadió él, viendo que ella no se arrancaba a hablar.

Un vendaval colérico recorrió las entrañas de Laura.

—No entiendo por qué América te llamó. Son cosas nuestras y tú no pintas nada en todo esto. A ver si te crees que ahora eres nuestro psicólogo o algo así.

Hizo ademán de darse la vuelta y dejarlo plantado, pero consiguió contenerse a duras penas.

—Me llamó porque vuestra amistad es muy importante para ella, porque si tú no estás con ella, no sabe con quién compartir las cosas que le preocupan.

Laura dudó y puso los ojos en blanco. Acto seguido, resopló y atrapó con su dedo índice una lágrima que había comenzado a resbalarse por su mejilla encendida.

—Si crees que esto me va a ablandar y me vas a caer mejor, estás listo.

Gabriel la miraba compasivo.

—Ya sé que te caigo fatal, pero vamos a hacer esto por América ¿vale?

Se quedó pensativa unos instantes, barajando toda una retahíla de respuestas hirientes con las que poder replicar aquella frase. Sin embargo, no encontró ninguna que la satisficiera y se limitó a asentir. Mientras caminaban, a lo lejos, divisaron a América. Estaba de pie, en mitad de la alameda que un rato antes había sido testigo de una acalorada disputa. A Gabriel se le dibujó una sonrisa, mientras Laura lo escudriñaba por el rabillo del ojo.

—Como le hagas daño, te mato —farfulló Laura, sin girar la cabeza.

Gabriel se rio abiertamente ante la ocurrencia vehemente de su compañera de camino.

—La quiero de verdad, Laura —repuso él, con los ojos fijos en la silueta de América, cada vez más cercana.

—Oh, cállate ya— lo cortó Laura instantes antes de que alcanzaran a su amiga.

América sentía una tremenda curiosidad por saber lo que ambos venían hablando y la forma en que habría transcurrido aquel encuentro. Sin embargo, se limitó a recibirles con una sonrisa amplia en la cara y trazando un sutil gesto de asentimiento con su cabeza.

El puñal de la ingratitud que a ambas se les había clavado en lo más profundo de sus corazones, abriendo una herida que parecía irreparable, se había esfumado. Aquel corte que semejaba incurable había sanado súbitamente. Las llamas que habían prendido, azuzadas por el orgullo, y que poco antes amenazaban con chamuscar los lazos que habían forjado su relación durante tantos años se habían sofocado.

—Tienes mala cara —dijo América, dirigiéndose a su amiga.

—Pues anda que tú.

Laura señaló el rostro de su amiga con aire jocoso. Ambas rieron y se fundieron en un abrazo.

—Lo siento, Ame.

—No seas tonta. Yo también lo siento.

Mientras permanecían abrazadas, América dirigió su mirada hacia Gabriel, que estaba de pie, a la espalda de Laura. Moviendo sus labios, en un auténtico ejercicio de vocalización silenciosa, dibujó con sus labios la palabra «gracias». Gabriel sonrió y negó con la cabeza, quitándole importancia a lo que acababa de hacer.

En la mente de Laura, sin embargo, permanecía inmóvil, solidificada, la idea de que Gabriel no era, ni de lejos, el tipo de hombre con el que su amiga debería pasar los últimos días de su vida.

11
No lo pienses dos veces
O mejor, hazlo

La tarde de aquel jueves de mayo era un tanto fría, aunque nada desapacible. Una brisa suave agasajaba los rostros de los dos hermanos, sentados en la terraza de aquel café, no muy lejos de la recientemente remozada Plaza de Armas de Ferrol. Ambos compartían una cerveza en silencio, contemplando a los transeúntes con una mezcla de aburrimiento y curiosidad.

—La verdad, no entiendo para qué me has llamado —dijo Gabriel antes de darle un largo trago a su cerveza.

Su hermano lo miró, tratando de aparentar haberse sentido ofendido por aquel comentario. Con todo, su rostro se le quedó congelado en una mueca extraña, poco natural, que a Gabriel le pareció un tanto siniestra.

—¿Es que tiene que haber un motivo para que dos hermanos compartan un rato juntos? —se defendió Cristóbal, cuyas palabras resultaron ser más convincentes que su lenguaje facial.

—Lo que digo es que pensé que querrías verme para hablar de algo concreto y apenas has abierto la boca desde que llegamos. Hasta diría que estás un poco nervioso.

Cristóbal tragó saliva y sonrió de manera enigmática. Estaba tratando de ganar tiempo para darle a su hermano alguna respuesta que no sonara demasiado forzada.

—¿Nervioso yo? ¿Por qué iba a estarlo? Vaya tonterías que dices, hermanito.

Era cierto que no podía sentirse demasiado orgulloso de aquella réplica. Si lo que pretendía era tratar de despejar toda duda sobre aquel encuentro, había fracasado estrepitosamente. Gabriel lo miraba con ojos inquisitivos, como si quisiera atravesarle la frente y ponerse a rebuscar en el laberinto de su cerebro para extraerle a la fuerza alguna explicación mejor. Cristóbal, por su parte, sabía que había arrastrado a su hermano hasta allí con una intención oculta, un motivo que no podía desvelarle si no quería que su plan se diluyera, como un poco de azúcar en una taza de café caliente, antes siquiera de ponerse en marcha. Aunque sabía que su hermano parecía albergar dudas razonables sobre sus intenciones, pareció no querer ahondar en el tema, así que se encogió de hombros, giró su cabeza y desvió su mirada, sumiéndose en algún profundo pensamiento.

Cinco minutos más tarde, tras un largo silencio sostenido, apenas roto por el ruido de sus labios sorbiendo la cerveza y el golpeteo suave de los vasos posándose sobre la mesa, Cristóbal trató de destensar un poco la escena. Al fin y al cabo, eran hermanos y parecían dos completos desconocidos cuyas vidas no tienen nada en común, sentados por puro azar uno frente a otro, mudos de palabras y emociones.

—¿Sabes que el Racing juega este año el *playoff* de ascenso a Segunda División?

Gabriel volvió lentamente del mundo de pensamientos al que parecía haberse mudado hacía unos minutos.

—¿En serio? No lo sabía. Ya sabes que últimamente estoy un poco desconectado del fútbol.

Aquel comentario de Cristóbal lo había sorprendido de veras. La última vez que había leído una noticia sobre el Racing de Ferrol, el equipo vagaba sin pena ni gloria por la mitad de la tabla, sin demasiadas opciones de hacer nada destacable.

—Sí, sí. El final de temporada que hicieron fue brutal. Una racha de la hostia. Acabaron la temporada como un tiro, así que tienen opciones reales de subir —explicó Cristóbal,

visiblemente emocionado por la marcha del equipo.

Su hermano asintió satisfecho y dio otro trago a la cerveza antes de hablar.

—Vaya tiempos aquellos en los que íbamos cada semana al estadio. Lo pasábamos bien ¿verdad?

Aquella mención al pasado iluminó el rostro de ambos. Por un momento, les pareció que el aroma del césped recién cortado se les colaba, furtivo, por los agujeros de la nariz. Casi pudieron volver a saborear el gusto de aquellas palmeras de chocolate que ambos se compraban en los descansos de los partidos y recordaron cómo los ojos les hacían chiribitas con el primer sorbo del refresco que servían en el ambigú.

—Tenemos que repetirlo alguna vez —propuso Cristóbal.

—Claro.

Ambos se dieron cuenta de que habían dicho aquello sin demasiado convencimiento, como si fuesen conscientes de que la posibilidad de que ocurriera fuera bastante remota. Se sonrieron con lástima, diciéndose sin palabras que sabían bien que eran cosas que ya pertenecían al pasado. Entendían que los tiempos donde todo era más simple y todavía conservaban intacta su capacidad para asombrarse y descubrir el mundo no volverían nunca. Todo aquello parecía muy lejano, como si se hubiera hundido en lo más profundo de una fosa oceánica, cuyo fondo es imposible de rozar con los dedos.

Gabriel pensó que esos pensamientos estaban turbando intensamente a su hermano, pues su rostro pareció contraerse y hasta le pareció que le palidecía la cara. Pronto entendió que aquella reacción no tenía nada que ver con ningún tipo de añoranza, sino con una presencia mucho más real y presente.

—¡Clara! ¿Qué haces por aquí? —exclamó Cristóbal, incorporándose de manera tan torpe que casi vuelca la mesa.

Gabriel se giró como un resorte y aquella mesa recibió otro envite, aún más duro que el anterior. Los dos hermanos parecían dispuestos a poner fin por la vía rápida a la vida útil del mobiliario de la cafetería.

—Hola.

La voz de Clara le sonó extraña, como si no saliera de su cuerpo. Verla allí de pie, después de tantos años, hablándole directamente, le parecía tan raro como la escena de una película de humor absurdo. No supo qué decir.

—¡Cuánto tiempo! ¿Quieres sentarte con nosotros?

Cristóbal dijo aquello consciente de que había empezado a sudar frío. Su hermano le lanzó una mirada asesina, pero no se atrevió a decir nada.

—Claro. Si a tu hermano no le importa…

Se lo había dicho dirigiéndole a Gabriel una sonrisa interrogativa. Este arqueó las cejas y arrugó el entrecejo, como si estuviera haciendo un esfuerzo inmenso por comprender lo que estaba ocurriendo.

—Por supuesto que no —soltó al fin.

Por el rabillo del ojo, Gabriel vio cómo su hermano respiraba aliviado.

Clara tomó asiento, justo al lado de Gabriel. Se pidió una cerveza para acompañarlos.

—¿Estás de vacaciones? —se interesó Gabriel, tratando de ocultar su incomodidad por estar sentado en aquella terraza junto a su exnovia. Ni siquiera había sido capaz de dirigirle la mirada mientras le hablaba.

Cristóbal y Clara cruzaron rápidamente una mirada cómplice. Aquello no pasó inadvertido para Gabriel, pero no dijo nada y se limitó a esperar una respuesta.

—En realidad, no. Me han ofrecido trabajo aquí. Ahora cubro esta comarca.

Gabriel asintió y se terminó la cerveza de un trago.

—¡Qué casualidad! ¿Verdad, Gabriel? —dijo Cristóbal, antes de soltar una risita nerviosa que sonó ridícula viniendo de aquel corpachón.

Ni siquiera se inmutó ante las palabras de su hermano. Clara decidió, entonces, tomar la iniciativa.

—No pareces muy contento —le espetó a Gabriel, tratando de encontrar sus ojos castaños sin éxito.

Se hizo el silencio durante unos segundos que parecieron eternos. De pronto, Gabriel giró bruscamente la cabeza y le lanzó una mirada airada a su exnovia.

—Mira, Clara, me alegro de verte y saber que estás bien, pero no puedes pretender que nos tratemos como si nada hubiera pasado entre nosotros.

Un sonoro carraspeo inundó la garganta de Cristóbal. Se revolvió en la silla, inquieto, como si unas cuerdas invisibles le estuvieran apretando todo su cuerpo y tratara de librarse de ellas. Se calmó un poco al ver que su hermano relajaba el rostro y se encogía de hombros, sosteniéndole la mirada a Clara.

—En fin, ya que estás aquí, supongo que debería comportarme y no actuar como el típico ex resentido.

Clara estalló en una estruendosa carcajada.

—Sigues siendo el mismo cacho de pan de siempre —señaló ella, una vez ahogada su efusiva reacción.

—Supongo —terció él, desviando la mirada hacia el vaso de cerveza vacío.

El camarero llegó con la cerveza que había pedido Clara, colocó un posavasos sobre la mesa y depositó la jarra con cuidado sobre él.

—Entonces, ¿te pides otra para que no tenga que bebérmela sola? —dijo al tiempo que le guiñaba un ojo y le ofrecía la más hermosa de las sonrisas de su amplio repertorio.

—Supongo —repitió él lacónico.

Hizo una seña al camarero, que se acercó ágil como un atleta etíope en plena competición olímpica.

—¿Qué va a ser? —preguntó, con voz aflautada.

—Dos cañas más, por favor —pidió Gabriel, sin demasiada efusividad.

—No, no. Yo me tengo que marchar. Que sea solo una para él —intervino Cristóbal, cuyo tono de voz evidenciaba un acusado nerviosismo.

Sabía que en aquel momento todo podía irse al traste, si su hermano decidía marcharse también. Confiaba en que Gabriel hiciera gala de su educación y resolviera no dejar sola a Clara. Además, ya había pedido su bebida, por lo que intuía que sería así. Cuando se quiso dar cuenta, Gabriel lo escrutaba con gesto enfurecido, pues no podía creer lo que aquellos dos estaban haciendo con él.

—¿En serio te vas a ir?

Nada más dejar salir aquellas palabras de su boca, se percató de que su tono había sonado realmente amenazador. Cristóbal solo acertó a asentir con una expresión graciosa, aunque a Gabriel, en aquel momento, la situación distaba mucho de parecerle divertida. Al contrario, estaba francamente enfadado con su hermano por aquella encerrona. Desde que había advertido la mirada que Cristóbal y Clara se habían lanzado al verse, había comprendido que aquello no había sido una simple casualidad. Aunque desconocía las intenciones de ambos, tenía claro que aquel era un encuentro perfectamente planeado, pero, a pesar de que se sentía traicionado y

profundamente molesto e incómodo por la situación, decidió quedarse.

Cristóbal se despidió de ellos avergonzado, ante la mirada furiosa de su hermano y la sonrisa confiada de Clara. Se alejó pensando que quizás su hermano no le perdonaría aquella afrenta, aunque estaba convencido de que estaba haciendo lo mejor para él.

Clara se levantó de la silla y Gabriel aprovechó para lanzarle una mirada furtiva. Vestía unos pantalones vaqueros ajustados y una blusa de color lima. Le pareció que estaba realmente guapa y que no había perdido ni uno solo de sus encantos. Trató de apartar estos pensamientos de su cabeza y, por un momento, lo consiguió. La imagen de América en la playa, aquella noche, se le apareció en su mente como un auténtico fogonazo, aunque luego se disipó a la velocidad de un cometa.

Clara se había sentado justo enfrente de él y notó que lo miraba con curiosidad, como si esperara que dijera algo sobre aquel encuentro. Sin embargo, él decidió permanecer en silencio y aguardar a que ella tomase la iniciativa. Por supuesto, Clara no esquivó el ofrecimiento. Nunca lo hacía.

—¿Cómo te va la vida? —preguntó, tras darle un sorbito a la cerveza y dejando la marca de su pintalabios rojo en el borde del vaso.

El camarero llegó justo cuando Gabriel se disponía a responder a aquella pregunta de mala manera. Iba a decirle que su vida había sido un desastre desde que lo dejaron. Lo pasó francamente mal tras el fracaso de su relación y luego llegó Beatriz: un pequeño paréntesis de calma antes de una tormenta terrible. Dos años de depresión, de tristeza malsana y de transitar como un invitado silencioso por una vida que detestaba profundamente. Y, ahora, había conocido a una chica genial, el tipo de mujer con la que uno querría pasar la vida entera, y resultaba que aquel deseo iba a ser irrealizable. Toda una carrera de éxito en el amor. A pesar de todo, y dado que no quería contarle todas aquellas cosas a una persona que le había hecho tanto daño, decidió optar por la vía diplomática.

—No me va mal.

La respuesta fue escueta y el tono cortante. Sin embargo, Clara no parecía dispuesta a rendirse.

—Siento mucho lo de Beatriz. Debiste de pasarlo muy mal.

Aquello le sentó como un golpe directo en la boca del estómago. Hasta le pareció que las tripas le daban una vuelta. Ella debió de notarlo, pues el rostro de Gabriel se había ensombrecido y sus labios apretados le decían que su recuerdo aún le provocaba un intenso dolor.

—Claro que lo pasé mal. Ni siquiera te lo imaginas.

A Clara le pareció que los ojos de Gabriel se aguaban. Él cogió el vaso, lo apretó con fuerza, desvió la mirada y se lo llevó a los labios. Dio un sorbo largo y sonoro antes de dejar caer el vaso con fuerza sobre la mesa, haciéndola temblar.

—Lo siento. No quería entristecerte. Solo quería que supieras que siento todo lo que has tenido que pasar. Aunque no te lo creas, he pensado mucho en ti durante este tiempo.

Él la miró con gesto escéptico, como si no se decidiera a creer en sus palabras.

—Lo digo en serio, Gabi —añadió ella, esperando alguna reacción por su parte.

Clara le sostenía la mirada, pero él trataba de esquivársela concentrándose en la gente que paseaba y charlaba animadamente por la plaza. En aquel momento, deseó ser alguno de esos seres, en lugar de estar sentado en aquella silla, en aquella precisa mesa, con aquella misma persona. Sabía que, si la miraba, si dejaba que sus ojos se cruzaran demasiado tiempo, su castillo de naipes podía venirse abajo como si lo hubiera azotado un huracán furioso. No podía permitir que eso ocurriera.

—¿A qué has venido, Clara?

Lo preguntó con gesto contrariado.

—Ya te lo dije. Me han trasladado —repuso tranquila.

Gabriel resopló y el aire que silbaba a través de sus dientes desplazó una servilleta arrugada que estaba sobre la mesa; se fue al suelo tras planear brevemente, llevada por la brisa.

—No me refiero a eso. Te pregunto por tus intenciones. ¿Por qué querías hablar conmigo?

Ella trató de hacerse la sorprendida ante aquella pregunta y lo cierto es que a Gabriel le pareció una actuación bastante decente.

—No te entiendo. Ha sido casualidad que nos hayamos encontrado.

A pesar de su recién descubierto talento para el teatro, aquel farol no había colado. Gabriel sonreía irónicamente, mirando a la nada.

—Clara, por favor. Ha sido una encerrona de las malas. Cristóbal no sirve para estas cosas.

Se rio con ganas. Sabía que su plan había resultado demasiado evidente, pero, después de todo, había funcionado. Al fin y al cabo, estaba allí, a solas, hablando con él. A pesar de lo burdo de su planteamiento, había conseguido su propósito. Ahora dependía de ella que todo valiera la pena. No tenía intención de desaprovechar la oportunidad.

—Bien, lo admito. Tú ganas. Tenía ganas de verte y me encontré el otro día con Cristóbal. Sabía que, si te llamaba yo, me dirías que no. Era la única opción que tenía para poder hablar contigo.

Él asintió, como ausente. Parecía un ser fantasmagórico. Se diría que estaba haciendo todo lo posible para volverse invisible. Pensó cuánto habría dado por tener una capa de invisibilidad como la de Frodo en el Señor de los Anillos. ¡Qué suerte la de ese tío! Aquella ocurrencia le hizo esbozar una leve sonrisa y, sin quererlo, bajó la guardia. Levantó la vista y allí estaban aquellos ojos oscuros. Había caído en la trampa.

—Al fin te dignas a mirarme de verdad —se alegró Clara, sacando otra de sus maravillosas sonrisas de catálogo.

Gabriel le devolvió la sonrisa y a Clara le pareció que en ella se entremezclaban trazos de melancolía y pena.

—¿Por qué nunca me llamaste?

Había dejado entrever en sus palabras un resentimiento que se había encargado de custodiar con celo durante años. Clara dudó unos instantes antes de contestar. Entornó los ojos y comprimió los labios, tratando de encontrar las palabras adecuadas para responder adecuadamente a la pregunta que le acababa de lanzar. Sabía que la contestación que diera sería vital, que de lo que dijera en aquel momento dependía el futuro de una relación por la que ella estaba decidida a apostar el cien por cien.

—No quería causarte más daño, Gabi. No creo que escuchar mi voz fuera lo que necesitaras en aquel momento.

Pudo ver que el rostro de Gabriel se destensaba y le pareció distinguir en su mirada un atisbo de comprensión. Sus palabras despejaron toda duda al respecto.

—Lo entiendo. Supongo que no podía pedirte eso. Al fin y al cabo, ya no nos unía nada cuando ocurrió lo de Beatriz.

Ella asintió y le ofreció una mueca compasiva.

—Pero, a pesar de ello, yo siempre me preocupé por ti. Aunque no te llamara, preguntaba por ti a conocidos y amigos. Si hubiera sabido que podía ayudarte de alguna forma, lo habría hecho.

Aquello distaba mucho de ser mentira. Al contrario, Clara siempre había estado pendiente

de su expareja, de una forma u otra. Cuando Beatriz falleció, no pasaba demasiado tiempo sin que recibiera alguna actualización del estado de ánimo de Gabriel.

Era cierto que ella había tenido varios líos desde que habían roto, pero nada serio. De alguna manera, pensaba que pasaría página pronto, que Gabriel se quedaría como uno más en su historial de conquistas, pero pronto descubrió que las cosas no resultarían tan sencillas. No había conseguido olvidarlo del todo, aunque frecuentemente pensaba que aquello se debía a la típica etapa en una ruptura donde se idealiza lo bueno del otro y lo malo se oculta bajo la más gruesa de las alfombras. No obstante, el tiempo había pasado y aquella alfombra rehusaba levantarse. Por eso había vuelto, para descubrir lo que se ocultaba bajo ella, para comprobar si ahora sería capaz de soportar lo que había debajo. Estaba totalmente convencida de que así iba a ser.

Miraba a Gabriel, que se había quedado en silencio, digiriendo lentamente sus palabras. Para él, habían resultado ser como un par de torpedos que habían impactado de lleno en la línea de flotación de sus emociones. Se debatía entre cortar en seco aquella conversación para evitar que todos aquellos sentimientos se desbordasen o seguir jugando con fuego. No pudo evitar elegir esta última opción.

—¿Vas a decirme de una vez qué quieres de mí?

Esta vez sus palabras no sonaron tajantes, sino más bien suplicantes.

Clara se quedó pensativa y, por primera vez, le esquivó la mirada, aunque no por demasiado tiempo. Sus ojos castaños lo encañaron de nuevo, brillantes y profundos, como avivados por un fuego abrasador.

—Lo que quiero lo tengo delante de mí. Te quiero a ti.

Fue como una bomba nuclear detonada en lo más profundo de su corazón. Notó cómo sus entrañas se sacudían con una violencia inusitada. ¿Qué podía decir ante aquella declaración? Trató de no mirarla, pero le resultó imposible. De pronto, todos los recuerdos de su pasado en común iban y venían sin control por su mente: su primer paseo juntos por la playa de Esmelle; su primer beso aquella misma noche en el portal de Clara; su primera noche juntos en su casa, que resultó ser también la primera vez que hicieron el amor; su primera discusión por unos celos injustificados provocados por un tipo que intentó tontear con ella en la discoteca. Todas aquellas primeras veces le dieron un vuelco a su corazón.

—Yo… No sé qué decir —reconoció al fin, dubitativo y nervioso.

Ella soltó otra de sus carcajadas y Gabriel pensó que no recordaba cuánto se reían juntos. De hecho, le pareció que no era algo que hubiera pasado con demasiada frecuencia. Ella siempre lo acusaba de ser un soso y él entonces le respondía acusándola de ser demasiado cínica. A pesar de todo, aquel recuerdo flotaba en la distancia, demasiado lejano como para ser rozado apenas con las puntas de los dedos.

—No tienes que decir nada. Eres como un libro abierto y no te olvides que yo sé leerte muy bien —señaló ella.

Ahora sonreía victoriosa, como si acabara de escalar la más abrupta de las montañas y estuviera disfrutando de las vistas desde la cumbre.

Gabriel notó cómo sus mejillas se encendían. Se había ruborizado y estaba seguro de que ella se había dado cuenta. A pesar de los cinco años largos que habían pasado, del tormentoso final que habían tenido, entre reproches y palabras mal escogidas, aquella chica todavía sabía cómo llevarlo justo a dónde quería. Tragó saliva, tratando de calmar el ritmo de su corazón, que había pasado de un intenso trote a un peligroso galope que amenazaba con desbocarse. De pronto, un relámpago en forma de pensamiento iluminó sus pensamientos: era la imagen de una chica pelirroja, bañándose a la luz de la luna en una playa, que le sonreía con ternura. Era

América. Sintió un pinchazo en la boca del estómago y que algo se le revolvía en el pecho. Sabía por experiencia que aquella era la forma que tenía su cuerpo de expresar los remordimientos. Aunque no había pasado nada entre Clara y él, aquellos sentimientos que parecían resurgir en su interior y que pensaba haber enterrado tiempo atrás le parecían una auténtica traición hacia América. Nunca se había considerado una persona desleal o el tipo de hombre que traiciona la confianza de los demás a la menor oportunidad. Aunque a veces podía resultar un poco antipático, sobre todo desde la muerte de Beatriz, no era un traidor. Se secó las palmas de las manos sobre la tela de su pantalón vaquero, bajo la mesa, y tragó saliva de nuevo. Debía de hacer algo para salir vivo emocionalmente de aquel atolladero en el que se había metido o, más bien, en el que lo habían metido.

—Clara, estoy saliendo con alguien.

Ella sonrió. A Gabriel no le pareció que aquellas palabras le afectaran en modo alguno y se preguntó si quizás Cristóbal se había ido de la lengua también en este tema.

—No me importa. Volverás a mí en algún momento.

Sin más, se levantó con una sonrisa de satisfacción y cogió su bolso que colgaba de la silla.

—Yo invito —añadió antes de despedirse guiñándole un ojo y dirigirse hacia el interior del bar.

Gabriel se quedó allí plantado, hundiéndose poco a poco en la silla. Sentía como si un tren de mercancías le hubiera pasado por encima a toda velocidad y estuviera tumbado en las vías esperando que alguien lo despegase de los hierros. Vio que Clara salía del bar y volvía a él con paso decidido. No pudo evitar pensar que realmente estaba impresionante y que el paso de los años le había sentado de maravilla. Al llegar a su altura, se inclinó con decisión y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Ya nos veremos —dijo, guiñándole de nuevo el ojo.

Gabriel la miró mientras se alejaba y se perdía, lejana, en las calles trazadas a escuadra del barrio de la Magdalena. Todavía aguantó sentado unos minutos más. Luego, se levantó y se dirigió a toda prisa al coche, que había aparcado a unos diez minutos de allí.

Cuando se sentó al volante, resopló y se miró al espejo retrovisor. Sobre su mejilla izquierda, todavía sonrojada, descubrió la estampa rojiza de unos labios, como un sello de propiedad perfectamente visible. En un acto reflejo, sacó un pañuelo de papel de su bolsillo y se limpió la marca del pintalabios con mucho empeño, hasta que no quedó ni el más mísero resto. Se dio cuenta de que había frotado el pañuelo sobre su mejilla con tanto ímpetu que le dolía la piel en aquella zona y que había adquirido un color granate un tanto extraño.

Arrancó el coche y se dirigió a casa. Quería llamar a América, preguntarle por su día y charlar un rato con ella. Él también le contaría cómo le había ido en el trabajo aquel día y que había quedado a tomar algo con su hermano después de salir de la oficina. Había decidido no contarle nada de su encuentro con Clara. Al fin y al cabo, no había pasado nada entre ellos. ¿O acaso se estaba engañando? Decidió poner la radio y tratar de concentrarse en la música. Sonaba una antigua canción de Bob Dylan que reconoció enseguida. «No lo pienses dos veces, está bien», cantaba el viejo Bob en el estribillo. Aquellos versos le parecieron una broma macabra del destino.

12
Una visión espantosa
Ojalá pudiera cerrar los ojos y olvidarlo todo

Los acordes de una guitarra acústica resonaban en el interior de la iglesia. Decenas de cabezas se movían rítmicamente al son de la música, como pequeñas olas de un mar apenas agitado. Gabriel giró suavemente la cabeza y la miró. Sus labios se movían dibujando los sonidos que componían la letra de la canción que sonaba en aquel preciso instante. Un par de rizos rebeldes se le deslizaban sobre la frente y sus mejillas habían adquirido un color rojizo que apagaba sus pecas. Sus ojos entornados demostraban que estaba muy concentrada en el concierto. Le pareció una imagen maravillosa

Delante del altar, una mujer cantaba con poderosa voz de soprano. A su lado, un hombre canoso y de figura achatada rasgaba hábilmente las cuerdas de una guitarra de madera clara. El recital debía estar a punto de terminar, pues había pasado más de una hora desde que habían tomado asiento en uno de los bancos de la iglesia. Cuando América lo llamó para proponerle acudir a un concierto de música cristiana, Gabriel tuvo sus dudas. Nunca había estado en ninguno antes y no estaba seguro de si aquello sería de su gusto. El hecho de que él no se considerara creyente tampoco ayudaba demasiado.

Aunque era cierto que llevaba un tiempo coqueteando con la idea de llenar sus vacíos con algún tipo de espiritualidad, su reticencia hacia el mundo católico le había hecho descartar en varias ocasiones la idea de encontrar aquello que buscaba entre las cuatro paredes de una iglesia. Sin embargo, quería estar con América y si para ella aquello era un buen plan y quería compartirlo con él, se había convencido de que valdría la pena el esfuerzo. Así que accedió, aunque ella debió de notar su escaso convencimiento, porque le había dado la opción de verse después del concierto, en caso de que él lo prefiriera así. Cuando le dijo que quería acompañarla a la iglesia, pudo notar un hilo de emoción velada en la voz de América.

Ahora estaba allí, escuchando a aquellos dos músicos y tenía que reconocer que, después de todo, no había sido una mala decisión. Algunas de aquellas melodías eran realmente hermosas y habían conseguido conmover sus entrañas. Le costaba comprender algunas de las letras, dirigidas a Dios, pero en ciertos momentos, hasta le parecía sentirse parte de todo aquello. En algunas canciones, incluso, se animó a seguir con su voz los pegadizos estribillos que la mujer entonaba con mucho acierto. Siempre pensó que a través de la música era posible transmitir cualquier cosa y aquel día estaba comprobando en sus propias carnes que aquella teoría era muy cierta.

El dúo terminó la canción y brotaron los aplausos entre el público. La mujer dio las gracias y abrió los brazos dirigiéndose hacia el hombre de la guitarra, en un gesto que quería indicar un sincero agradecimiento hacia su compañero de actuación. Dio las gracias a la gente que había acudido a escucharlos y propuso algo que a Gabriel le sorprendió: que todos se cogieran de las manos formando una cadena humana y rezaran juntos un Padrenuestro antes de poner fin al recital. La gente se puso de pie y le pareció que un mar de sonrisas inundaba la sala. América le ofreció su mano y, por su lado derecho, un hombre mayor, de unos sesenta años, le tendió la suya. Él aceptó, dirigiéndoles a ambos una sonrisa. Aquella escena le parecía un tanto curiosa, aunque tuvo de reconocer que se respiraba un ambiente gozoso y distendido. Aquella felicidad parecía flotar en el aire y casi le parecía que realmente podía aspirar y llevar a sus pulmones ese aire de paz sin esfuerzo alguno.

Cuando terminaron de rezar, los músicos se despidieron y se dispusieron a recoger sus bártulos con ayuda de algunos de los asistentes. Alguna gente comenzaba a desfilar hacia la puerta de la iglesia, mientras que otros formaban corrillos y charlaban animadamente.

—¿Qué te ha parecido?

La voz de América le sonó un tanto lejana, pues él todavía se encontraba algo traspuesto tras todas aquellas emociones desatadas.

—Increíble —admitió él, con la mirada aún perdida.

América lo tomó de nuevo de la mano y aquel gesto le hizo reaccionar. Se giró hacia ella y le sonrió. Con la mano libre, se retiró los dos rizos de la frente y le devolvió, gentil, la sonrisa.

—Me alegro de que hayas venido. Por un momento, pensé que había sido una mala idea traerte.

Él negó con la cabeza.

—Ha sido una gran idea, de verdad.

Mientras hablaban, había reparado en que un hombre sonriente con alzacuellos se había ido acercando a ellos lentamente, colocándose tras la espalda de América. Ella debió de percatarse, pues se giró un tanto sobresaltada.

—¡Martín! ¡Qué susto me has dado! —exclamó entre risas.

El sacerdote se rio con ganas. Gabriel pensó que nunca había visto a un cura reír de aquella manera. Por algún motivo, se le había metido la idea en la cabeza que escuchar la risa de un cura era más difícil que resolver un sudoku cuando vas hasta arriba de alcohol.

—Gabriel, este es el padre Martín. Padre, este es Gabriel, mi novio.

Aquellas palabras le sonaron extrañas. Ella lo había definido como «su novio» y él ni siquiera había pensado hasta ese momento que realmente eran una pareja con todas las letras. Salían juntos, se divertían juntos, se habían bañado en ropa interior en una playa y se habían besado apasionadamente. ¿Qué más hacía falta para considerar a una persona como tu pareja? No se le ocurrían muchos más requisitos de su lista mental que fuera necesario cumplir.

—Encantado —dijo el sacerdote, al tiempo que le ofrecía la mano para consolidar la oportuna presentación.

—Igualmente.

Fue una respuesta escueta, pero había pronunciado aquella simple palabra tan alegre que casi se le sale la sonrisa de la cara. Le pareció que el padre Martín apretaba con decisión su mano. A primera vista, daba la impresión de ser un hombre honesto e íntegro.

—Cuídala bien ¿eh? Se lo merece.

El cura dijo aquellas palabras mirándole a los ojos, casi suplicante. A Gabriel le pareció intuir una honda preocupación de aquel hombre por la felicidad y el porvenir de América. Él, un tanto cortado, solo asintió.

—¿Desde cuándo eres mi padre?

América dijo aquello poniendo sus brazos en jarra y dirigiéndole una mirada graciosa al sacerdote.

—Aquí yo soy el padre de todos, no te olvides —replicó el cura antes de estallar en una sonora carcajada que los contagió a ambos.

—Descuide. La trataré bien —acertó a decir Gabriel al fin.

Martín agitó la mano en el aire y negó ostensiblemente con la cabeza.

—No me trates de usted, que no soy tan viejo.

Los tres rieron con ganas. La sorpresa volvió a hacer acto de presencia en la mente de Gabriel. Por alguna razón, pensaba también que una de las cosas que podía provocar la furia de

un cura era tutearlo. Siempre los había considerado como figuras lejanas y sombrías. Se le habían desmontado dos certezas en pocos minutos.

—Martín me ha ayudado mucho con mi enfermedad. Gracias a él he conseguido entender y aceptar muchas cosas. Es difícil mantener la fe cuando no eres capaz de asumir que todo cuanto crees asegurado se derrumba ante tus ojos en poco tiempo.

América decía estas palabras, mirando alternativamente a los dos hombres que estaban de pie, escuchándola atentamente. Ambos asentían, aunque a Gabriel le costaba comprender plenamente lo que ella trataba de explicar.

—Dale las gracias al jefe —dijo el sacerdote, señalando con su dedo índice hacia arriba—. Yo solo soy un empleado más —añadió, encogiéndose de hombros.

América ladeó la cabeza, adoptando un aire meditabundo. Se hizo un silencio que duró apenas unos segundos y que ella misma se encargó de romper, abandonando así el estado ausente en el que parecía haberse sumido.

—Si hubiera un premio al empleado del año, creo que tú deberías ganarlo.

—¿Y colgar mi foto en el recibidor del Obispado? No lo veo —bromeó el sacerdote, soltando un gracioso resoplido.

Otro mito que se rompía en mil pedazos. ¿Un cura con sentido del humor? Antes de aquel momento, Gabriel habría jurado por encima de todas las cosas que era imposible que existiese algo así sobre la faz de la tierra. No podía negar que aquel hombre tenía un carisma que le resultaba asombroso.

—Y ahora, si me perdonáis, tengo que atender a mi público —afirmó haciendo una grácil reverencia hacia ellos. Sin duda, se refería a algunos fieles que se habían ido congregando cerca de él y lanzaban frecuentes miradas hacia ellos, mientras esperaban su turno para poder compartir un rato con el padre Martín.

Gabriel y América se despidieron de él y se encaminaron hacia la puerta. Cuando ya estaban a punto de enfilar la salida, a Gabriel le sorprendió ver que ella se arrodillaba y se santiguaba piadosamente en dirección al altar. Recordó haber visto hacer aquel gesto a algunas personas mayores en el funeral de Beatriz, pero asumió que se trataba de alguna vieja costumbre que los más entrados en años todavía conservaban, como un reflejo instintivo carente de cualquier significado. Una vez incorporada, América le dirigió una sonrisa.

—Es un signo de respeto al Señor. Ya sabes, como un saludo.

Él asintió, serio, pero decidió permanecer de pie. Al fin y al cabo, no pisaba una iglesia desde el funeral y no se podía decir tampoco que antes las hubiera frecuentado demasiado. Su bautizo, que por supuesto no recordaba, y un año entero en el que estuvo asistiendo a la misa de domingo como preparación para recibir la Comunión suponían todo su bagaje y su experiencia personal directa en aquellas lides. Nunca entendió demasiado bien por qué su madre se empeñó en que recibiera aquel sacramento, puesto que nunca iban a la iglesia y, en su casa, la cuestión de la fe no era, precisamente, el tema estrella de sus reuniones familiares. Por eso, desde el día de su Primera Comunión, los días en que había entrado en una iglesia podían contarse con los dedos de las manos. Un par de bautizos de algunos primos, dos bodas de amigos y poco más.

El día del funeral de Beatriz se había jurado a sí mismo que no volvería a una iglesia. No podía comprender los motivos que podían llevar a un Dios a segar vidas jóvenes, con todo un futuro por construir, sembrando tanto dolor a su paso. En definitiva, desde aquel día, mientras escuchaba al cura hablar de la misericordia de Dios, creía que, si existía algo parecido a un ser divino, tenía que ser cruel y desalmado. Aquella idea inconcebible le hizo decantarse definitivamente por la decisión de dejar de creer. No podía soportar la idea de que alguien

poderoso, omnipotente, capaz de hacerlo todo, no hubiera intervenido aquella noche, evitando la muerte de la mujer que amaba y con la que imaginaba una vida de felicidad y amor.

En esta posición se había mantenido largo tiempo, pero tenía que reconocer que hacía unos meses que se había vuelto a plantear la necesidad de creer en algo más. Muchas veces era consciente, sobre todo en la soledad de las noches más frías, que su corazón se había endurecido y notaba vivamente el dolor que su vacío interior le provocaba. Era un sufrimiento demasiado enraizado, que se le había adherido al alma con demasiado apego. Sabía bien que él solo no podría extirpar aquella semilla que crecía desaforada y que se había encargado de alimentar durante demasiado tiempo con su negativa constante a dejarse ayudar. A pesar de que se resistía a la idea de creer en un Dios, fuese cual fuese su nombre, una pequeña chispa en sus entrañas le hacía pensar en ello con demasiada frecuencia.

Habían salido de la iglesia y ella lo tomó de la mano, sacándolo de aquellos pensamientos tan recónditos.

—¿Qué quieres hacer ahora?

Gabriel apretó su labio inferior con los dientes, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para proponer algo interesante. Era solo una pantomima, pues en realidad, ya había considerado qué plan le iba a sugerir después del concierto.

—Había pensado en invitarte a mi casa a ver una película. Como es viernes y mañana no trabajo, podemos ver algo hasta tarde.

Ella se quedó pensativa. En realidad, lo suyo también tenía bastante de actuación, pues había planeado también invitarlo a su casa, justamente con la misma idea. Tras unos segundos de vacilación, que sirvieron para elevar la expectación sobre su respuesta, dijo que sí y ambos se encaminaron, tomados de la mano, hacia el coche de ella, que se había ofrecido a recogerlo en su casa para no tener que mover dos coches.

—Ese cura me ha parecido muy agradable.

América sonrió melancólicamente. Le parecía estar avistando algún sufrimiento lejano, que hoy contemplaba como si estuviera flotando en el espacio, desde una posición más distante, casi ajena al dolor que aquella angustia le hubiera podido provocar en su momento. De alguna manera, se sentía como una astronauta, enfundada en su traje blanco, contemplando la Tierra desde la Estación Espacial Internacional. Sabía que tendría que volver a su planeta tarde o temprano, pero ahora estaba decidida a disfrutar al máximo de aquel paseo astral.

—Es un buen hombre. Cuando me diagnosticaron la enfermedad, él se enteró por mi madre, y se volcó conmigo. Me hizo entender muchas cosas y, desde aquel momento, todo tiene más sentido para mí.

Gabriel pensó si debía enunciar aquella pregunta que había ido tomando forma en su mente a medida que hablaban. Resolvió que, si había un momento oportuno para hacerla, tenía que ser aquel.

—Hay algo que no entiendo, Ame —se arrancó, un tanto dubitativo—. ¿Cómo puedes creer en un Dios que permite que una chica joven como tú tenga una enfermedad incurable? ¿De qué manera eso te ayuda en algo?

Dejaron de caminar, pues ella se quedó parada en mitad de la calle, con gesto recio. Parecía una estatua griega que alguien hubiera colocado aquella misma noche en mitad de la acera. Por un momento, él pensó que su pregunta la había enfadado o entristecido. «Eres torpe, muy torpe», rumió para sí mismo. Había abierto ya la boca con la intención de disculparse, cuando ella relajó sus facciones e hizo que la estatua pareciera viva de nuevo.

—Es una duda razonable. Yo también la tuve.

Reiniciaron la marcha a paso lento y notó que América le apretaba la mano con más fuerza. No dijo nada, esperando que ella continuase su explicación.

—Hasta que comprendí que nada se termina aquí—añadió, concisa y segura de sus palabras.

Ahora fue él el que detuvo sus pasos. La miró con el mismo aire escéptico de un profesor escuchando las excusas de sus alumnos por no haber podido terminar sus tareas a tiempo.

—¿Te refieres a la vida después de la muerte?

Ella asintió con expresión confiada. Gabriel no sabía cómo continuar aquella conversación. Le parecía complicado entender que aquella chica joven pudiera tener tanta fe en algo que a él le parecía tan difuso, como dos sombras moviéndose entre la niebla en una noche tormentosa. Pensó en hablarle de Beatriz, de lo mucho que había sufrido por su muerte y del nulo sentido que le encontraba a aquel accidente que terminó con su vida. Desechó la idea y decidió contratacar con otra pregunta, a riesgo de provocar en ella alguna reacción indeseable.

—¿Y no temes que no sea cierto? Es decir, que todo nuestro sufrimiento no tenga más sentido que el de hacer nuestras vidas más desgraciadas.

En cuanto acabó de pronunciar aquellas palabras, se sintió fatal. Estaba planteándole aquellas cuestiones a una mujer que sabía a ciencia cierta que iba a morir joven, sin poder disfrutar de muchas de las cosas magníficas que la vida puede regalar. Peor aún, se lo estaba diciendo a la chica con la que acababa de empezar a salir. Se le pasó por la cabeza por un momento que ella se iba a echar a llorar y a maldecir el día en que se conocieron. Lejos de eso, se asombró al comprobar que América permanecía tranquila, con el rostro casi iluminado por una calma interior que no lograba descifrar. En aquel momento, su expresión le pareció un cúmulo de jeroglíficos grabados a cincel sobre su rostro. Le era del todo imposible entender lo que aquella chica tenía en su mente. Él estaba cuestionando sus creencias y dándole a entender que no entendía cómo podía estar tan tranquila sabiendo que se iba a morir pronto, quizás en unos pocos meses, y ella era capaz de permanecer impasible ante eso.

—Gabi, cuando crees de verdad que todo esto que nos rodea no es más que un atrezo, que cualquier dolor que puedas sentir en esta vida te parecerá insignificante comparado con la felicidad que nos espera después, todo tiene más lógica. Simplemente, no puedo ni quiero vivir sin esperanza.

—Entiendo.

De alguna forma, se sentía capaz de poder comprender aquellas palabras. Vivir sin esperanza era exageradamente doloroso y él lo sabía muy bien. Se dio cuenta de que había vivido así demasiado tiempo y que, efectivamente, había dejado de encontrarle un sentido a la vida. De ahí aquel vacío que amenazaba con extenderse como un tumor incurable, ennegreciéndole el alma.

Habían llegado al coche. La noche distaba mucho de ser desagradable, pero desde que el sol se había escondido apenas media hora antes, había comenzado a refrescar peligrosamente. América introdujo la llave en su 600 rojo, desbloqueando su puerta. Se metió dentro del coche, se dejó caer sobre el asiento y estiró su brazo para accionar la manilla de la puerta del copiloto. Por supuesto, aquel viejo trasto no tenía cierre centralizado ni nada que se le pareciera, por lo que había que abrir las puertas a la vieja usanza.

—Vas a tener que irme indicando el camino.

—Pensé que este chisme tendría GPS integrado —apuntó Gabriel, a la vez que golpeaba con las palmas de sus manos el salpicadero del coche.

Ella captó al momento el tono irónico de su comentario y se hizo la ofendida, mirándole con

los ojos tan abiertos como dos lunas llenas en una noche despejada. Acto seguido, le sacó la lengua y se rio jocosamente.

—No sabía que estaba saliendo con un cómico. Si me hubieras avisado, me habría preparado algunos chistes.

Metió la llave en el contacto y el motor del coche se quejó con estrépito, como si lo estuvieran torturando con todo un arsenal de instrumentos fatales. Toda la carrocería traqueteó sin compasión, hasta que las entrañas de aquella tartana comenzaron a serenarse y todo pareció estabilizarse. Por fin, América giró el volante y maniobró para salir del hueco en el que había aparcado.

Recorrieron la distancia que separaba la iglesia de la casa de Gabriel en unos diez minutos. Tuvieron suerte con los semáforos que salpicaban la carretera de Castilla, aquella larga serpiente estirada que atravesaba las poblaciones de Ferrol y Narón en un continuo de fronteras invisibles.

—Aquí es —le indicó él—. Mira, allí tienes un sitio —añadió, a la vez que le señalaba un amplio hueco entre dos berlinas de color oscuro.

Ella redujo la marcha y maniobró hábilmente para situar su coche entre ambos vehículos. Salieron del coche y a Gabriel le pareció que aquel viejo 600 rojo parecía una pequeña mariquita entre dos enormes cucarachas. Cruzaron la calle y él introdujo su mano en el bolsillo, haciendo tintinear un juego de llaves en su interior. Lo sacó y, con paso firme, se acercó al portal de su casa sin soltar la mano de América.

—¿Tienes prisa? —se sorprendió ella, advirtiendo el cambio de paso de Gabriel, que se dirigía al portal como un toro a punto de embestir.

—Tengo un poco de frío.

América lo miró de arriba abajo con evidente asombro.

—¿Un hombretón como tú tiene frío en una noche como esta? ¡Estamos casi en verano!

Era cierto, pues la primavera estaba ya dando sus últimos coletazos. Sin embargo, no se había abrigado suficiente. Se había confiado demasiado y había decidido ponerse una camiseta de manga corta y un jersey demasiado fino. El abrigo que había escogido tampoco era un dechado de virtudes contra las noches frescas de la costa.

—Tú lo has dicho. Casi. Normalmente, el «casi» marca una diferencia importante —repuso, introduciendo la llave en la cerradura.

Se metieron en el ascensor, profusamente iluminado. Pulsó el botón y el monstruo de acero comenzó a elevarse sin protestar. En unos pocos segundos, alcanzaron el tercer piso; las puertas se abrieron y una luz automática iluminó el pequeño vestíbulo en el que se perfilaban dos puertas de madera oscura. Gabriel rebuscó entre sus llaves hasta dar con la adecuada. Se dirigió hacia la puerta situada a la izquierda y giró la cerradura hasta dos veces. Una sensación de calor les acarició el rostro nada más entrar en el apartamento.

—Deja el abrigo donde quieras. Yo voy a preparar algo caliente. ¿Te apetece un café?

Pareció deliberarlo consigo misma por un momento y, finalmente, decidió pedirle una infusión de menta. Él no estaba muy seguro de que en las alacenas de su cocina hubiera algún tipo de infusión, ya que no era demasiado aficionado a ellas. Después de mucho rebuscar, al fondo de una de las estanterías, apareció una pequeña cajita con algunas bolsitas de infusiones. Por suerte, una de ellas era poleo-menta, a punto de caducar, pero aún en fecha. Se asomó a la puerta del salón, donde América había tomado asiento en el sofá y observaba todo a su alrededor. A Gabriel le pareció que movía la cabeza de manera muy graciosa, como una jirafa cotilla. Le pareció una imagen que valía la pena guardar en su memoria.

—Ame, ¿puedes ir encendiendo el ordenador mientras preparo las bebidas en la cocina? Así

luego solo tenemos que elegir la película.

Ella asintió y vio cómo él enfilaba el pasillo y se metía en la cocina. Se incorporó y giró sobre sus talones, tratando de localizar el ordenador. Al lado del mueble de la televisión reparó en una bolsa de color negro que bien podría servir para guardar y transportar un portátil. Se acercó hasta ella, abrió la cremallera y se sintió satisfecha al ver que allí dentro, efectivamente, se escondía el aparato gris. El modelo le pareció un poco desfasado, pero no le dio demasiada importancia. Lo sacó cuidadosamente de la funda y lo colocó sobre la mesita blanca del salón, situada justo enfrente del sofá de tela azulón en el que había estado sentada minutos antes. Pulsó el botón de encendido y se decidió a dar un rodeo por el salón mientras aquel bichito electrónico se volvía operativo.

Echó un vistazo a los libros que había en los diferentes estantes del mueble blanco del salón. Había algunos volúmenes de poesía, libros y revistas de fotografía y una buena colección de novelas históricas. Lo que más le llamó la atención e hizo que se le escapara una amplia sonrisa fue un estante donde se acumulaban numerosas biografías de músicos y de bandas que ella conocía bien.

Se giró al escuchar el chillido vaporoso del hervidor de agua que procedía de la cocina. Decidió, entonces, volver al sofá. No quería que Gabriel pensara que era una chismosa. Tomó asiento y sus ojos se clavaron, con enorme extrañeza, en la pantalla del ordenador. Le pareció que el corazón se le agitaba y, por un momento, temió que se debiera a su enfermedad. Respiró profundamente al darse cuenta de que era más bien un reflejo psicosomático provocado por la visión de aquella fotografía que dominaba el fondo del escritorio del portátil. Le llamó la atención el nombre de un archivo que estaba situado justo en el medio de la pantalla.

Giró su cabeza, inquieta, para comprobar que Gabriel aún estaba en la cocina. No había el menor rastro de él por el pasillo, así que supuso que estaría todavía terminando de preparar las bebidas. Puso su dedo sobre el panel táctil del ordenador y colocó el puntero sobre aquel documento de texto. Hizo doble clic con el dedo medio sobre él y, en un par de segundos, el archivo se abrió en el procesador de textos. Sintió un sudor frío recorriéndole la espalda y un destello de rabia ardiéndole en el centro del pecho. De pronto, escuchó el sonido de una cucharilla girando en el interior de una taza, como si se tratara de un badajo haciendo repicar una pequeña campana.

Cerró el archivo lo más rápidamente que pudo, cogió el abrigo que había dejado doblado sobre el brazo del sofá, también su bolso y salió embalada hacia la puerta, como un piloto de competición que ya atisba la bandera de cuadros después de una larga carrera. La cerró con cuidado para evitar dar un portazo, aunque, en lo más hondo de su ser, deseaba hacerlo. Si hubiera podido, habría tirado abajo el edificio entero.

Iba tan ofuscada que ni siquiera quiso esperar al ascensor. Descendió a toda prisa los escalones y cerró, ahora sí, con el mayor estruendo posible, el portal del edificio. Cruzó la calle con paso apurado, se metió en el coche y arrancó sin mirar atrás.

Cuando Gabriel regresó al salón, con las dos tazas humeantes en la mano, se quedó de piedra. Sus ojos comenzaron a moverse frenéticos en todas las direcciones, como si estuviera siendo víctima de algún estúpido truco de magia. América se había volatilizado sin dejar huella. No había rastro de sus cosas; ni su abrigo ni su bolso estaban donde deberían estar. Entonces, cayó en la cuenta. Sobre la mesita de centro del salón estaba aquel viejo ordenador encendido. Se dio cuenta enseguida de que ella debía de haberse equivocado, pues en lugar de encender su ordenador, había encontrado el otro portátil, aquel que Beatriz solía utilizar y que él no había vuelto a usar desde su muerte. Recordó, en ese mismo momento, que había estado utilizando su

ordenador en su dormitorio aquella misma tarde antes de que América lo recogiera y que no lo había vuelto a poner en el salón. Cuando se fijó en la pantalla, sintió que algo en su interior se revolvía. Contrajo el rosto, cerró con fuerza los ojos y apretó tanto los párpados que la presión se volvió insoportable. Los abrió de golpe y un montón de pequeñas motas luminosas le revolotearon por las pupilas.

—Mierda —maldijo en voz alta, visiblemente alterado.

Sintió que algo le mojaba la suela de su zapato derecho y se dio cuenta de que había dejado caer parte del contenido de las tazas en el suelo.

—Mierda. La he cagado.

Un pequeño charquito humeante de color café claro se extendía perezosamente sobre la madera oscura como un caprichoso fractal.

13
Un mundo tras la cortina
Algo se oculta ahí detrás

Era sábado y se había despertado con una resaca tal que parecía que el día anterior había estado bebiendo sin control hasta el amanecer. Nada de eso había pasado. Aquel estado abotargado no tenía nada que ver con ninguna juerga que se le había ido de las manos, sino que era fruto de una angustia inmensa. Apenas había podido conciliar el sueño y se había pasado la noche dando vueltas en la cama, como un animal rabioso que ha sido abatido y de cuyas heridas manan sangre espesa y caliente. No podía entender lo que había visto el día anterior en aquella pantalla.

Nada más levantarse, había decidido llamar a Laura para contarle lo que había pasado. Su amiga, por supuesto, había visto en aquella ocasión un clavo ardiendo al que agarrarse y le había permitido disparar toda su artillería pesada contra Gabriel. Una lluvia de «te lo dije», «ya te avisé» y «no te conviene» cayó pesadamente sobre los hombros hundidos de América. Desde luego, Laura no había tenido la más mínima compasión de él y se sentía, por una parte, dolida por el sufrimiento de su amiga y, por otra, incluso satisfecha por cómo se habían desarrollado las cosas.

La imagen en blanco y negro de Gabriel y aquella chica, casi desnudos sobre una cama deshecha, la martirizaba sin piedad. Solo sus partes más íntimas aparecían cubiertas por una porción de aquella sábana blanca, que aportaba un toque luminoso a la escena. No dejaba de preguntarse quién sería aquella chica y por qué Gabriel tenía aquella foto como fondo de pantalla de su ordenador. Y, peor aún, no entendía la crueldad que suponía haberle hecho descubrir aquella fotografía pidiéndole encender ella misma el ordenador. Aquello no tenía ningún sentido; menos aún, aquella carta guardada en el disco duro del portátil en el que Gabriel se dirigía a alguna mujer con efusivas expresiones de cariño y otras un poco más subidas de tono. ¿Qué le había ocultado? ¿Una amante? Si ese fuera el caso, no creía que pudiera ser tan descuidado como para dejar todo aquello a la vista. Sería demasiado evidente. ¿Simplemente quería hacerle daño o sencillamente quería terminar con su relación y había montado todo aquel paripé para no tener que afrontar ese trago cara a cara? ¿Sería capaz aquel chico, en el que empezaba a confiar sinceramente, de llevar a cabo una treta tan desalmada? Fuera lo que fuera, había decidido que no se quedaría con la duda. A pesar de la persistente contrariedad de Laura, estaba decidida a quedar con él una vez más para aclarar todo aquello. Su amiga le había recomendado cortar todo contacto y le había dirigido a Gabriel jugosos improperios, entre los cuales «cerdo» había sido el más delicado. A veces, Laura podía comportarse como un auténtico martillo pilón, machacando sin compasión la cabeza de su amiga.

Cogió el móvil y abrió la aplicación de mensajería instantánea. Buscó el contacto de Gabriel y reparó que había estado en línea por última vez a las tres y media de la mañana. Por un momento, se le pasó por la cabeza que quizás había estado contándole la jugada a algún amigote o incluso a su supuesta amante y le pareció que se le encendía una llama de ira en los ojos. Desechó aquella idea y le escribió un escueto mensaje que decía:

«Tenemos que hablar».

Esperó unos minutos con el móvil en la mano y la mirada fija en la pantalla. Él no parecía estar en línea ni pendiente del teléfono en aquel momento. Se preguntó si quizás ya ni se molestaría en contestar. Si lo que pretendía era poner fin a su relación, seguramente optaría por

dejar en visto su mensaje y darle a entender así que él no tenía nada más que decir; eso, si no decidía bloquearla. El corazón le dio un vuelco al ver que aparecía en línea. Un par de segundos después estaba escribiendo. Sentía sus latidos con fuerza y le pareció que alguien le estaba aporreando desaforadamente el corazón como si fuera un tambor. La respuesta no tardó en llegar.

«Estoy de acuerdo. ¿Quieres que nos veamos a las cinco en el faro de Meirás? Puedo pasar a buscarte si quieres».

Pensó por un momento en aquella propuesta. Resolvió que la mejor opción era optar por el camino del medio. Escribía nerviosa, pulsando las letras equivocadas y corrigiendo todo el rato las palabras sin sentido que iba formando. Por un instante, le pareció estar componiendo una auténtica sopa de letras en la pantalla del teléfono.

«Ok, pero cada uno en su coche».

Su contestación no se demoró demasiado.

«Sin problema. Nos vemos en un rato».

Quedaba todavía bastante tiempo para la hora acordada y América lo pasó como un hámster en pleno pico de actividad, haciendo girar su rueda frenéticamente. Sentía que algo la reconcomía por dentro, como si un pequeño monstruo se le hubiera metido en el pecho y estuviera yendo y viniendo, mordisqueando sus entrañas sin parar. Cuando juzgó que por fin había llegado la hora de prepararse, se puso un vestido azul celeste, se intentó peinar lo mejor posible y salió corriendo de casa hacia el coche.

Faltaban un par de minutos para las cinco de la tarde y ya estaba enfilando la carretera hacia el faro. A lo lejos, se le veía emerger, como un monolito grisáceo, de entre la escarpada costa.

El faro de A Frouxeira era una construcción de los años noventa y eso se percibía en un primer vistazo. Su perfil vanguardista no tenía nada que ver con otros de la región y, además, había sido remodelado no muchos años atrás, por lo que su aspecto era todavía más moderno. Unas pequeñas ventanas alineadas verticalmente se abrían en su cara frontal, una por cada piso en que se dividía el faro; cada ventanita estaba contenida en un rectángulo cubierto de pintura azul. Coronado por una linterna bajo un capuchón azulón, dominaba la vista de Punta Frouxeira. Puede que no se considerase una obra de arte, pero resultaba una figura más que interesante en aquel paisaje costero tan bravo como hermoso.

Estaba entrando en la explanada que se extendía a los pies del faro cuando divisó a Gabriel, de pie, al lado de su Renault gris. Parecía meditabundo, casi como un alma errante que estuviera luchando mentalmente contra un enemigo invisible. Aparcó el coche junto al suyo y respiró profundamente. No sabía qué era lo que iba a surgir de aquella conversación, pero sabía que sería importante. Salió del 600 con paso indeciso y se acercó a él. Tuvo que reconocer que le costó poder mirarlo a los ojos. En su cabeza, aquella imagen con otra mujer le hacía difícil poder sostenerle la mirada.

—Estás muy guapa —la piropeó él, nervioso, con las manos en los bolsillos.

Ella resopló y un rizo enloquecido decidió darse un garbeo por el aire hasta volver a caer sobre su frente.

—Es lo último que pensaba oírte decir.

El gesto serio de ella, casi hierático, congeló la sonrisa que Gabriel había comenzado a componer. Entendió que era mejor abordar el asunto cuanto antes y de la manera más directa posible.

—Sé lo que viste.

Se dio cuenta de que él trataba de buscar alguna reacción en su cara, pero ella decidió permanecer allí de pie, rígida como el mástil de una bandera clavado a tierra. Gabriel asumió que

era mejor seguir explicándose.

—Esa chica que viste…

Tragó saliva antes de continuar hablando. América estaba decidida a no decir ni una sola palabra hasta que él terminara su explicación, aunque sentía que el vaso de su paciencia estaba a punto de desbordarse.

—… se llamaba Beatriz —remató al fin él.

Hubo algo en la expresión de Gabriel que la sorprendió. No supo identificar exactamente aquel gesto que asomó a su cara, pero le pareció que bien podría definirse como alivio. Se diría que acababa de dejar caer al suelo un peso extraordinario, una carga que parecía estarle venciendo los hombros y encogiendo su figura. Tampoco pudo evitar fijarse en que había utilizado el tiempo pasado para referirse a aquella mujer de la fotografía. Sintió ganas de preguntar al respecto, pero se contuvo y esperó a que siguiera hablando. Él parecía dudar, como si se estuviera debatiendo entre abrir o no una caja cuyo contenido debía resultarle muy doloroso. Volvió a tragar saliva con dificultad, se aclaró la garganta y prosiguió su relato.

—Fuimos novios poco más de dos años.

Ella le hizo una señal con la mano para invitarlo a continuar su explicación. Él asintió.

—Ese ordenador que encendiste no era mío, Ame. Era su ordenador.

No aguantaba más. Estaba empezando a cansarse de aquellas frases escuetas, casi esquemáticas. Sintió que tenía que romper su silencio para darle un empujón y hacer que sus palabras se precipitaran en cascada de una vez por todas. Era evidente que le estaba costando hacerlo, así que decidió pincharle un poco.

—Vale. ¿Y qué hacía su ordenador en tu casa? ¿Es que la sigues viendo?

—Eso es imposible.

Había algo raro en su voz y América se extrañó sobremanera al ver que un gesto de amargura le deformaba el rostro. Después, las facciones se le aflojaron progresivamente, dando paso a una mueca taciturna y melancólica. Desvió la mirada hacia el horizonte, allí donde la espuma de unas olas rotas se elevaba por encima de las rocas negras.

—Gabriel, ¿vas a decirme de una vez qué es lo que pasa con esa chica?

Él asintió lentamente, como si su cabeza estuviera en algún otro lugar. Volvió a mirarla a los ojos.

—Se murió en un accidente de tráfico hace dos años.

A América se le cayó el mundo encima en aquel mismo instante. Se sentía como esos personajes de los dibujos animados cuando les aplasta un piano. Había sido demasiada dura con él y ahora se sentía fatal.

—Lo siento mucho, Gabi.

Dio un par de pasos hacia delante y le tomó la mano. Al sentir la calidez de su piel, su cara recuperó la alegría perdida.

—No pasa nada, no podías saberlo. Es algo de lo que aún me cuesta hablar. Por eso no te lo dije antes.

—Te entiendo —aseguró ella, apretándole con fuerza la mano.

Se miraron intensamente a los ojos y ambos comprendieron que el dolor del corazón, ese sentimiento tan humano que podía llegar a ser tan desesperante, podía también convertirse en un poderoso nexo de unión entre dos personas.

—Ahora siento que estoy preparado para ello —zanjó él, sin apartar su mirada.

—No tienes que hacerlo si no quieres.

Lo había dicho con mucho tacto, tratando de transmitirle su más sincera intención de

aceptar su decisión, fuese cual fuese. Él negó con la cabeza y tomó aire.

—Si tengo que hablar con alguien de esto, quiero que sea contigo.

Ella alargó su brazo y cogió su otra mano. Ahora estaban totalmente unidos. Inclinó su cabeza y la elevó lentamente, dándole a entender que estaba preparada para oírle contar aquella historia que tanto padecimiento le había causado.

—La conocí en una fiesta universitaria. Por aquel entonces, yo ya había terminado la carrera de Económicas, pero un amigo al que aún le quedaban algunas asignaturas me invitó a ir. Allí estaba ella con su grupo. Por aquel entonces, estaba terminando su máster. De alguna manera, conectamos y nos pasamos la noche hablando. Empezamos a vernos cada vez con más frecuencia hasta que nos dimos cuenta de que lo nuestro iba en serio.

Hizo una pausa y pareció dudar entre seguir hablando o callarse.

—¿Estás segura de que quieres escuchar todo esto? —quiso asegurarse, frunciendo el entrecejo en un gesto de honda preocupación.

Ella solo asintió. Por mucho que le doliera tener que oír aquella historia, sabía que era importante para él soltarlo todo. Además, si realmente quería conocer bien a Gabriel, entendía que era necesario hacer el esfuerzo.

—Vale. El caso es que pronto nos fuimos a vivir juntos. Ella estaba en el último año de máster y se ganaba un dinerillo dando algunas clases particulares de Economía. Como yo ya había empezado a trabajar en la gestoría, decidimos alquilar un piso. No te voy a engañar, Ame. En aquel momento, teníamos una relación estupenda y éramos muy felices juntos.

Algo parecido a unos celos imprevistos la prendió. A pesar de todo, asintió de nuevo para animarle a continuar hablando.

—Un día llegó radiante, como si hubiera tenido algún tipo de iluminación. Nunca la había visto tan feliz. Acababa de terminar el máster y me contó que le habían ofrecido un trabajo en una empresa de la zona. Iba a tener un buen sueldo y entonces me soltó que por qué no nos casábamos. Me dijo que era una idea que ya llevaba un tiempo rondándole por la mente y que ahora que ella iba a tener un buen trabajo, era un buen momento para que nos la planteáramos.

Se detuvo de nuevo para lanzar un suspiro al aire antes de seguir. América permanecía con el mismo gesto atento, aunque aquellos celos parecían estar preparándose para reclamar su territorio y amenazaban con iniciar un asedio salvaje, sin el más mínimo interés por hacer prisioneros.

—Yo no estaba preparado para dar ese paso. Se lo dije y se puso muy triste, aunque solo me respondió que suponía que podíamos esperar un poco más. El caso es que luego resultó que aquel trabajo no era el paraíso que ella había soñado. El ambiente en la empresa era horrible y comenzó a deprimirse poco a poco. Cada vez le costaba más dormir por las noches. Le dije que fuera al médico para ver si podía ayudarle y le recetaron unos ansiolíticos.

Volvió a tomar aire.

—Un tiempo después, quiso sacar de nuevo el tema de la boda. Dijo que quizás dar ese paso le ayudaría. Creía que nuestra relación tenía que evolucionar y pensaba que casarnos era la decisión más lógica y natural.

Una ráfaga de viento tibio les agitó los cabellos. Ella apretó con fuerza sus manos. Sabía que estaba a punto de escuchar el fatal desenlace de aquella historia y quería hacerle entender que estaba dispuesta a oírlo. Pareció entenderlo, porque asintió confiado varias veces y sonrió cariñosamente.

—Yo volví a negarme, aunque no me pareció que eso le afectase demasiado. Me dio la sensación de que se esperaba aquella respuesta. Esa misma noche, me comentó que había

quedado con unas amigas. Luego supe que no era cierto. Había salido sola a dar una vuelta con el coche. Fue la noche del accidente. Se murió apenas unas horas después, en el hospital. No pude despedirme de ella, porque entró inconsciente en urgencias y no volvió a abrir los ojos.

América sintió que aquellos celos que habían aparecido sin previo aviso se diluían poco a poco, dando paso a una profundo pena. Sentía una tremenda compasión por aquel chico que acababa de abrirle las puertas de su corazón. Era como si, hasta ese momento, hubiera estado observando a Gabriel a través de una fina cortina que velaba su verdadera apariencia. Ahora, aquel cortinaje había sido descorrido y veía su corazón con mucha más claridad.

—Tuvo que ser muy duro —señaló ella, con un nudo en la garganta.

—Sí, lo fue.

Dejó escapar un suspiro.

—Tardé mucho tiempo en dejar de sentirme responsable de su muerte. Aún a veces ese sentimiento de culpa vuelve para martirizarme.

Ella negó con la cabeza y le apretó las manos, que aún mantenían unidas.

—Fue un accidente, Gabi. No puedes sentirte culpable por algo así.

—No lo entiendes.

Después de decir aquello, desvió de nuevo su mirada hacia el mar y le soltó una de las manos. A ella le pareció que aquel peso volvía a oprimir los hombros de Gabriel y que su cuerpo amenazaba con contraerse de nuevo. Sin duda, debía de tratarse de aquella maldita culpa que todavía lo torturaba.

—¿Qué es lo que no entiendo? Puedes contármelo todo —lo animó ella, tratando de transmitirle la mayor confianza posible.

—Los médicos dijeron que se durmió al volante —reveló amargamente.

Sabía que se le estaba escapando algo, que todavía era necesario excavar un poco más para adentrarse en aquella cueva sombría y oscura de su pasado y alcanzar el preciado tesoro. Comprendió que tenía que darle otro pequeño empujón para que sacara todo fuera de una vez por todas.

—¿Y eso, qué tiene que ver contigo? Vale, quizás estaba enfadada o triste porque acababas de rechazar su propuesta de matrimonio. Entonces cogió el coche y se fue a dar una vuelta para intentar relajarse, pero no puedes culparte del accidente. Tú no conducías ese coche y, aunque así fuera, un accidente no deja de ser eso, algo imprevisto, algo que no quieres que pase. ¿O es que hay algo más que no me hayas dicho?

Quiso dirigirle una mirada cariñosa, pero le pareció que, en aquel momento, solo era capaz de transmitirle impaciencia. En efecto, se sentía inquieta por saber, por entender de una vez por todas qué era lo que tanto lo afligía. Vio que tragaba saliva una vez más y despegaba sus labios perezosamente para responder.

—Verás, Ame. Eso de que se quedó dormida conduciendo a mí me chocó mucho. No podía creerlo, porque ella siempre había sido muy prudente en la carretera. Si hubiera tenido el más mínimo indicio de sueño, habría parado el coche y me habría llamado o se habría detenido en el arcén para echarse una cabezadita y despejarse.

Soltó otro de aquellos suspiros desdichados.

—Lo entendí todo cuando volví a casa después de su entierro. Abrí el armarito del baño y me di cuenta de que faltaban demasiadas pastillas en su caja. No me siento orgulloso de reconocerlo, pero, de vez en cuando, echaba un vistazo a su caja de ansiolíticos. Había escuchado algunas cosas sobre la adicción a ese tipo de pastillas y me preocupaba que pudiera descontrolarse. Es cierto que la dosis que debió de tomarse no era como para acabar en el

hospital con un lavado de estómago, pero creo que sí fue lo suficientemente alta como para dormirse conduciendo.

Se detuvo para comprobar que ella estaba siguiendo el hilo de su relato. Al verla asentir en silencio, optó por continuar.

—Creo que se las tomó después de proponerme lo de la boda aquel día y que lo hizo porque yo le había dicho que no por segunda vez. Su situación en el trabajo tampoco ayudaba, pero mi rechazo fue la gota que colmó el vaso. No digo que saliera a la carretera con la intención de no volver más a casa, pero estoy convencido de que aquellas pastillas tuvieron mucho que ver con el accidente.

Él le había vuelto a coger la mano mientras le contaba todo aquello. Ella supuso que, probablemente, nunca le había desvelado la historia completa a nadie. De alguna manera, se sintió una elegida. Aunque notaba una espantosa y creciente tristeza por todo lo que le estaba descubriendo, una pequeña parte de ella se sentía satisfecha por poder ser la depositaria de aquella historia que había permanecido enterrada en lo más profundo de la tierra durante dos largos años. Un pesado silencio les cayó encima, un silencio tal que ni siquiera eran conscientes de los gritos de un par de niños con sus familias que acababan de bajar de dos coches estacionados junto al faro. América no sabía muy bien qué decir, pero sabía que tenía que ayudarlo de alguna forma.

—Ahora te entiendo mejor. Aun así, y si te sirve de algo mi opinión, no creo que debas sentirte responsable de nada. Si no estabas preparado para casarte, no veo por qué ibas a ceder solo para complacer a otra persona. Si lo hubieras hecho, habríais sido infelices toda la vida. Cada persona es responsable de sus actos y no podemos traicionarnos a nosotros mismos para cumplir las expectativas de otros, por mucho que los queramos.

—Supongo que tienes razón.

Por primera vez desde que habían empezado a hablar aquella tarde, le pareció que Gabriel respiraba realmente aliviado. Ella inclinó su cabeza hacia un lado y acercó sus labios a los de él para fundirse en un beso. Le pareció que él la besaba muy intensamente, como si, a través de sus labios, estuviera descargando toda la tensión acumulada durante tanto tiempo. Luego se abrazaron y ella acercó la boca a su oído. En un susurro tierno, pronunció dos mágicas palabras.

—Te quiero.

Él recostó la cabeza sobre su hombro y se abrazaron con tanta intensidad que casi se les salen los corazones por la boca. Permanecieron así un largo rato, hasta que Gabriel alzó su cabeza y pegó su nariz contra la de ella.

—Yo también te quiero, Ame —le murmuró casi en un suspiro—. Eres mi segunda oportunidad para hacer las cosas bien.

De pronto, él notó que algo iba mal. América se había puesto muy tensa y había despegado su rostro del suyo. No entendió muy bien lo que estaba pasando; intuyó que tenía que ver con algo de lo que acababa de decir. Entonces, cayó en la cuenta. «Segunda oportunidad». ¿De verdad habían salido aquellas estúpidas palabras de su boca? Se sintió un idiota. Quiso decir algo, pero ella se le adelantó.

—O sea, que de eso se trata ¿no? Eso es lo que soy para ti, una segunda oportunidad. Como el trazo que te falta en el dibujo que no pudiste terminar. Yo no quiero ser eso. Quiero ser un nuevo dibujo en tu vida, una hoja en blanco que estás deseando rellenar, no la última raya de un esbozo que empezaste hace mucho tiempo y que esperas terminar para pasar la hoja y ponerte a otra cosa. ¿Te enteras?

Se dio la vuelta y se encaminó con paso ágil hacia el coche. No quería mirar atrás, no quería

ver su cara ni escuchar nada más que pudiera salir de su boca. Había confiado en él, le había dado la oportunidad de explicarse y se había sentido fatal al descubrir el terrible tormento por el que había tenido que pasar. Por unos momentos, se había sentido profundamente unida a él, como las raíces de dos árboles desnudos que se enredan bajo la tierra. Le había abierto su corazón por primera vez diciéndole que lo quería y todo lo que había obtenido por respuesta era un «te quiero», pero «para enmendar mis errores del pasado y dejar de sentirme culpable». Se sentía engañada, utilizada como un simple paño de lágrimas, como el juguete preferido de un niño al que un día le regalan algo mejor y arroja sin compasión contra la esquina de su habitación el viejo juguete. Así que de eso iba todo aquel circo. Salía con ella porque sabía que se iba a morir pronto. La trataría como a una reina, la haría feliz, purgaría sus culpas concediéndole todo aquello que deseara, justo lo que no había hecho con Beatriz, y cuando ella ya no estuviera aquí, empezaría una nueva vida con su condena ya cumplida.

Arrancó el coche y se dio cuenta de que Gabriel se había quedado allí de pie, como una roca más mimetizada con el paisaje pedregoso del cabo. Tenía la cabeza gacha y los brazos caídos, como un hombre que siente que lo ha perdido todo. Por un momento, tuvo la tentación de bajarse del coche e intentar arreglar las cosas, pero su orgullo pudo más que la compasión que pudiera sentir por él. Metió la marcha atrás y se encaminó hacia el estrecho camino que unía el faro con la carretera principal. Se decía a sí misma que, si el amor era aquella cosa tan complicada que estaba viviendo, se arrepentía profundamente de pedirle a Dios que le dejara experimentarlo antes de llevársela.

14
Fuera de juego
No siempre estamos donde tenemos que estar

El sol pegaba con fuerza en la grada de preferencia. El ambiente se notaba todo lo seco que puede sentirse a unos pocos metros de la ría de Ferrol. El día era cálido y solo una brisa suave aliviaba, de cuando en cuando, el sudor que recorría sus frentes sin ningún patrón definido. Era una tarde de sábado perfecta para tomar un refrescante baño en cualquiera de las playas que salpicaban la costa de Ferrol, pero, aun así, más de ocho mil almas habían decidido arremolinarse bajo aquel sol de justicia, que reinaba en lo alto de un hermoso cielo azul, para presenciar un partido de fútbol que se preveía histórico.

—¡Falta, hombre! ¡Y no la pita el desgraciado!

Cristóbal había dicho aquello elevando tanto el tono de voz que todas las cabezas que poblaban su fila de asientos se giraron al unísono hacia él. Había abierto los abrazos como si quisiera meter dentro de ellos el mundo entero. Estaba visiblemente molesto. A su lado, Gabriel miraba el partido un tanto desconectado, aunque los gritos de su hermano, a pocos centímetros de su oído, no le dejaban evadirse demasiado de lo que estaba ocurriendo en el césped. Hacía años que no pisaba el estadio de A Malata, quizás unos diez. Había intentado hacer memoria y creía que no había vuelto a ir a un partido desde que empezó a salir con Clara o, tal vez, incluso antes. Había perdido la conexión con todo lo que tuviera que ver con el fútbol.

Hubo un tiempo, sin embargo, en el que era aficionado de manual. Iba con su hermano todos los fines de semana de partido al estadio y, cuando el equipo jugaba fuera de casa, se aseguraba de poder seguirlo por la radio o la televisión. Frecuentaba foros donde hablaban del equipo y participaba activamente en las conversaciones. Seguía la actualidad del equipo por todos los medios posibles y era el primero en enterarse de los primeros rumores sobre algún nuevo fichaje. Ahora, todo aquello le parecía una etapa cerrada de su vida. Aquella misma tarde, cuando entró al estadio, lo corroboró. Se sintió tan fuera de sitio que estuvo a punto de darse la vuelta y volver al coche a esperar a su hermano. Aun así, decidió no hacerlo, por respeto a Cristóbal, que lo había invitado al partido cuando se enteró de su desencuentro con América.

Lo había llamado esa mañana para comentarle que el domingo su madre esperaba que fueran a comer y debió de notarle algo en el tono de su voz, porque le preguntó varias veces si se encontraba bien. A fuerza de insistir, viéndose acorralado por la legendaria persistencia de su hermano, se vio obligado a confesar que había discutido con América. No quiso entrar en detalles y tampoco Cristóbal se los pidió. Lo único que hizo fue animarle a que fuera con él al partido, como en los viejos tiempos. Le había dicho que iba a ser muy emocionante, el partido del año para el club. De hecho, la ciudad se había engalanado y el color verde se había hecho la tónica dominante en muchos balcones y ventanas. Por aquí y por allá se veían banderas, bufandas y pancartas con mensajes de ánimo al equipo. La gente iba por la calle con las camisetas del equipo o con cualquier otra prenda de color verde que había encontrado por casa. Se respiraba un ambiente festivo por todo Ferrol. Del partido de ida, se habían traído un empate a uno, así que había muchos resultados posibles que permitirían al Racing conseguir el ansiado ascenso a la Segunda División.

La marabunta rugió enfervorecida. Uno de los jugadores verdes había iniciado una frenética carrera hacia la portería rival y encaraba al último defensor. Se escoró hacia un lado para evitar

su entrada y lanzó un disparo cruzado que rozó la cepa del poste. Un «¡uy!» inmenso se levantó al unísono desde los asientos. Cristóbal se había puesto en pie de la emoción, pero se lamentaba ahora de la ocasión fallada golpeándose los muslos con las palmas de las manos.

—No sé si vamos a tener otra tan clara —se quejó, tomando asiento de nuevo.

Gabriel asintió acariciándose la barbilla.

—¿Me vas a contar qué te pasó con esa chica? —preguntó Cristóbal sin apartar la vista del partido.

Aquella pregunta lo cogió de sorpresa. Su hermano parecía muy concentrado en lo que estaban haciendo aquellos veintidós jugadores que correteaban por el césped y no pensó que quisiera hablar de aquel tema en mitad del partido. No sabía muy bien por dónde empezar ni tampoco qué aspectos de la relación le convenía desvelarle. Después de la encerrona que Clara y él le habían preparado, no le apetecía demasiado hablar de América con él. Quizás, después, su hermano le iría con el cuento a su exnovia e intentarían liar las cosas todavía más. Decidió optar por una estrategia conservadora.

—Una simple discusión. Necesitamos un poco de tiempo para aclararnos, nada más. Lo arreglaremos, no te preocupes.

Cristóbal frunció el ceño. Aquellas palabras no parecían haberlo convencido, así que volvió al ataque.

—Mira, Gabi, ya sabes que no me gusta meterme en tu vida, pero de verdad creo que deberías replantearte esa relación.

A Gabriel le entró la risa floja y su hermano no pudo evitar lanzarle una mirada de desconcierto antes de volver su vista al campo.

—Así que no te gusta meterte en mi vida, pero no tienes problemas en amañarme una cita con mi ex. Curiosa forma de respetar mi espacio.

Si Cristóbal hizo algún gesto, no le dio tiempo a verlo. Solo pudo observar cómo daba un salto en el asiento y se incorporaba en apenas una milésima de segundo para reclamar un penalti a favor de los racinguistas. El árbitro no lo pitó y aquello derivó en una retahíla de insultos nada originales por parte de su hermano, contagiado por los ánimos exaltados de sus compañeros de grada. Cuando la situación se calmó, volvió a su asiento y le lanzó una mirada condescendiente.

—Eres mi hermano y me preocupo por ti, como es lógico. No hubiera hecho nada de eso si no pensara sinceramente que Clara es una buena chica para ti.

Gabriel no dijo nada y se limitó a asentir antes de tomar su vaso de plástico del suelo y darle un sorbo al refresco de naranja.

—Por cierto, que no me has contado cómo os fue —añadió.

Era una buena pregunta, pero no estaba seguro de tener una respuesta precisa. En un primer momento, se había sentido dolido por aquella trampa vil que le habían tendido, pero después, casi se alegró de haberse encontrado con Clara y haber aclarado ciertas cosas del pasado. Sin embargo, el hecho de saber que ella había regresado con la intención de volver a salir con él lo había inquietado sobremanera. Y luego estaban aquellos sentimientos extraños que había advertido mientras hablaba con ella, como si algo que creía dormido estuviera luchando por despertarse y abandonar para siempre el mundo de los sueños. Pero lo había pensado bien y sabía que se sentía muy a gusto con América; quería dedicarle a ella todo su tiempo y todo su amor. Supuso que solo había sido un pequeño desliz en sus emociones, fruto de aquel encuentro inesperado y de los recuerdos contenidos tanto tiempo. Había decidido firmemente no seguir por aquel camino por el que Clara quería empujarlo. Deseaba agarrarse fuerte a América e invitarla a caminar juntos por nuevos senderos. Aunque ahora, todo aquello estaba en peligro.

Miró a su hermano, que seguía esperando una respuesta con los ojos entrecerrados, como si estuviera tratando de sondear sus pensamientos. Por un momento, había perdido el contacto con el césped. Aquello era una clara señal de que realmente tenía un vivo interés por saber qué había pasado entre Clara y él aquella tarde.

—¿Cómo crees que nos fue? Pues como tenía que ir, regular tirando a mal. Ya no siento nada por ella, Cris, aunque os empeñéis en lo contrario. Y te aviso de que no quiero más jugarretas por vuestra parte. Sé lo que ella desea, porque fue muy clara al respecto, pero no pienso entrar en ese juego. Lo nuestro está acabado, rematado, muerto. ¿Está claro?

Había dicho aquellas palabras con mucha seguridad, tanta que hasta Cristóbal se quedó mudo, mirándolo con cara de susto. Un pitido agudo, seguido del bramido embravecido de la muchedumbre, les hizo volver sus ojos al campo.

—¡Será capullo!¡Joder! ¡Penalti a favor de ellos!

En efecto, el árbitro señalaba el punto de penalti ante las protestas de los jugadores locales, algunos de los cuales rodeaban al colegiado con gesto descreído y las manos enlazadas tras la espalda. El árbitro sacó un par de tarjetas amarillas de su bolsillo y se las mostró a dos de los verdes, que se dieron la vuelta y se alejaron del barullo visiblemente enfadados y negando ostensiblemente con la cabeza.

En la grada, el enfado inicial iba dando paso, poco a poco, a la más dura resignación. El jugador visitante cogió el balón en sus manos y lo colocó sobre el punto de penalti. En el fondo sur, justo detrás de la portería donde se iba a lanzar, se había congregado un grupo muy ruidoso que pateaba las vallas con la idea de desconcentrar al lanzador, que cogió carrerilla, inició la carrera y golpeó con fuerza el balón. La grada estalló en júbilo y Cristóbal abrazó efusivamente a su hermano, que también se había levantado para aplaudir. El balón se había ido por encima del larguero, así que todo seguía tal y como había empezado.

Los ánimos se calmaron y volvieron a sus asientos. A Gabriel le dolía el tórax por la fuerza con la que Cristóbal lo había abrazado. Después de todo, su hermano menor era una auténtica mole de músculos cincelados a base de gimnasio y él, a su lado, semejaba un escuálido prisionero de guerra. Cristóbal resopló aliviado y sonrió satisfecho. Parecía haber olvidado lo que su hermano acababa de decirle, aunque Gabriel pronto descubrió que solo había hecho una pausa en su ofensiva en favor de Clara. Miraba atento el césped, siguiendo con la cabeza las idas y venidas del balón sobre el campo.

—Mira, yo sé que ella y tú no acabasteis muy bien, pero piénsatelo. ¿Qué te cuesta darle otra oportunidad? Ella parece cambiada, mucho más madura y quiere sentar la cabeza a tu lado. Es guapa, divertida, apasionada, una mujer con las ideas claras y con un gran futuro por delante. Y resulta que te quiere a ti. ¿Qué más necesitas?

Puesto de aquella manera, lo que decía parecía muy razonable. Sin embargo, lo razonable no siempre es lo que más nos atrae. Quizás la más fría de las lógicas le indicaba a Gabriel que plantearse una relación con Clara era, después de todo, la mejor de las opciones de futuro. Un futuro que, por otro lado, sabía que no tendría con América. Y, a pesar de todo, sentía que lo correcto, lo que su corazón le dictaba con cada latido era estar con aquella chica pelirroja de cabello imposible. Se decidió a zanjar de una vez por todas aquella conversación.

—Entiendo tu punto de vista, Cris. Sé que no quieres que sufra y que, si sigo con América, irremediablemente voy a pasarlo mal. Cuando uno empieza una relación, hay muchas posibilidades de que algo se tuerza. En este caso, está claro que tengo todas las papeletas. Una relación normal podría acabar con uno de los dos harto del otro, tirándose los trastos a la cabeza o con uno de ellos con más cuernos que un toro bravo. O, en el mejor de los casos, podrían

acabar envejeciendo juntos. Nada de esto va a pasarnos a América y a mí. Primero, porque no pienso consentir que acabemos odiándonos el uno al otro y, segundo, porque no vamos a llegar a viejos juntos. Quiero hacerla feliz el tiempo que pueda. No hay nada más que pueda hacer por ella. No puedo salvarla de su enfermedad, nadie puede, pero sí tengo la oportunidad de darle el amor que creo que se merece. Lo que venga después no me importa en absoluto.

Su hermano lo miraba atónito. Aquel improvisado y sincero discurso parecía haber calado en él con inusitada fuerza, pues hasta se le intuía una ligera admiración en el rostro. Se rascó la cabeza y titubeó un poco antes de hablar.

—Nunca te había oído hablar así de nadie, ni siquiera de Bea. —Se rascó la barbilla y se pasó la mano por su frente ancha y sudorosa—. Si eso es lo que quieres, que así sea, hermanito. No puedo decirte más.

Le mostró las palmas de sus manos en señal de rendición.

—Me parece bien. Y ahora, vamos a concentrarnos en el partido, a ver si estos nos dan una alegría por fin —zanjó Gabriel de manera jovial y reconciliadora.

—¡Eso es!

Dicho esto, Cristóbal quiso dirimir la contienda dando una sonora palmada y asintiendo con evidente satisfacción.

Pasaban los minutos y el marcador seguía sin moverse, lo cual era buena noticia; un empate a cero beneficiaba a los locales. La tarde comenzaba a avanzar y se había levantado una brisa agradable. Estaban a punto de cumplirse los primeros cuarenta y cinco minutos y el Racing se manejaba como pez en el agua, jugando al filo de la navaja. Un gol en contra les complicaría bastante su objetivo, pero no parecían demasiado preocupados por esa posibilidad.

De pronto, a Gabriel le pareció que el estadio temblaba, pues sintió que su pierna vibraba como si miles de personas estuvieran botando al unísono en la grada. Miró alrededor y se dio cuenta de que la gente estaba muy tranquila. Casi todo el mundo permanecía sentado, mirando con atención el partido, que había entrado en una fase un tanto anodina. Se percató entonces de que aquella vibración no venía de fuera, sino del interior de su pantalón. Metió su mano en el bolsillo y extrajo el móvil. El aviso de un mensaje de texto parpadeaba en su pantalla. Con la esperanza de que se tratara de América, desbloqueó su móvil y abrió la aplicación de mensajería. No era un mensaje de ella. En el chat con América, que había dejado abierto, permanecían sin respuesta los múltiples mensajes que le había enviado los días anteriores rogándole una oportunidad de hablar y aclarar las cosas.

Pulsó en la flecha hacia atrás para ver la lista de chats activos. Se extrañó al ver que el mensaje que había recibido procedía de un número que no tenía guardado en su agenda. Supuso que quizás se tratara de alguno de esos molestos mensajes de publicidad de alguna compañía telefónica ofreciéndole una sustanciosa oferta para cambiarse de operador, para luego, una vez conseguido el objetivo de ganarlo como cliente, comenzar a tratarlo con el mismo desprecio con el que un Nerón cualquiera habría tratado a un cristiano. Aun así, y con la intención de borrarlo en cuanto lo abriera, pulsó sobre el mensaje para leerlo. Sintió que algo sucedía en su interior, como si alguien hubiera cerrado de golpe el flujo de sangre desde su corazón al resto de su cuerpo. Cristóbal lo miró, curioso por saber qué era lo que había distraído a su hermano. Se dio cuenta enseguida de que algo iba rematadamente mal.

—Estás pálido. ¿Qué te pasa?

A Gabriel se le había acelerado la respiración y le costaba encontrar el aire. Por un segundo, creyó que se iba a desmayar, allí, en mitad de aquel gentío que miraba hacia el campo con ilusión en aquella preciosa tarde de ambiente casi estival.

—Es… es Laura, la amiga de América —acertó a decir, con los ojos tan grandes que su hermano lo miraba espantado.

—¿Qué dice? —se atrevió a preguntar Cristóbal, con un fino hilo de voz que casi se perdió entre el murmullo distraído del estadio.

Gabriel se limitó a enseñarle la pantalla del móvil, incapaz de responder. Su hermano leyó el mensaje y el rostro se le ensombreció.

«Gabriel, soy Laura. América se desmayó en casa y acaba de ingresar en el hospital. Nos han dicho que su corazón está bastante débil. Se dejó el móvil en casa y me pidió que te avisara. Si por mí fuera, ya te habría mandado a paseo hace tiempo, pero ella insiste en que quiere hablar contigo. Habitación 412».

—¿Quieres que te acompañe? —le dijo Cristóbal.

—Esto debo hacerlo solo —respondió Gabriel, con el rostro serio.

—Llámame en cuanto sepas alguien, ¿quieres? —le pidió Cristóbal, mientras le daba una palmada en el hombro, como diciéndole que sabía lo que tenía que hacer y que no debía demorarse más.

Gabriel se levantó y derribó sin darse cuenta el refresco de naranja bajo su asiento. Miró a su hermano, que asintió sin más, y salió corriendo escaleras arriba. Estuvo a punto de tropezar un par de veces en los peldaños, pero consiguió librarse de una caída que habría sido comentada, incluso jaleada, por unos cuantos cientos de hinchas.

Alcanzó en poco tiempo la salida del estadio y pasó como una exhalación ante un boquiabierto guardia de seguridad, que no supo si lo que había pasado a su lado había sido una persona de carne y hueso o un espectro con mucha prisa. Buscó su coche con urgencia entre la masa de colores apagados que formaban aquellos vehículos dispuestos en todas las posiciones posibles en el aparcamiento del estadio. Como no podía ser de otra forma, lo localizó en el mismo sitio en el que lo había dejado, pero estaba ahora cercado por un buen número de vehículos que habían llegado después y cuyos conductores se merecían algún tipo de premio a la creatividad; tenían que haberse estrujado bien el cerebro para haberse hecho un hueco en aquel espacio tan reducido. Se dio cuenta de que tendría que esforzarse bastante con el volante para salir de allí, pues no le habían dejado demasiado sitio para maniobrar. Maldijo en voz alta a todos y cada uno de los conductores de aquellos vehículos y se metió en el suyo sin perder más tiempo.

Al sentarse en el asiento, se dio cuenta de que estaba sudando a chorros. La camiseta se le había empapado por la espalda y se le pegaba a la piel como una tirita. Soltó un taco en voz alta y golpeó el volante violentamente con los puños. Accionó el contacto del coche con un golpe seco y dedicó varios minutos a encontrar la forma de salir de aquel maldito laberinto de vehículos mal aparcados. Poco después, estaba camino del hospital, repitiéndose lo imbécil que había sido. Se decía que nunca podría perdonarse el hecho de haber fallado, una vez más, a la persona que amaba.

15

Me quedo contigo

Debes ser capaz de pararte a ordenar tu corazón

No fue capaz de esperar al ascensor. Aquel mamotreto metálico ascendía devorando los pisos, uno tras otro, y le pareció que no tenía intención alguna de deshacer el camino con el mismo interés. Decidió subir por las escaleras hasta la cuarta planta. Se asomó al pasillo totalmente bañado en sudor y con las mejillas ardiendo. Echó a caminar por el corredor, girando frenéticamente de un lado a otro su cabeza en busca del número 412. Iba tan atolondrado que casi se lleva por delante a Laura, que esperaba fuera de la habitación escribiendo algo en su teléfono.

—¡Oye! ¡Mira por dónde vas! —exclamó sin despegar los ojos del móvil ni demostrar el más mínimo interés por él.

—Laura, soy yo. ¿Cómo está Ame?

Ella levantó la cabeza como si hubieran accionado algún resorte en la base de su cuello y le dedicó la más perfecta de sus miradas asesinas. Hasta ese momento, ni se había dado cuenta de que el hombre que casi la había arrollado era Gabriel.

—Claro, tenías que ser tú. ¿Quién si no iba a ser tan idiota para no saber que tiene dos ojos en la cara para ver por dónde va?

No tenía ganas de discutir, así que se limitó a repetir la pregunta. Ella no respondió; solo se dignó a hacerle un gesto con la cabeza para indicarle que entrara en la habitación y lo comprobara por sí mismo.

Cuando irrumpió en ella, con la respiración agitada y un tanto aturdido, se frenó en seco al ver a una mujer mayor al fondo de la estancia, justo al lado de la cama vacía de América. Su mirada se perdía a través del cristal, como si todo lo que hubiera más allá de aquella ventana fuera algo irreal, figuras desdibujadas sobre un lienzo mojado. Dedujo que debía de ser su madre. Al sentir la presencia de Gabriel, se giró y le dirigió una sonrisa apagada, como la de un payaso triste, aburrido y desmotivado por un trabajo que odia. Él se la devolvió, inquieto, con los ojos posados sobre la cama vacía y deshecha.

—Está en el baño. Ahora sale. Por cierto, soy Lola, la madre de América—aclaró la mujer, que debió de darse cuenta del nerviosismo de Gabriel por la ausencia de su hija.

Él asintió y le pareció que el ritmo de su respiración comenzaba a relajarse. Se dio cuenta de que todavía no se había presentado. Lola iba a pensar que su hija estaba saliendo con un auténtico maleducado. ¿O tal vez ya no estaban juntos?

—Disculpe, no me he presentado. Soy Gabriel, el…

Un par de pensamientos le cruzaron por su mente como dos estrellas fugaces: ¿qué le habría contado América sobre él? ¿Podía seguir considerándose su novio después del desastroso encuentro en el faro?

—Sí, el amigo de América —completó ella la frase.

Había remarcado con especial retintín la palabra «amigo». Estaba claro que sabía que había algo más que amistad entre ellos. En ese mismo momento, un ruido seco procedente del baño les sobresaltó. América había accionado el pestillo interior de la puerta, comenzó a abrirse. Ante ellos apareció una visión casi espectral. Con aquel camisón de color azul descolorido y el rostro tan pálido, América semejaba un fantasma que se hubiera escapado de algún cuento de Edgar

Allan Poe. A pesar de todo, a Gabriel le pareció que estaba muy hermosa. Sus pecas llamaban todavía más la atención sobre la piel lechosa y el pelo rojizo y alborotado le daba un aspecto de leona cansada. El lunar bajo sus labios seguía allí, tan bonito como siempre. A él no le costó imaginársela así cada mañana, despertándose a su lado y dándole un beso de buenos días. Aquella idea le tocó el corazón y notó que su pulso se aceleraba de nuevo. Sabía que no podía marcharse de aquel hospital sin haber arreglado las cosas con ella de una vez por todas.

América agitó su mano en el aire, en silencio y con ademán cansado. Él interpretó aquel gesto como un saludo. Acto seguido, pasó por su lado y se tumbó en la cama. Soltó un sonoro bufido y se colocó el pelo, como siempre, sin demasiado éxito.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él, mirando por el rabillo del ojo a Lola, que se había colocado junto a él al lado de la cama.

—Cansada, muy cansada. Por lo demás, no me quejo.

—Los médicos dicen que se recuperará pronto. Solo ha sido un susto.

Su madre había añadido aquello mientras la miraba con ternura y colocaba su mano sobre la de ella.

—Me alegro mucho. Casi me da un infarto cuando leí el mensaje de Laura.

Lo cierto es que Gabriel sentía que se le había quitado un peso de encima y él, de cargas, sabía demasiado. Aquel alivio le duró poco tiempo, pues enseguida se dio cuenta de que mencionar la palabra «infarto» en aquellas circunstancias y delante de esas dos mujeres no había sido la mejor de las ideas. Pensó que tenía menos tacto que un cactus y quiso disculparse.

—Lo siento, era una forma de hablar—se explicó, con la cabeza gacha y visiblemente avergonzado.

La escena debió de parecerles graciosa a las dos, ya que se rieron sin tapujos.

—Supongo que ya os conocéis, mamá, pero este es Gabriel, el mayor metepatas que he conocido en mi vida.

Lo dijo en un tono distendido y, por si no había quedado claro que no hablaba en serio, se burló de Gabriel sacándole la lengua. A Gabriel le dio la vida verla hacer aquel gesto.

—Os dejaré solos. Seguro que tienes muchas cosas de qué hablar con tu amigo.

Otra vez había usado aquel tono para pronunciar la palabra «amigo». Era evidente que América le había hablado de él como un amigo especial o que su madre había deducido que la simple definición de «amigo» no alcanzaba para delimitar su relación. Al fin y al cabo, todas las madres tienen un olfato privilegiado para captar ese tipo de cosas.

Lola salió de la habitación y Gabriel se dio cuenta de que estaban realmente solos. La otra cama, situada justo a la entrada de la habitación, estaba vacía. No se había percatado de ello hasta ese momento, concentrado como estaba en el estado de América.

—¿Qué te pasó, Ame? ¿Seguro que estás bien? —se interesó, tomándole la mano que tenía extendida sobre la cama.

Ella pareció dudar unos instantes si debía permitirle coger su mano o no, pero finalmente, se decidió por la primera opción.

—Había quedado con Laura esta tarde. Íbamos a dar una vuelta, pero la verdad es que no me encontraba bien. Me sentía cansada, así que le pedí que viniera a casa. Nada más verme, me dijo que estaba muy pálida. No tardé ni cinco minutos en caerme redonda al suelo.

Él deslizó sus dedos por encima del dorso de su mano y América se estremeció antes de continuar su relato.

—Los médicos dicen que mi corazón está débil, pero creen que solo ha sido una pequeña recaída. O sea, que todavía queda América para rato.

Esbozó una media sonrisa cansada y le apretujó la mano. Gabriel sintió un latigazo de placer, cálido y reconfortante.

—Esa es la mejor noticia que podías darme.

Ella dirigió su mirada hacia la ventana. Hizo una mueca de desaprobación y clavó de nuevo sus ojos claros en los de Gabriel.

—Si queremos que lo nuestro funcione, tenemos que ser totalmente transparentes el uno con el otro.

América había dicho aquellas palabras con tono conciliador, aunque firme.

—¿Te refieres a lo de Beatriz?

Lo había preguntado con el gesto avergonzado.

—Me refiero a que no tenemos mucho tiempo, Gabi. Si queremos conocernos bien, no podemos estar jugando al escondite con nuestro pasado.

Él asintió. Verdaderamente, pensaba que ella tenía razón. Es necesario conocer al otro para amarlo de verdad y solo puedes hacerlo cuando te sientes parte de la otra persona. Los gestos, las caricias, los besos y los abrazos son una expresión del amor, pero para llegar al corazón de alguien y quererlo de verdad, son necesarias las palabras. Hablar y hablar, abrirse al otro, hacerle cómplice de tus más hondas preocupaciones, de tus errores y aciertos del pasado, de tus ilusiones y de tus sueños. Se besa con más pasión cuando tienes todo eso. Por eso, Gabriel decidió dar el primer paso y despojarse de todos esos escudos que se había ido construyendo para poder hacer frente a la vida. Con ella, no los necesitaba.

—Me siento muy avergonzado por lo del otro día. Solo quiero que sepas que para mí no eres un segundo plato. Eres la persona con la que quiero pasar todo el tiempo posible, de la que quiero saberlo todo. Solo con pensar en ti, siento que todo está bien. Estaba en un pozo sin fondo y tú me diste la mano y me sacaste de él. Eres el dibujo que estaba deseando empezar, la obra de arte de mi vida. Eres única y te quiero así.

Ella se secó una lágrima traicionera que se le había escurrido por la cara hasta la barbilla. Se sorbió los mocos. Él sacó un pañuelo de papel de su bolsillo y se lo ofreció. Lo aceptó con una delicada sonrisa y se sonó la nariz.

—Eres todo un romántico —señaló, alternando sus palabras con el sonido de su nariz sonándose los mocos.

—Y tú también —repuso jocoso, señalándole la nariz.

Aquel comentario provocó la risa de América, que abrió los brazos como queriendo decir «esto es lo que hay: o lo tomas o lo dejas».

Gabriel continuó hablando.

—Hay algo más que quiero contarte.

Había decidido que tenía que hablarle de Clara. América había pedido sinceridad y era lo menos que podía hacer por ella. Aunque se había planteado si era buena idea contarle todo eso en aquellas circunstancias, estaba convencido de que no podía demorar más aquella conversación. Ella aguardaba mirándole con ojos ansiosos.

—Antes de conocer a Beatriz, estuve saliendo con otra chica, Clara. Lo nuestro acabó como terminan muchas relaciones, bastante mal. Éramos muy jóvenes y teníamos visiones muy opuestas de la vida y de nuestro futuro. No supe más de ella, solo que había acabado la carrera de Periodismo y que, después de un tiempo haciendo prácticas en un periódico de la ciudad, había encontrado trabajo en la Costa da Morte.

Ella asintió.

–¿Me cuentas esto solo para ponerme al día de todo tu historial amoroso? —inquirió,

intentando entrever si había algo más jugoso todavía por descubrir.

—La verdad es que, el otro día, me encontré con ella, después de más de cinco años. En realidad, no fue un encuentro casual. Parece que Clara y mi hermano se conchabaron para que nos viéramos.

Notó que América se ponía tensa y desviaba la mirada hacia la ventana. Su rostro había vuelto a palidecer y comenzaba a trazarse en él una expresión de decepción.

—No es lo que piensas —salió al paso, tratando de bloquear cualquier pensamiento dañino que pudiera estar gestándose en la mente de ella.

—No pienso nada —mintió ella, sin dejar de mirar el cielo azul a través del cristal.

—Sinceramente, te diré que ella quería quedar conmigo para ver si había opciones de volver a salir juntos. Le dejé claro que eso no iba a pasar, que ya estaba saliendo con alguien.

Había tratado de sonar convincente para no infundirle ningún tipo de preocupación. Solo quería que supiera que aquella mujer había aparecido de nuevo en su vida con unas intenciones que él no compartía en absoluto. Quería ser honesto con América, pero, a la vez, despejar cualquier fantasma que pudiera rondar por su cabeza.

Esperaba, un tanto impaciente, alguna reacción por su parte. Por fin, sus ojos abandonaron la ventana y volvieron a él.

—Está bien. Te agradezco tu sinceridad y te creo —afirmó, con una sonrisa sincera, aunque ligeramente apagada.

Gabriel asintió y permanecieron unos segundos en silencio, él mirándola embobado y ella con sus ojos puestos en las manos entrelazadas de ambos sobre la cama.

—Supongo que es mi turno —apuntó América, levantando la cabeza y tomando una buena bocanada de aire.

—Adelante.

—La verdad es que creo que no me va a llevar mucho tiempo ponerte al día. Si te digo la verdad, nunca he tenido una relación seria con nadie. Solo con David la cosa parecía que podía llegar más lejos. Era un buen chico, atento y simpático. Lo conocí en la iglesia y salimos unos meses, aunque no hicimos gran cosa. Y, entonces, va y me dice que se mete al seminario. ¿Te lo puedes creer? La Iglesia quejándose de que hay crisis de vocaciones y justo me toca a mí el gordo. Resulta que mientras estaba saliendo conmigo, se dio cuenta de su verdadera vocación. ¡Qué puntería tengo!

Gabriel no daba crédito a lo que estaba escuchando. Una chica como ella, tan guapa y especial, nunca había tenido una relación de verdad. Dudó en si hacer la pregunta que tenía en mente o dejarla correr, pero, ya que se habían puesto en modo sinceridad, entendió que era el momento oportuno.

—Entonces, ¿quieres decir que eres…?

Se le atragantó la última palabra en la garganta.

—¿Virgen? Sí, lo soy.

El asombro de Gabriel debió de ser tan evidente que ella lo miró y se echó a reír.

—No lo entiendo. Ame, eres todo lo que un hombre puede desear. Eres preciosa y divertida. ¿Cómo es posible que, en casi treinta años, nadie se haya dado cuenta de eso?

Ella puso los ojos en blanco y le hizo un gesto con la mano para indicarle que se había pasado de adulador. Después, adoptó una pose más seria.

—Supongo que esto tenía que llegar tarde o temprano.

Dejó escapar un resoplido cargado de resignación. Gabriel la miraba expectante.

—Sabes que tengo unas creencias, ¿verdad?

Asintió e intuyó que estaba a punto de escuchar algo verdaderamente revelador, algo que presentía que no le iba a gustar. Ella se revolvió en la cama. Parecía un tanto incómoda, pero, finalmente, decidió continuar.

—No voy a hacer el amor con nadie antes del matrimonio.

Se quedó perplejo. Si le hubieran tirado por encima un cubo de agua, ni lo habría notado. Literalmente, se había quedado sin palabras. En vista de ello, América tomó de nuevo la palabra.

—Así como tú has reaccionado, con esa cara de idiota, otros lo hicieron antes. Justo después, echaron a correr. Por eso, nunca he tenido una relación seria con nadie. Hasta ahora, no he encontrado ningún hombre que estuviera dispuesto a respetar mi deseo. Quizás David lo habría hecho, pero bueno, eso ya es agua pasada y quién sabe si, después de todo, aquella relación hubiera funcionado.

Gabriel seguía sin reaccionar. Una variedad nada desdeñable de pensamientos se le removían en la cabeza a la velocidad de un bólido con los frenos rotos y no acertaba a agarrar ninguno de ellos. Vio que ella se quedaba en silencio, mirando de nuevo hacia la ventana. Unos segundos después, le apuntó de nuevo con aquellos ojos que a él le parecían los más bonitos que había visto nunca.

—Si quieres dejarlo, este es el momento. No serás el primero, aunque tal vez seas el último. Ya he aceptado que moriré sin saber lo que se siente al hacer el amor.

Trataba de parecer entera, pero por dentro, América estaba a punto de desmoronarse en miles de diminutas piezas. Él, sin embargo, parecía haber vuelto en sí después de aquel viaje sin rumbo por sus pensamientos y le dirigía ahora una mirada serena.

—Te prometo que estaré contigo hasta el final, sea como sea —reaccionó al fin, cogiéndola de la mano.

Aquello consoló, en parte, a América. Por su respuesta, entre ambigua y diplomática, parecía obvio que Gabriel no se planteaba casarse y ella tampoco podía pedirle semejante cosa. Se conocían desde hacía poco tiempo y aquella no era una decisión que pudiera tomarse así como así. Además, estaba aquel asunto de Beatriz y sus propuestas de matrimonio rechazadas. ¿Qué podía esperar, entonces? Quizás podrían tener una bonita relación platónica, aderezada con unos cuantos besos y caricias. No estaba mal, pero nunca se amarían plenamente.

—Gabi, ¿de verdad crees que lo nuestro tiene sentido?

Lo preguntó revolviéndose incómoda en la cama. La franqueza de aquella pregunta lo desarmó, pero consiguió rehacerse.

—Tiene todo el que queramos darle. Para mí, tiene todo el sentido del mundo.

América pareció dudar, aunque luego sonrió, mostrando sus pequeños dientes bien alineados. Después, volvió a ponerse seria.

—Para mí también lo tiene, pero me pregunto si no estaré siendo egoísta pretendiendo que te embarques en una relación así conmigo. ¿Quién querría darlo todo por un amor con fecha de caducidad?

En sus ojos se percibía la tristeza y a Gabriel le pareció que estaba a punto de echarse a llorar. Verla así, postrada en la cama, tan indefensa, le acongojó el alma.

—No tiene por qué tenerla, Ame. Una vez escuché decir a alguien que el amor no caduca. Lo nuestro puede ser eterno.

Se inclinó sobre ella y le besó la frente. Ella pareció recibir el beso con una mezcla de felicidad y desconcierto. Cuando él retiró sus labios, supo por su mirada húmeda que había conseguido conmoverla.

—Ahora resulta que Gabriel Pereira cree en la vida más allá de la muerte —comentó, a la

vez que una lágrima se le precipitaba mejilla abajo.

—Por ti, lo creo —repuso.

Notaba que a él también comenzaba a embargarle la emoción.

—Dame un beso, tonto.

Gabriel se inclinó de nuevo hacia ella, que irguió con esfuerzo su cabeza e hizo que sus labios se encontraran sin remedio. A ambos les pareció, por un momento, que aquel beso había conseguido derribar las cuatro paredes inertes del hospital y transportarlos a algún pequeño rincón del mundo donde solo se escuchaba el suave murmullo del mar. Terminaron de besarse y se miraron con los ojos brillantes. Gabriel tuvo la sensación de que su rostro fatigado había adquirido un poco más de color. Se sentía cada vez más unido a aquella chica y estaba dispuesto a hacer lo necesario para hacerla feliz.

El sonido de unos pies deslizándose pesadamente sobre el suelo de la habitación los sacó de sus ensoñaciones. Era Lola.

—Perdona, hija. Me he entretenido tomando un café con Laura y casi se me pasa la hora.

Efectivamente, faltaban escasos cinco minutos para que terminara el horario de visitas. A partir de ese momento, solo se permitía la estancia de un acompañante por paciente.

—Mamá, ya te he dicho que estoy bien. No hace falta que te quedes esta noche. Vete a casa a dormir, anda.

Él las miraba atento. Se fijó en que compartían el mismo color de ojos y la misma expresión melancólica. Era como ver a América con treinta años más, plagada de arrugas y con el pelo canoso y algo menos rebelde. Se entristeció al darse cuenta de que nunca llegaría a conocer sus arrugas y de que su pelo nunca llegaría a desteñirse.

Seguían discutiendo sobre la conveniencia de que su madre se quedara allí a dormir. En el rostro de Lola, se reflejaba un cansancio más que evidente. Su espalda, ligeramente encorvada, daba a entender que no le sentaría nada bien pasar una noche en aquel potro de tortura que alguna mente retorcida osó definir alguna vez como el sillón para los acompañantes. Entonces, se le iluminó la bombilla.

—Yo puedo quedarme con ella.

Había aprovechado un pequeño hueco en la conversación que mantenían las dos mujeres para intervenir. Ambas se quedaron de piedra, mirándolo con los ojos muy abiertos. Poco tardó América en reaccionar y convencer a su madre de que aquella era la mejor opción. Todavía un tanto indecisa, se despidió de su hija con un tierno beso en la frente, le dio las gracias a Gabriel y salió por la puerta arrastrando los pies. Apenas un par de minutos después, Laura entró para despedirse sin dirigirle la mirada a Gabriel.

—Hasta mañana, Ame. Le dije a tu madre que yo podía quedarme, pero insistió en que era mejor que se quedara este.

Lo había dicho señalando con un más que obvio desprecio hacia los pies de la cama, donde Gabriel permanecía de pie contemplando la escena.

—Descansa bien, ¿vale? —añadió antes de darle un abrazo.

Cuando ya se estaba marchando y pasaba por su lado, Gabriel sintió dos ojos como puñales que se le clavaban con brutal alevosía; Laura y otra de sus miradas asesinas. Esperó a que saliera por la puerta y se colocó entre la ventana y la cama. Echó un vistazo hacia fuera y divisó por la carretera principal una caravana de coches ataviados con todo tipo de adornos de color verde. Estaban haciendo sonar sus cláxones con estruendo. Sonrió al darse cuenta de que estaban celebrando el ascenso del Racing de Ferrol.

—¿Qué es ese jaleo? —curioseó ella, incorporándose lentamente.

—Yo vengo de ese jaleo.

Ella lo miró extrañada y él se rio. Entonces, le contó que estaba en el partido cuando recibió el mensaje de Laura. Le relató también sus dos tropezones en las escaleras que casi terminan con sus huesos en el cemento, sus aventuras para poder sacar el coche del aparcamiento y cómo subió las cuatro plantas del hospital en tiempo récord. Un rato después llegó la cena y empezaron a hablar de fútbol. Resultaba que ella también había frecuentado el estadio durante su infancia y parte de su adolescencia. Su padre le había hecho socia y la llevaba cada dos semanas a ver al equipo. Se contaron mil y una anécdotas y recuerdos de aquellos años. Se rieron con la idea de que quizás se hubieran conocido antes, en el estadio, e incluso tal vez hubieran jugado juntos.

Se hizo tarde y, tras el cristal, comenzaba a oscurecer. La tenue luz de las farolas iluminaba el aparcamiento del hospital y trazaba dos líneas paralelas a lo largo de la transitada carretera principal, por la que no dejaban de pasar coches.

—Ni siquiera tienes ropa para cambiarte —comentó América, sintiendo lástima por él.

—No me importa. No pienso dormir.

Ella lo observaba curiosa.

—¿Y qué piensas hacer, entonces?

—Pues mirarte toda la noche.

Se echó a reír con ganas y luego se tapó la boca con las dos manos, una sobre otra. Temía haber despertado a media planta con sus carcajadas.

—Desde luego, eres todo un poeta —aseveró, destapándose la boca y riendo para dentro.

Charlaron un poco más, en voz baja, para evitar molestar a nadie. Después, América cayó rendida y él se sentó en aquel sillón chirriante. Pensó que, si en algún lugar del mundo tuvieran que erigir un monumento a la incomodidad, deberían colocar aquel sillón. Pasaron un par de horas y Gabriel cumplía su promesa de permanecer despierto, más por motivos prácticos que por una cuestión romántica. Le era imposible conciliar el sueño en aquella antigualla y, además, tenía muchísimo calor. La calefacción del hospital estaba altísima, tanto que le pareció haber abandonado aquella fría esquina del norte de España y haberse transportado a algún exótico país tropical. Antes de quitarse la camiseta con la intención de bajar un par de grados su temperatura corporal, contempló de nuevo unos instantes a aquella hermosa mujer que descansaba a un par de metros de él. Entonces, solo por un instante, le pareció que aquellos muelles ya no se le clavaban con tanta fuerza en la espalda.

A la mañana siguiente, cuando la enfermera entró en la habitación, casi se cae de espaldas al suelo. Un chico joven con el torso desnudo dormía profundamente, abrazado a la paciente que venía a monitorizar. Ambos sonreían.

16
Un encuentro nada casual

¡Cuánto cuesta, a veces, levar anclas!

Había pasado una semana desde que América le había dado el susto de su vida. A los dos días de haber ingresado, los médicos le dieron el alta con la orden de guardar reposo en casa. Para no estar sola, se había mudado temporalmente a casa de su madre, así que Gabriel había estado visitándolas todas las tardes después del trabajo. Había llegado ya el fin de semana y no querían perderse ni un minuto el uno del otro, así que América lo había invitado a comer en casa con su madre.

Él había llegado temprano, en torno a las once y media de la mañana. Pasaron el resto de la mañana charlando animadamente y divirtiéndose con algunos juegos de mesa. Después, Gabriel ayudó a Lola a poner la mesa y los tres disfrutaron de una refrescante ensaladilla rusa, acompañada por unos filetes de pollo a la plancha. América se fue a recostar, mientras Lola y Gabriel recogían los platos. Cuando volvió al dormitorio, se encontró a América durmiendo en una postura que juzgó un tanto incómoda. Aun así, no quiso despertarla y, a pesar de que hacía bastante calor, la arropó con una manta fina que encontró en el armario. Aprovechó el tiempo para ponerse al día de la actualidad mirando algunos periódicos digitales en su móvil. Apenas media hora después, ella abría los ojos y se desperezaba en un bostezo nada afinado que le hizo reír.

—Lo siento. ¿Dormí mucho? —preguntó ella, frotándose los ojos.

—Con decirte que le he tenido que pedir a tu madre que me dejara pasar la noche aquí… —bromeó.

Ella le sacó la lengua. Cada vez le gustaba más aquel gesto.

Para pasar la tarde, habían decidido hacerse un maratón de cine. Se habían decantado por disfrutar juntos de toda la saga de Indiana Jones. Ambos recordaban haber visto las tres primeras películas, pero ninguno había visto la última de ellas. Habían leído algunas críticas contradictorias sobre el guion, pero querían poder formarse una opinión propia. Ambos coincidieron en que la mejor forma de hacerlo era viendo las cuatro películas en orden, con el fin de poder colocar en la balanza todos los elementos posibles y ser capaces de emitir un veredicto lo más objetivo posible.

América encendió el ordenador y, después de una espera de varios minutos, que dedicaron a comentar lo lento que iba aquel trasto, por fin pudo abrir en su navegador el servicio de *streaming* al que estaba suscrita. Introdujo en el buscador *Indiana Jones* y la búsqueda le devolvió las carátulas de las cuatro películas protagonizadas por el carismático arqueólogo.

—¡Vamos allá!

Acto seguido, clicó en la primera de ellas, en la que se veía a un jovencísimo Harrison Ford ataviado con la indumentaria reglamentaria de arqueólogo peliculero, látigo en mano.

El tiempo les pasó volando y, cuando se quisieron dar cuenta, la luz empezaba a atenuarse en el exterior. América pausó la película para ir al baño. Gabriel aprovechó el momento para levantarse y cerrar la persiana. Volvió a tomar posición en la cama mientras esperaba que América regresara del baño. Echó un vistazo a la pantalla del ordenador y se fijó en que apenas les quedaban quince minutos para concluir la tercera entrega de la saga.

—Creo que será mejor dejar la cuarta para otro día —sugirió América, que ya había

regresado al dormitorio y se acomodaba de nuevo en la cama junto a Gabriel.

—¿Estás cansada?

Había advertido que a ella se le empezaban a colorear unas discretas ojeras bajo sus ojos verdes.

Asintió y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Gabriel.

—Terminamos esta y me dejas descansar, ¿vale? —le pidió con la voz apagada.

—Claro. Tienes que recuperar fuerzas.

Él le besó el pelo y sintió que algunos de sus rizos traviesos se le metían por la nariz. Aquello casi le provoca un estornudo, pero logró contenerlo.

Cuando terminaron de ver la película, América casi se había quedado dormida recostada sobre su hombro. Él le tocó el brazo suavemente y ella se incorporó. Su cara era el vivo reflejo del agotamiento. La besó en la mejilla, apagó el ordenador y lo colocó sobre el escritorio del dormitorio. Mientras, ella se metía en la cama con mucho esfuerzo, tirando pesadamente del edredón hacia arriba. Al verla así, sintió una profunda ternura y compasión por ella. Se acercó y la ayudó a taparse. La arropó con dulzura y volvió a besarla, esta vez en los labios. Le dio las buenas noches y, antes de salir, le recordó lo mucho que la quería.

—Yo también —susurró ella, cuando Gabriel ya estaba saliendo por la puerta.

Apagó la luz del dormitorio y bromeó con Lola diciéndole que parecía que América se había metido demasiado en la piel del Doctor Jones, ya que estaba tan cansada como si hubiera tenido que luchar contra medio ejército nazi. Después, se despidió de ella y se dirigió al coche rumbo a casa. Eran cerca de las diez de la noche y aún el sol no se había puesto por completo.

Tuvo suerte y encontró un sitio para aparcar muy cerca del portal de su casa. Había estado pensando qué iba a hacer hasta la hora de acostarse. Sopesó la idea de ver otra película, pero había quedado empachado de cine después de varias horas pegado a la pantalla del ordenador de América siguiendo las idas y venidas de aquel arqueólogo tan poco común. Tampoco le parecía apetecible ponerse a ver algún insulso programa de televisión de los que emitían los sábados por la noche con el fin de aplanar el encefalograma de sus espectadores. «No más pantallas», se había dicho mentalmente. Entonces, había cobrado peso el plan de revisar alguno de sus libros de técnica fotográfica mientras escuchaba algo de buena música. En eso estaba pensando cuando una voz detrás de él lo llamó por su nombre, una voz que le resultó demasiado conocida. Un escalofrío, que no supo identificar en qué parte de su cuerpo se había iniciado, lo recorrió de arriba abajo. Se giró, con las llaves en la mano, a escasos metros de su portal. Lo que vio confirmó que sus oídos, muy a su pesar, no le habían fallado. Era Clara, que se acercaba a paso ágil sobre unos zapatos de tacón que habrían hecho las delicias de cualquier equilibrista profesional.

—¿Qué haces aquí?

Le había lanzado aquella cuestión antes incluso de que ella tuviera tiempo de detenerse frente a él.

—Ya ves. Estaba dando un paseo y te he visto —se explicó, con aquella sonrisa pícara que solo ella sabía poner.

Gabriel miró a su alrededor y arqueó las cejas.

—¿Un paseo? ¿Por esta calle y a esta hora? Clara, por favor.

No había nadie a su alrededor. La calle estaba más desolada que el más árido de los desiertos en el día más caluroso del año. Solo a lo lejos se intuía la figura de una mujer caminando hacia ellos.

—¿Sabes que tienes un hermano muy fácil de persuadir? —le soltó ella, sin que aquella

sonrisa de la cara se le desmontara lo más mínimo.

Por supuesto, tenía que haberlo pensado. Estaba claro que Cristóbal le había dado la dirección de su casa y ella debía de haberlo estado esperando.

—Pero no te enfades con él, *pobriño*. Al principio, se negó a decírmelo, porque tú le habías dicho que no querías saber nada de mí. Dijo que estabas muy colado por esa otra chica. Solo cuando le aseguré que lo aceptaba y que quería verte por última vez para poder despedirme de ti apropiadamente, accedió a darme tu dirección.

Él jugaba con las llaves, nervioso. Se preguntó por qué nadie había inventado todavía algún tipo de teletransporte. Lo habría usado con gusto en aquel mismo momento.

—Pero entiendo que eso no es lo que has venido a hacer ¿verdad?

—¿Tú que crees? –inquirió ella, mesándose el pelo.

—Creo que no entiendes que no quiero nada contigo. Creo que te niegas a respetar mi decisión de pasar página. Creo que has venido a buscar al sitio equivocado. Creo que dejaste pasar tu oportunidad y ahora te arrepientes. Creo que deberías de dejar de aferrarte a algo que ya no existe. Creo que deberías irte ahora y dejarme vivir. Eso creo.

Clara había sido capaz de mantener la sonrisa mientras asistía a aquel recital de sinceridad, pero a Gabriel le pareció intuir que sus labios se habían solidificado, como si no quisiera que dibujaran sus verdaderas emociones.

—Vaya, así que ya no queda ni rastro del viejo Gabriel, aquel chico simpático y agradable. Ahora se ha convertido en un auténtico perdonavidas.

Él resopló y la miró inquieto. Estaba deseando darse la vuelta, introducir la llave en la cerradura del portal y subir corriendo las escaleras hasta la seguridad de su hogar. Estaba a punto de hacerlo, cuando ella volvió a tomar la palabra.

—Está bien. Te diré la verdad. Llamé a tu hermano porque quería cogerte por sorpresa y seguir insistiendo en reavivar lo nuestro.

Le faltó poco para girarse y dejarla allí plantada. Ella debió de intuirlo, porque le hizo un gesto con la mano para que no se moviera. Entonces, continuó hablando.

—Pero cuando colgué el teléfono me puse a pensar en todo lo que me había dicho Cristóbal. Realmente, quieres mucho a esa chica ¿verdad?

—Con locura. Al contrario que a ti —le espetó él, con el rostro muy serio.

Se fijó en ella y, por primera vez, le pareció atisbar un gesto de duda en su expresión. No sabía si aquello era una señal de que estaba planteándose seriamente dar un paso atrás en su arriesgada estrategia de seducción o si estaba maquinando su siguiente maniobra.

—Eso pensaba —afirmó Clara.

—Entonces, supongo que ahora es el momento en que te vas.

Se estaba poniendo nervioso, porque le parecía que las palabras que salían por la boca de aquella mujer no tenían correspondencia alguna con la actitud que mostraba su cuerpo. Permanecía allí de pie, sonriente, como si nada de aquello estuviera provocando en ella la más mínima reacción. Se diría que los puñales en forma de palabras arrojados por Gabriel ni siquiera habían conseguido rozarla. Entonces, le pareció que adoptaba una pose reflexiva, que juzgó un tanto artificial.

—Está claro que no me quieres en tu vida.

Él abrió los brazos, como si lo que estuviera escuchando fuera una obviedad.

—Solo voy a pedirte una última cosa antes de desaparecer para siempre de tu vista —añadió ella.

Se temió que fuera otra de sus trampas, pero le pudo más la curiosidad y dejó escapar la

pregunta entre dientes.

—¿Qué quieres, Clara?

—¿Conservas todavía aquel álbum que te regalé con fotos de nuestros viajes?

No pudo negar que aquella pregunta lo cogió fuera de juego. De todas las cosas del mundo que podría pedirle, aquella era la última en la que habría pensado. Trató de buscar en el disco duro oxidado que tenía por memoria si aún guardaba aquel álbum. Entonces, cayó en la cuenta de que, unos meses atrás, haciendo limpieza de cajones, se había topado con él. Lo había metido en una bolsa, junto con otros recuerdos que no quería conservar, con la intención de tirarlo todo a la basura. Sin embargo, se le había pasado hacerlo. Estaba seguro de que aquella bolsa estaba en alguno de los armarios de su piso. Meditó soltarle un tosco embuste, pero sabía que Clara lo conocía bien y, además, tenía un olfato magnífico para captar las mentiras. Era una buena cualidad para una periodista. No quiso tomar ese camino, ya que intuyó que enseguida se daría cuenta de que la estaba engañando y eso podría complicar aún más las cosas. Decidió que lo mejor era darle el álbum y acabar de una vez por todas con aquel asunto que tanto lo estaba incordiando.

—El álbum y no me molestas más —expuso él, tratando de sellar aquel pacto de no agresión para siempre.

—Prometido.

A Gabriel le pareció que la sonrisa que ahora mostraba ella era de triunfo. No quiso darle más vueltas, porque estaba resuelto a ponerle fin a aquello por cualquier medio. Le daría el álbum y se iría. Punto final para un capítulo de su vida que nunca debió de volverse a abrir. Metió la llave en la cerradura y sintió el aliento cálido de Clara en su cuello; estaba demasiado cerca. Se planteó pedirle que esperara en el portal mientras él buscaba el álbum, pero lo descartó al darse cuenta de que ya había sido bastante duro con ella. Al fin y al cabo, apenas tardaría unos minutos en localizar lo que le había pedido y luego le pediría que desapareciera para siempre.

Tomaron el ascensor y salieron al descansillo del tercer piso. Caminaron hacia la puerta, Gabriel delante y ella detrás, haciendo un ruido infernal con sus tacones infinitos. Entraron.

—Puedes sentarte en el sofá mientras lo busco. No tardaré demasiado.

Ella asintió y tomó asiento en el salón. Le pareció intuir otra sonrisa triunfal en su rostro. Evitó pensar en ello y se dispuso a encontrar aquel maldito álbum en el menor tiempo posible. Fue a su dormitorio, pero no tardó mucho en descartar la idea de que la bolsa estuviera en aquel armario. Lo había ordenado hacía un par de semanas y allí solo guardaba su ropa. Cruzó el pasillo y fue a otra habitación que hacía las veces de despacho y trastero a la vez. Abrió el armario y se puso a rebuscar entre varias mochilas, bolsas y cajas que guardaban diversos trastos y cachivaches que no pensaba volver a utilizar en su vida. Se dijo que tenía que volver a revisar todo aquello, vencer su pereza y darles trabajo a los pobres trabajadores de la limpieza llenando a rebosar algún contenedor con un montón de cosas inservibles.

Respiró aliviado cuando abrió una de las bolsas y se topó con el tesoro que estaba buscando. Lo sacó de la bolsa y lo miró. Había acumulado algo de polvo en la tapa de color verde pistacho. En la portada, Clara y él se abrazaban mirando a la cámara y ella ponía morritos. Ni siquiera recordaba dónde se habían tomado aquella foto y no se molestó en intentar escarbar en su memoria para tratar de aclararlo. Salió al pasillo y se dirigió con paso ágil al salón. Cuando se asomó a la puerta, se dio cuenta de que todo aquello había sido un tremendo error. Tenía que haberlo previsto.

—¿No me vas a invitar a nada? Te recordaba como un buen anfitrión.

Clara se había recostado en el sofá. Sus zapatos de tacón descansaban junto a la mesita del

salón y se había subido la falda peligrosamente. Jugueteaba con el dedo índice sobre sus labios y sus ojos chispeaban como si estuviera a punto de desatarse un gran incendio en su interior. Le hizo un gesto con el dedo para atraerlo hacia ella. Él permanecía de pie, inmóvil, con el álbum entre las manos pegado a su pecho y mirándola con aquellos ojos color wengué sin saber qué hacer.

—Clara… —farfulló, tratando de desviar la mirada de aquella mujer que se le insinuaba abiertamente con todos los trucos de un repertorio muy bien dotado.

—No digas nada. Solo ven aquí conmigo.

Movía sus piernas sobre el sofá de manera muy sensual. Se puso la mano sobre la blusa y comenzó a desabrocharse los botones, sin dejar de observarlo, con la lujuria resplandeciéndole en los ojos.

Él dio un par de pasos dubitativos hacia el sofá. Ella casi había terminado de desabrocharse la blusa. Su pelo negro, perfectamente alisado, le caía sobre los hombros y sus labios de fresa emitían húmedos reflejos por el efecto del pintalabios. Era una visión demasiado tentadora. Gabriel dio otro paso más y ella estiró el brazo con la intención de agarrarle la pierna y hacerlo caer sobre su cuerpo.

—Tienes que marcharte.

Había conseguido sacar aquellas palabras con dificultad. Clara se quedó helada. El brazo se le quedó colgado en el aire y las llamas de sus ojos se apagaron de golpe. La sonrisa perdió fuerza y se convirtió en una mueca extraña. Gabriel aprovechó aquel momento de desconcierto para ponerle el álbum en su mano, que parecía la de una muñeca de trapo y se retiró varios pasos hacia atrás. Ella agarró el álbum como por inercia, pero sin mucha convicción, y dirigió a Gabriel una mirada desesperada.

—Ya tienes lo que querías. Ahora, cumple tu palabra y vete —sentenció él.

Sus palabras la hicieron reaccionar y Gabriel supo que aquello no había acabado. Ella se incorporó y dejó el álbum sobre la mesita. Desde luego, no parecía tener la menor intención de ser considerada una mujer de palabra. Caminó lentamente hacia él, descalza y con la blusa abierta. No se había molestado en bajarse la falda, dejando ver sus muslos torneados. Gabriel reculó, tratando de evitar el contacto con su cuerpo.

—Todavía no has aprendido que yo siempre consigo lo que me propongo —murmuró con voz sensual, mientras se colocaba frente a él.

—Creo que eres tú la que no ha aprendido nada —repuso él, dando otro paso hacia atrás.

Se dio cuenta de que se había quedado sin margen de huida, pues su espalda había chocado contra el mueble del salón. Clara aprovechó aquella circunstancia para rodearle el cuello con sus brazos. Él trató de girar la cabeza, pero ella lo evitó poniéndole una mano sobre la mejilla. Entonces, lanzó sus labios hacia él en un movimiento rápido, como una auténtica depredadora deseosa de atrapar a una presa indefensa. Gabriel lo había visto venir y consiguió evitar su boca carnosa. Ella, sorprendida, se inclinó hacia atrás y lo miró furiosa. Él sacó partido de la confusión y se deshizo de aquellos brazos que amenazaban con aprisionarlo para siempre.

—Vete ya —le pidió de nuevo, alejándose todavía más de ella hacia el sofá.

Clara frunció el entrecejo, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo. Se dio la vuelta, cruzó los brazos y negó con la cabeza. Parecía totalmente perpleja. Se pasaba la mano por la frente, como tratando de averiguar en qué había fallado.

—No lo entiendo. Nadie me había rechazado de esta forma.

Él cogió el álbum que Clara había dejado sobre la mesa. Luego, se giró hacia ella con rostro grave.

—Es fácil de comprender. Quiero a América. Métetelo de una vez en la cabeza.

Visiblemente contrariada, se colocó la falda y comenzó a abotonarse la blusa. Si hubiera sido un personaje de dibujos animados, el ilustrador habría tenido que dibujar un montón de signos de interrogación sobre su cabeza; seguramente, también le habría pintado un montón de humo saliéndole de las orejas. Parecía a punto de explotar. Cogió los zapatos y se los puso a toda prisa, haciendo auténticos equilibrios en el aire. No quería ni dirigirle la mirada. Estuvo a punto de irse al suelo, pero consiguió recomponerse. Se dirigió hacia la puerta. Gabriel la seguía y la miraba en silencio. Abrió con violencia la puerta del piso, se asomó al descansillo, se giró y le lanzó una mirada rabiosa.

—¡Tú te lo pierdes! —gritó ella, en una frase que sonó a verdadera despedida.

Él se acercó.

—Espera un momento.

En el rostro de Clara volvió a aparecer aquella sonrisa que presagiaba una victoria. Sus ojos recobraron el brillo. Estuvo a punto de traspasar de nuevo el umbral del piso, cerrar la puerta y empezar a quitarse la ropa.

—Te olvidas el álbum —dijo él, poniéndoselo sobre las manos.

Gabriel vio que la cara se le desencajaba, justo antes de cerrarle la puerta en las narices. Todavía tuvo tiempo de escuchar cómo le llamaba «capullo» antes de meterse en el ascensor. No se sentía especialmente orgulloso de haber tratado de aquella forma a Clara, pero tampoco le había gustado la forma en que ella había planteado la situación. Lo había engañado para tener la oportunidad de verse con él y luego, aun cuando le había pedido que lo dejase tranquilo, no se había dado por vencida y le había vuelto a mentir para tener la oportunidad de subir a su casa. Además, no parecía dispuesta a respetar su decisión de no querer estar juntos, ni tampoco el hecho de que estuviera enamorado de otra persona. Es cierto que, por un momento, unos escasos segundos, se sintió tentado de acostarse en aquel sofá junto a ella. Sin embargo, supo despejar aquella nube que amenazaba con ensombrecerle la conciencia y permanecer fiel a América. Aunque ella no pudiera darle aquello que Clara le ofrecía, una unión física plena, lo que sentía por América era demasiado fuerte como para reducirlo todo a la simple biología.

Tomó aire y se asomó a la ventana. Fuera, la calle estaba tranquila y la noche había ido ganando su duelo diario al día. Sintió un escalofrío al ver a una mujer parada en mitad de la acerca, hablando por su teléfono móvil. Se le pasó por la cabeza que se tratara de Clara, dispuesta a hacer guardia frente a su puerta para intentar sorprenderlo de nuevo. La mujer notó que la estaba observando y se echó a correr. Aquello lo extrañó mucho. Aquella figura, aquella cara en la oscuridad, todo le resultaba demasiado familiar. Entonces, cayó en la cuenta. La persona que se alejaba a toda prisa era Laura.

17
Todo se puede acabar
Nunca sabes cuándo

La voz de América al otro lado de la línea le había resultado un tanto distante. Le había pedido que la recogiera en casa para ir a dar un paseo corto a algún sitio. Decía encontrarse mejor, mucho más descansada. Gabriel le había preguntado varias veces si estaba segura de que aquello era la mejor idea, habida cuenta de que le habían recomendado reposo total hasta que se sintiera más fuerte. Ella contestó que llevaba demasiado tiempo encerrada en casa, que le vendría bien despejarse un poco y tomar el aire. A pesar de todo, había algo en su forma de hablar que no acababa de encajarle. No era la América risueña y bromista de siempre, de voz aterciopelada. Al contrario, en su tono de voz parecía reflejarse una ligera apatía y había pronunciado las palabras de forma un tanto mecánica. ¿Tendría algo que ver con aquella visión que lo había perturbado la noche anterior? ¿Era posible que Laura le hubiera dicho algo sobre su encuentro con Clara? Lo había estado pensando de madrugada, mientras se batía en duelo con su colchón a la espera de que el sueño se dignara a hacer acto de presencia.

Cuando Clara le había mentido abiertamente diciéndole que se encontraba en su calle dando un paseo, había lanzado una mirada alrededor para hacerle ver que aquello distaba mucho de ser una calle céntrica en la que uno pudiera encontrarse a algún conocido por pura casualidad. En ese momento, había visto a una mujer al principio de la calle, que caminaba por la misma acera que ellos. Había hecho memoria y recordó que la vio cruzar, todavía en la distancia; luego, la perdió la vista. ¿Se trataría de Laura? ¿Los habría visto hablar delante de su portal? O, peor aún, ¿los habría visto subir juntos? Si era eso lo que había ocurrido, tenía claro que ya le habría ido con el cuento a América y habría adornado la historia con todo tipo de detalles fantásticos para hacerle parecer el villano de una telenovela. En cualquier caso, nada de todo aquello le importaba demasiado, pues había decidido que le iba a contar a América todo lo que había sucedido. Habían prometido ser sinceros el uno con el otro y, al fin y al cabo, eso es lo que uno espera de la otra persona cuando se tiene una relación.

Había ido a comer a casa de su madre y Cristóbal no había dicho ni una sola palabra sobre Clara. Gabriel se dio cuenta de que su hermano debía sentirse avergonzado por haber cedido ante ella una vez más. Lo supo porque apenas había abierto la boca durante toda la comida y, cada vez que sus miradas se cruzaban, él bajaba la cabeza como un niño travieso que reconoce el mal que ha hecho. Tampoco le apetecía hacer sangre, por lo que optó por no sacar el tema. Centraron sus conversaciones en comentar algunas novedades que tenían como protagonistas indiscutibles a algunos de los vecinos del barrio. Su madre era una verdadera fuente de información local andante.

Después de recoger la mesa, Gabriel se disculpó con su madre y con Cristóbal, y les dijo que había quedado con América. Cuando detuvo el coche frente a la casa granate de los Castro, ella ya lo estaba esperando fuera, con los brazos cruzados. En cuanto abrió la puerta y se subió, Gabriel supo que no había errado el tiro con sus especulaciones. Tenía el rostro muy serio y lo saludó con un beso gélido. Él no quiso preguntarle; quería aguardar a que estuvieran en un lugar más tranquilo para sacar el tema.

—¿Te apetece ver el mar? —propuso, pisando suavemente el acelerador.

—Como quieras.

Su respuesta había sido tan distante que a Gabriel le pareció escucharla a cientos de metros de distancia. Permanecieron en silencio durante todo el trayecto, él concentrado en la carretera y ella pensativa, traspasando el parabrisas con unos ojos que parecían estar lanzando rayos. Otra vez se encontraban en aquella carretera estrecha que llevaba al faro de A Frouxeira, pero en lugar de continuar el camino hasta el final, torcieron a la izquierda en un pequeño desvío y llegaron, cuesta abajo, al pequeño aparcamiento de la playa de Los Botes. Desde allá abajo, se contemplaba el impresionante monte Campelo, con sus más de doscientos metros de altura, emergiendo como un titán de entre las agitadas aguas de la costa ártabra. Su forma era semejante a la vela de un barco y es por eso que alguna gente lo llamaba también *Pico da Vela*. Coronado por los restos de una antigua batería militar, dominaba majestuoso aquel lugar plagado de rocas y mar.

—Podemos dar un paseo cortito hasta la capilla. ¿Crees que podrás? —preguntó Gabriel, al tiempo que la tomaba de la mano.

Por un momento, le pareció que América quería soltarle. Finalmente, no dijo nada y se limitó a echar a andar en dirección a la costa, tirando de él. En pocos minutos, alcanzaron una pequeña cala de rocas, al pie del promontorio donde se alzaba, a merced de las olas del mar, la Capilla de Nosa Señora do Porto. Pasaron un par de minutos contemplando el paisaje en silencio. Aquel lugar tenía algo mágico, como si fuera un rincón aparte que no perteneciera al mundo de los vivos. A lo lejos, se divisaba el faro donde habían estado unos días antes. Delante de ellos, unas escaleritas blancas cortaban la piedra y ascendían hacia la pequeña capilla. El tejado naranja chillón contrastaba con el blanco de sus paredes y convertía la escena en un auténtico cuadro pintado de realidad.

Gabriel señaló en dirección al promontorio.

—¿Quieres subir?

Ella negó con la cabeza y se sentó sobre una roca, mirando las olas del mar que batían tras la capilla y levantaban una espuma blanquecina a la altura de la construcción. Permanecía en silencio. Él entendió que estaba esperando su confesión, así que se dispuso a soltarlo todo.

—Sé que estás enfadada.

América lo miró con los ojos casi en blanco.

—¿En serio? No hay que ser un sabueso para darse cuenta.

Sabía que tenía razón. Se había tomado todas las molestias posibles para que él lo notara.

—Era Laura, ¿verdad? La que estaba allí y vio a Clara subir a mi casa.

Ella ladeó la cabeza y un rizo se le cayó sobre el ojo. Lo apartó apurada y un súbito rayo de sol le torró las mejillas.

—Entonces, es cierto. Laura tenía razón —murmuró resignada.

—Puedo explicártelo.

Tomó asiento a su lado y deslizó su mano sobre la espalda de América, que parecía haberse sumido en una insondable tristeza. Ella quiso despegar los labios para decir algo, pero las palabras se le murieron en la lengua. Gabriel sabía que tenía que ser claro y zanjar el asunto sin más demora.

—Ame, voy a contarte todo lo que pasó, pero tienes que creerme ¿vale? Para empezar, te diré que no pasó nada entre nosotros, aunque ella lo intentó.

—Está bien. Sigue.

Gabriel cogió aire y pasó a relatarle lo que había ocurrido la noche anterior. Ahorró algunos detalles sobre la escena que Clara había representado en su salón. Tampoco era cuestión de darle parte del número de botones que llegó a desabrocharse o los centímetros que calculaba que

tenían los tacones de aquellos zapatos sobre los que Clara se movía con tanta naturalidad.

—¿Sentiste algo teniéndola tan cerca de ti?

Sus pupilas temblaban, agitando su iris color verde. Había hecho aquella pregunta sin pensarlo demasiado y ahora temía la respuesta que él podía darle.

—No voy a engañarte. Solo duró un par de segundos, pero estuve tentado de dejarme llevar.

América bajó la cabeza un breve instante. Él no sabía si iba a echarse a llorar o estaba tratando de contener su enfado.

—Pero no lo hiciste. ¿Por qué?

La tomó de la mano y sintió su calor.

—Porque te quiero a ti.

Notó que ella la apretaba con fuerza.

—Con ella todo te sería mucho más fácil.

América parecía profundamente triste. Una mueca de amargura le deshizo las facciones.

—Ya te he dicho que te quiero a ti.

Él posó su dedo índice sobre aquel lunar que tanto le gustaba. Después, colocó la nariz sobre su mejilla pecosa, acercó sus labios a su piel y la besó.

—Supongo que siempre puedes volver a por ella cuando yo ya no esté.

A Gabriel le pareció que ella había entrado en un bucle de autocompasión que no le beneficiaba en absoluto.

—Ni loco. Anda, no seas boba y abrázame.

Se levantó y se arrodilló frente a ella. La rodeó con sus brazos y una agradable sensación de calma se le extendió por todo el cuerpo. Ella, sin embargo, se sentía desolada. Ya no podía contener más las lágrimas y sus ojos se desbordaron. Gabriel notó que se le humedecía el hombro de la camiseta y se inclinó hacia atrás para mirarla.

—Ame, ¿qué te pasa? ¿No me crees?

Se limpió las lágrimas con las yemas de los dedos. Asintió sin poder evitar unos pucheros que provocaron una sonrisa mustia en los labios de Gabriel.

—Es solo que siempre he soñado con vivir el amor de verdad. Y ahora, siento que esto es tan difícil…

Él aguardó, al ver que ella trataba de buscar algunas palabras que pudieran dar forma a lo que tenía en su mente.

—Me refiero a que ahora sé qué se siente al estar enamorada de alguien y es más complicado de lo que imaginaba. Me pregunto si es normal este dolor. Quiero decir, lo doloroso que puede llegar a ser amar a alguien de corazón.

Miraba más allá de los hombros de Gabriel, a un punto indefinido del horizonte azul. Él le acarició la mejilla y consiguió traerla la vuelta. Ambos se miraban ahora fijamente.

—Claro que lo es. El amor es el sentimiento más intenso que podemos experimentar. Es sentir como tuyas las alegrías del otro, disfrutándolas más que las propias. Es mirar a los ojos de la otra persona y saber que estarías dispuesto a hacer cualquier cosa para asegurarte de que sean lo último que puedas ver cuando te toque cerrar los tuyos el último día de tu vida. Es que el dolor se multiplique por infinito cuando la otra persona sufre o te hiere. Es dejar de vivir, como si ya no existieses tú solo en el mundo. Es sentirte la persona más afortunada del planeta cuando el otro te dice por sorpresa lo mucho que te quiere o sentirte totalmente desamparado cuando crees que te ha traicionado. Amor y dolor son las dos caras de una misma carta. Y, a pesar de todo, nadie se arrepiente de haber podido jugar esa partida.

Lo miraba con los ojos muy abiertos. Se había quedado absorta escuchando aquel

improvisado discurso y se le habían secado las lágrimas sobre las mejillas. Se incorporó lentamente, sin perder en ningún momento el contacto visual con él. Gabriel también se levantó y ambos se sostuvieron la mirada, de pie, bajo un sol tímido que amagaba con asomarse entre las nubes. Cerraron los ojos y ambos notaron que sus labios se atraían sin remedio. Sellaron aquel momento con un largo beso.

—También es amor sentirse un idiota por no dejar de meter la pata con la chica más bonita del mundo.

Ella se rio y le dio un suave bofetón.

—¡Qué tonto eres! —se burló, a la vez que se dejaba caer sobre su cuerpo y lo abrazaba. Comenzó entonces a moverlo de un lado otro, meciéndose como si estuvieran subidos a uno de esos balancines que todo parque infantil debe tener si es que quiere considerarse como tal.

Pasaron el resto de la tarde charlando, tratando de conocerse más en profundidad. Se contaron un buen puñado de anécdotas sobre su infancia, los disparates que habían perpetrado como buenos adolescentes, más Gabriel que ella, y otras muchas cosas que los unieron aún más. Cuando el sol comenzó a bajar en el horizonte y una brisa fría se les empezaba a colar por debajo de la ropa, decidieron volver al coche. Todavía tuvieron tiempo de darse un poco más de calor a base de besos antes de que cayera la noche y pusieran rumbo a Ferrol. Por el camino, Gabriel recordó una pregunta que no le había hecho.

—¿Te dijo Laura qué estaba haciendo ayer en mi calle?

Por el rabillo del ojo, vio que ella hacía una mueca, elevando mucho las cejas y abriendo mucho los ojos. Luego se rio.

—Me dijo que había ido a visitar a un tío suyo que vive en el barrio.

—¿Crees que es verdad? ¿O piensas que me estaba espiando?

Lo miró como si hubiera dicho una auténtica majadería.

—¡Por supuesto que es mentira!

Gabriel respiró aliviado. Por un momento, pensó que aquella pregunta le había parecido mal. Al fin y al cabo, estaba cuestionando las intenciones de su mejor amiga.

—No tiene ningún tío que viva en Esteiro. Ni siquiera recordaba que hace unos meses me contó que el último de sus tíos que vivía en la ciudad se marchó a trabajar a Madrid.

Ambos se burlaron de la poca capacidad de inventiva de Laura. Era demasiado pasional e impulsiva como para ser capaz de sostener una fría mentira.

—¿Le dijiste que sabías que estaba mintiendo? —quiso saber Gabriel, curioso.

—Claro. Se puso como un tomate.

Volvieron a reír, Gabriel imaginándose la situación y ella todavía con el rostro abochornado de su amiga en la mente.

—No te preocupes. No volverá a hacerlo. Le eché tal bronca que no se le ocurrirá volver a hacer algo así.

Gabriel rio de nuevo y se lo agradeció de todo corazón. Hacía unos minutos que habían entrado en el barrio de Canido y estaban ya enfrente de la casa granate. Se despidieron con un beso que quizás hubiera podido competir en alguna categoría de los récords *Guinness*.

Eran las diez de la noche y, después de tantas emociones, a Gabriel no le apetecía volver a casa. Concluyó que era un buen plan conducir un rato mientras escuchaba algo de música, antes de volver a sentir la soledad de su hogar. Abrió la guantera del coche y rebuscó entre los discos que había ido acumulando allí a lo largo de los años. Reparó en uno concreto al parecerle que estaba fuera de contexto. Era un disco recopilatorio con los grandes éxitos del cantante valenciano Nino Bravo. Recordó que se lo había regalado a su madre por su último cumpleaños.

Un día que habían tenido que ir a Santiago para hacer unas gestiones, ella lo había bajado al coche con la intención de escucharlo durante el trayecto. Le dio vuelta y echó un vistazo rápido a la lista de canciones. Sonrió al comprobar que, efectivamente, habían incluido una de sus canciones más famosas: *América, América*. Aunque no hablaba de ninguna mujer, trató de recordar la letra y se dio cuenta de que muchas de aquellas estrofas podían perfectamente hacer alusión a aquella chica. Resuelto, extrajo el disco de la carcasa, lo metió en el reproductor y, en lugar de dirigir su Renault hacia casa, condujo, alejándose del centro urbano, en dirección a las playas.

Aquello de conducir sin rumbo no era algo que hiciese muy frecuentemente, aunque lo disfrutaba. Lo mismo le servía para relajarse después de un tenso día de trabajo, que lo ayudaba a perderse en sus pensamientos y regocijarse en sus alegrías. Era algo que Beatriz y él tenían en común. Por eso, no solían preocuparse demasiado si uno llegaba un poco más tarde de lo normal del trabajo. Sabían que quizás el otro había tenido un mal día y tal vez necesitaba dar un rodeo más largo de lo habitual para llegar a casa y templar sus ánimos.

Conducir. Eso era lo que ella había hecho la noche en que murió. No quiso volver a traer aquellos pensamientos a su mente y, como decía aquella canción que había puesto en bucle, pensó en América. Ella le había dado un nuevo sentido a su vida; le había ayudado a superar aquel dolor tan inmenso que lo había convertido en un hombre huraño. Había llegado a pensar que había perdido toda capacidad para amar, incluso para experimentar cualquier sentimiento agradable. Ella había puesto su mundo del revés. La veía como un ser por el que valía la pena cuestionárselo todo y poner patas arriba su vida acomodada, una vida que juzgaba vacía. Con ella se sentía fuerte, con un vigor que nunca antes había experimentado. Y a la vez, se sentía tan débil… Temía estropearlo todo con alguna de sus estúpidas decisiones y sus comportamientos erráticos. Sentía que se asomaba al abismo cada vez que pensaba en su enfermedad y en el desenlace fatal que aguardaba a la vuelta de la esquina. A pesar de ello, una extraordinaria fuerza interior, que solo podía brotar de un corazón enamorado, le decía que era él y solo él el que tenía que estar con ella hasta su último aliento.

Tomó una curva cerrada hacia la izquierda y tuvo un oscuro presentimiento. Algo malo iba a pasar aquella noche. Su mente voló hacia el dormitorio de América. En aquel momento, ella sonreía mirando al techo de su habitación, con la luz de la mesilla encendida. Pensaba en todo lo que había pasado aquella tarde, en lo mucho que adoraba la forma de hablar y de sonreír de Gabriel; también en sus ojos color wengué y en aquel flequillo mal peinado que le tapaba la frente. Repasaba todas y cada una de las anécdotas que le había contado y se sentía tan entusiasmada que era incapaz de cerrar los ojos e intentar dormir. Sencillamente, no quería que ese día terminara. Una vez había escuchado decir a alguien que, si la persona de la que estás enamorada no te parece la más atractiva y maravillosa del mundo, es que deberías plantearte si realmente está hecha para ti. Por eso, sonreía, porque a ella Gabriel le parecía el hombre más atractivo y maravilloso del mundo.

Cuando Gabriel vio un enorme bulto parado en mitad de la carretera y dos pequeñas motas oscuras que brillaban en la oscuridad mirando hacia él, supo que su presentimiento se iba a hacer realidad, pero que la que corría peligro no era América. Las luces de los focos del vehículo zigzaguearon siguiendo el recorrido incoherente de los neumáticos sobre el asfalto. Iluminaron una zona arbolada, poblada de eucaliptos, y el coche traqueteó violentamente antes de que el morro impactara contra una roca que había emergido de entre los árboles.

Todo se quedó en silencio, un silencio lúgubre, tan profundo y oscuro que hasta aquel enorme bicho que había aparecido de la nada en mitad de la carretera se quedó mirando desde el

arcén el lugar del accidente, como si estuviera pensando en el lío que acababa de montar. Después, se perdió entre los árboles y el silencio se hizo aún más pesado. Solo el ruido del goteo de algún líquido procedente del motor del coche impactando sobre las hojas secas parecía empeñado en no convertir aquella estampa en la escena de una película muda.

18
Noche sin luna
Los monstruos salen a pasear

Las luces de las sirenas centelleaban en aquella noche oscura sin luna. Cuando Clara Garrido dejó su todoterreno en el arcén, pudo comprobar que debía de tratarse de algo gordo. Había recibido una llamada de su jefe cerca de la medianoche. Le había dicho que un amigo de su mujer había visto un coche empotrado contra una roca cuando regresaba a su casa después de pasar el día con su esposa en el chalé de unos familiares. Aquel hombre había reparado en que un Renault gris humeaba clavado en un peñasco fuera de los márgenes de la carretera. Al comprobar que un joven yacía inconsciente en el interior del vehículo, había avisado a los servicios de emergencia. Cuando se aseguró de que llegaba la ambulancia y de que los sanitarios se hacían cargo de la situación, volvió al coche y condujo muy despacio hasta llegar a casa. Con el susto en el cuerpo, se le ocurrió avisar a su amigo del periódico, por si tenía interés en cubrir la noticia; por supuesto que la tenía. Enseguida se puso en contacto con la nueva redactora para que se acercara al lugar de los hechos. Como era la recién llegada, le tocaba cubrir ese tipo de noticias, las que suponían tener que arrastrarte fuera de la cama un domingo a medianoche.

De camino al coche accidentado, le dio tiempo a ver cómo introducían a un hombre en la ambulancia. Por su aspecto, dedujo que era joven, no mucho más de treinta años. Tenía el cuerpo cubierto por una manta térmica y la cabeza vendada. Le habían colocado una mascarilla sobre la boca conectada a un respirador artificial. No pudo verlo de cerca, pero tuvo un pálpito que no le gustó.

Un policía estaba asomado al interior del coche e iluminaba con su linterna los asientos y el salpicadero destrozado. Clara se acercó, tratando de hacer el máximo ruido posible para que el hombre advirtiera su presencia. Él se giró asustado y la deslumbró con la linterna. Tuvo que taparse la cara para no quedarse ciega.

—Oiga, ¿qué hace aquí? —preguntó el policía con voz muy grave.

—Soy Clara Garrido, periodista. Trabajo para *El Diario Gallego*. ¿Sería tan amable de bajar esa linterna?

Aquella mujer no se amedrentaba ante nada. El policía farfulló algunas palabras que ella fue incapaz de descifrar y se dio la vuelta para seguir con su trabajo.

—¿Podría decirme qué ha pasado?

El hombre canoso y uniformado no se molestó en girarse.

—Pues no hay mucho que contar. Ya lo ve. El chico se salió de la carretera y se llevó un buen golpe contra esta roca. Creemos que debió de cruzarse con algo, seguramente, un jabalí. Últimamente, hay muchos avistamientos de esos bichos por la zona. Se pasean por cualquier lado, como si estuvieran en su casa o como se llame el maldito sitio donde quiera que vivan.

Clara escuchó un leve rumor procedente del interior del coche. Afinó el oído y se dio cuenta de que era el trozo de una canción repitiéndose en bucle. Sonaba muy bajito y el disco parecía haberse atascado. No pudo identificar la melodía.

—¿Escucha eso? —dijo de repente el policía, levantando una mano.

—Sí, es música ¿no? —repuso ella, acercándose un poco más al coche.

—Ahora apenas se oye. Cuando llegamos aquí, se escuchaba perfectamente. El disco debió de quedarse bloqueado con el golpe y no dejaba de repetirse el estribillo de la canción. La verdad

es que me pareció extraño que un chaval tan joven escuchara a Nino Bravo.

El hombre se encogió de hombros. Luego, continuó su disertación.

—Pero ¿qué se yo sobre los gustos de hoy en día? Supongo que todas las modas acaban por volver.

Dio la vuelta al coche y se agachó con la intención de rebuscar entre los objetos que se habían caído de la guantera. A Clara, su instinto de periodista le decía que algo no iba bien.

—¿Podría decirme qué canción era? —trató de averiguar, un tanto inquieta.

El policía levantó la cabeza y la miró incrédulo.

—Anda, ahora a los periodistas os interesan esas cosas.

Volvió a encogerse de hombros y agachó la cabeza.

—Si tanto le interesa, era esa canción que habla de América. ¿La conoce?

El corazón estaba a punto de salírsele por la boca. Sabía que tenía que hacer esa pregunta y sabía que no le iba a gustar la respuesta.

—¿Sabe el nombre del accidentado?

—Sí, encontramos su DNI dentro de su cartera. Un tal Gabriel Pereira, pero no ponga su nombre completo en la noticia. Solo las iniciales ¿de acuerdo?

Notó que las piernas le temblaban y un breve mareo casi la hace caer de rodillas al suelo. Trató de tranquilizarse y ser todo lo profesional que pudiera en una circunstancia como aquella.

—¿En qué estado está? —se atrevió a cuestionar, con la boca seca.

—Pues ya ve. Siniestro total —determinó el policía, señalando el interior del coche.

«Maldito idiota», pensó Clara.

—Me refiero al hombre, no al coche.

Le entraron ganas de estamparle la linterna en la cara a aquel insensible.

—Ah, claro. Pues no muy bien. Ha perdido bastante sangre y tiene un golpe muy fuerte en la cabeza. Veremos cómo le va.

—Gracias por su tiempo.

Se dio la vuelta y le entraron unas ganas terribles de llorar. Se convenció de que no lo haría, pero en cuanto llegó al coche, se derrumbó. Golpeó con rabia el volante, tratando de echar fuera de su cuerpo la frustración que había anidado en su alma. Respiró profundamente varias veces, tal y como le habían enseñado a hacer en aquel curso de relajación natural al que había acudido meses atrás. Consiguió normalizar su pulso y cogió el teléfono. Marcó el número de Cristóbal y, con la voz entrecortada, le contó lo que había pasado. Él se quedó sin habla unos segundos y Clara pudo escuchar lo que le pareció un sollozo apagado. Luego, le dijo que averiguaría en que hospital estaba. Antes de que colgara, a Clara le dio tiempo a pedirle el número de América. Cristóbal se ofreció a llamarla él mismo, pero ella le dijo que era mejor que se concentrara en conocer el estado de su hermano cuanto antes y que ya se encargaría ella de avisarla. Si Cristóbal se sorprendió por aquel ofrecimiento, no lo demostró. Seguramente, era lo último que le preocupaba. Solo se lo agradeció y colgó el teléfono.

A unos pocos quilómetros de allí, América soñaba con una boda. Se veía a sí misma vestida de novia y caminando hacia el altar, donde la esperaba un hombre muy elegante con traje oscuro y corbata azul. Por más que se empeñaba en afinar la vista, la cara de aquel joven, de pie frente al altar, le resultaba demasiado borrosa. No conseguía descifrar a quién pertenecían aquellos rasgos difusos. Mientras avanzaba con paso ceremonioso hacia el altar, deseaba con todas sus fuerzas descubrir bajo aquella nebulosa el rostro de Gabriel. De pronto, un teléfono móvil comenzó a sonar en la iglesia y todos los invitados giraron su cabeza hacia ella. Se palpó el vestido, pero allí no había ningún bolsillo y tampoco llevaba encima bolso alguno. Entonces, se dio cuenta de que

aquel sonido no era parte del sueño, sino que se trataba de su móvil vibrando descontrolado sobre la mesilla. Medio adormilada, encendió la luz y tardó un rato en poder enfocar con claridad. Cuando pudo hacerlo, comprobó que en la pantalla de su móvil aparecía un número de teléfono completo bajo el cual aparecía impresa la palabra «Desconocido». Se fijó en que el reloj del móvil marcaba las doce y media de la noche. Estuvo tentada de no contestar. Pensó que, probablemente, se trataría de alguien que se había equivocado al marcar o que, al descolgar, se encontraría con alguna grabación de alguna estúpida promoción que alguien había programado por error a deshoras. A pesar de todo, le agobiaba quedarse con la duda sobre quién podía estar detrás de aquel número. Se sentó en la cama y pulsó el botón para aceptar la llamada. Una voz temblorosa de mujer salió por el altavoz.

—¿América?

Se quedó sorprendida ante aquella simple pregunta. Una desconocida, que parecía bastante alterada, se dirigía a ella por su nombre. ¿Quién era esa mujer que parecía conocerla y la llamaba un domingo a aquellas horas?

—Sí, soy yo —repuso ella vacilante.

Escuchó un carraspeo nervioso. Realmente, la llamada había comenzado de forma siniestra.

—América, soy Clara.

Pensó que no conocía a ninguna Clara. Solo tardó un par de segundos en darse cuenta de que, muy a su pesar, sí conocía a una. Aquel pensamiento la despabiló de golpe.

—No sé lo que quieres, pero Gabriel ya me contó lo que pasó entre vosotros. Te pido por favor que nos dejes en paz.

Clara chasqueó la lengua y volvió a aclararse la garganta.

—Lo sé. No te llamo por eso. Gabriel acaba de tener un accidente. Está en el hospital y parece que es bastante grave.

A América le pareció que la habitación se le daba la vuelta. ¿Sería cierto lo que decía aquella mujer? ¿Podía fiarse de ella después de todo lo que había hecho por torpedear su relación con Gabriel? ¿Por qué tenía ella aquella información? Definitivamente, no sabía si podía creerla y, además, una parte de ella tampoco quería hacerlo.

—Eso no puede ser. Estuvo conmigo hasta las diez pasadas. Me dejó aquí y se fue a casa.

Había dicho aquello con la voz trémula. Al otro lado, Clara suspiró.

—No sé lo que ha pasado, pero tienes que creerme. Se salió de la carretera en dirección a San Jorge y el coche fue a parar contra una roca. He visto su Renault y el policía me dio su nombre. De verdad, sé que he podido ser inoportuna, pero no jugaría con algo así. Tienes que ir al hospital enseguida.

América sintió un vahído y le pareció que su corazón latía con demasiada fuerza. Trató de calmarse y pensar fríamente. ¿Qué se le había perdido a Gabriel en aquella carretera? ¿Por qué no había ido directamente a casa? Tantas preguntas sin respuesta comenzaban a agobiarle. Trató de serenarse y retomó la palabra.

—Vale, voy a pensar que lo que me dices es cierto. ¿Cómo demonios sabes todo esto? —inquirió con tono irritado.

—Soy periodista. Me llamaron para cubrir el accidente.

Clara hizo una pausa para cambiar de estrategia.

—Mira, puedes creerme o no creerme, pero ahora mismo, Gabriel está en un hospital, quizás debatiéndose entre la vida y la muerte. Te necesita allí.

Sonaba realmente sincera. América pensó que, por cruel que fuera una persona, por mucho que deseara conseguir algo en la vida, no podría ser capaz de engañar a alguien de aquella

manera. Las manos comenzaron a temblarle y apenas podía mantener el móvil pegado a su oreja.

—Pero… ¿Cómo ha podido pasarle algo así?

Dejó colgando aquella pregunta en al aire. Le pareció escuchar la respiración agitada de Clara al otro lado de la línea que, con la voz entrecortada, consiguió sacar algunas palabras de su garganta atorada.

—Cristóbal va a enterarse de dónde lo han ingresado. Supongo que te escribirá o te llamará en cualquier momento.

América notó que comenzaban a temblarle también las piernas. Le parecía estar viviendo una pesadilla.

—Gracias, Clara —zanjó al fin, casi sin voz.

Colgó el teléfono, lo dejó caer sobre la cama y se cubrió el rostro con sus manos. Sentía que todo su cuerpo palpitaba y se sumía en una agitación imparable. Se repetía en voz baja que aquello no podía estar ocurriendo, que tenía que tratarse de algún tremendo error.

El móvil volvió a vibrar. Una parte de ella no quería mirar la pantalla, pero sabía que tenía que hacerlo. Se destapó la cara y, con los ojos emborronados por las lágrimas, comprobó que Cristóbal acababa de mandarle un mensaje. Tenía su número porque Gabriel se lo había dado a su hermano, en el caso de que quisiera contactar con él mientras estuviera con América, por si se hubiera quedado sin batería. Deslizó el dedo tembloroso sobre la pantalla y leyó el mensaje:

«Hola. Siento molestarte a estas horas, aunque supongo que Clara ya te ha dicho lo que ha pasado. Gabriel está en la UCI del Hospital Arquitecto Marcide. Estamos esperando a que nos digan algo».

La mano con la que sujetaba el teléfono móvil perdió fuerza y el aparato se deslizó hacia la cama como un niño pequeño por un trampolín. Intentó dominarse y lo consiguió a duras penas. Sabía que tenía que reaccionar y llegar al hospital lo antes posible, así que se puso en pie.

Notó que los músculos de sus piernas estaban muy débiles y no podía controlar aquellos espasmos nerviosos que se habían desatado a lo largo y ancho de su cuerpo. Por un momento, dudó si sería capaz de mantenerse en pie, pero hizo acopio de toda su fortaleza y caminó hacia el armario para buscar algo de ropa. Se vistió torpemente, notando que le costaba coordinar sus movimientos. Salió de la habitación en silencio, tratando de controlar su respiración convulsa y el sonido de su nariz, que se le había cargado de una inconveniente mucosidad. La luz de la habitación de su madre estaba apagada y la puerta entornada. Del dormitorio afloraba un ronquido suave y monótono, por lo que América dedujo que estaba profundamente dormida. Fue hacia el taquillón de la entrada y cogió con cuidado las llaves de su coche, que reposaban sobre un pequeño platito de cerámica que Lola había comprado como recuerdo de un viaje a Asturias. Antes de salir, cogió del mueble un bolígrafo y una hojita de una libreta que su madre utilizaba para anotar la lista de la compra y le escribió una nota. No quería que se asustara al descubrir por la mañana que se había marchado.

«Me voy al hospital. Gabriel ha tenido un accidente. Te llamaré en cuanto sepa algo. América».

La dejó aquella sobre el taquillón y salió, sigilosa como un maestro ninja.

Durante el trayecto hasta el hospital, tuvo que concentrarse con esmero en la carretera. Las lágrimas que brotaban de sus ojos le nublaban la visión y estuvo tentada de pararse en el arcén en un par de ocasiones. Había conseguido detener los temblores de las piernas, pero las manos sobre el volante se le agitaban como dos flanes recién hechos en mitad de un terremoto. Tomó el desvío hacia el hospital y no tardó demasiado en dar con un sitio para dejar su 600. Abrió la puerta a toda prisa y, cuando ya había avanzado unos cuantos metros hacia la entrada del

hospital, cayó en la cuenta de que había olvidado cerrar el coche. No tenía la más mínima intención de volver atrás. Necesitaba saber cómo estaba Gabriel y no podía perder el tiempo en nimiedades. Además, ¿quién querría robar un coche como el suyo?

De lejos, le pareció ver a Cristóbal hablando con una mujer joven que se encontraba de espaldas. Estaban justo delante de la puerta de acceso al hospital y la chica fumaba nerviosa. Aunque nunca había visto a Cristóbal en persona, no le costó reconocerlo, ya que Gabriel le había enseñado algunas fotos suyas en el móvil. Dedujo que la chica tenía que ser Clara. Aceleró el paso. Ya estaba casi encima de ellos, cuando vio que Cristóbal reparaba en ella y le hacía un gesto a la mujer para que se girara. Al verla, América tuvo que reconocer que era realmente atractiva, incluso aunque su cara fuera el vivo reflejo de una batalla que el cansancio y la tensión se habían empeñado en librar aquella noche oscura.

—Hola, América. Soy Cristóbal. Esta es Clara —se adelantó a decir él, señalándola.

Hechas las oportunas presentaciones y endosados los respectivos besos protocolarios, América no pudo contenerse más. Las lágrimas volvieron a emerger con fuerza de sus ojos verdes, cuyos párpados hinchados sentía tan pesados como dos piedras de granito rosa.

—¿Sabéis algo?

Aquellas palabras las había pronunciado entre sollozos.

—Acaban de decirnos que han conseguido estabilizarlo. Parece que recuperó la consciencia poco después de llegar al hospital, pero lo han sedado porque tenía mucho dolor. Todavía tienen que estudiar bien el golpe de la cabeza. Dicen que esta noche será vital.

Cristóbal había relatado todo aquello intentando mantener la voz firme, aunque se le habían escapado un par de sílabas en un tono más agudo de lo normal. Aquella incapacidad de modular por completo su voz, unido a su semblante grave, transmitía una espantosa preocupación. No había duda de que se estaba haciendo el duro, pero se sentía descompuesto por dentro. Clara había terminado de fumarse el cigarrillo y permanecía en silencio. América notó que la estaba mirando de los pies a la cabeza. Cristóbal le ofreció un pañuelo, al ver que ella rebuscaba en el bolso sin mucho éxito, removiendo nerviosa el interior. Se lo agradeció, se secó las mejillas, se sonó la nariz con fuerza y volvió a dirigirse a ellos.

—¿Puedo entrar a verlo?

Vio que Cristóbal negaba con la cabeza.

—Han dejado entrar un rato a mi madre, pero hasta mañana no se puede entrar. Los horarios de visita en la UCI son bastante limitados. Solo dos horas al día y solo dos personas.

—No me importa. Esperaré aquí hasta mañana —declaró América, que había decidido pasar la noche en el hospital, en cualquier rincón donde se lo permitieran.

Clara sonrió, aunque América no alcanzó a comprender el motivo. Cristóbal la miró con lástima y le puso la mano en el hombro.

—¿No es mejor que vuelvas a casa a descansar? Ya sabes, por lo de tu enfermedad. Mañana puedes venir a la primera visita.

Ella se opuso firmemente a aquella idea. No quería regresar a casa bajo ningún concepto. El mero hecho de pensar en volver a meterse en cama, mientras la persona que amaba estaba tirada en una camilla de hospital luchando por su vida, le pareció ofensiva. Cristóbal se encogió de hombros.

—Como quieras —cedió finalmente.

Se hizo un breve silencio que el propio Cristóbal se encargó de romper.

—Yo voy a ir un rato adentro a esperar a mi madre. No quiero que esté sola cuando salga.

Dicho esto, se giró y atravesó la puerta del hospital. América tuvo intención de seguirle,

pero Clara le hizo un gesto para sofocar su arrancada.

—Solo quería pedirte disculpas. Siento mucho todo lo que pasó.

Parecía verdaderamente sincera y América sintió compasión por aquella mujer. Al fin y al cabo, ambas querían lo mismo y podía comprender que una persona estuviera dispuesta a hacer cualquier cosa por el amor de otra. Era una lección que había aprendido recientemente.

—No te preocupes. Lo importante ahora es que salga de esta.

Había utilizado un tono conciliador para decir aquello. Clara asintió y se encendió otro cigarrillo. Soltó el aire elevando la cabeza, como si mirara al cielo.

—¿Sabes que iba escuchando una canción que lleva tu nombre?

Había preguntado aquello con un gesto en el que se entremezclaban la tristeza y la más sincera de las admiraciones. América se quedó sorprendida y no se atrevió a preguntar cómo es que Clara sabía aquel dato. Dudó entre despedirse de ella y acudir en la búsqueda de Cristóbal o continuar con aquella conversación. Como Clara veía que no se decidía, tomó de nuevo la palabra.

—Cuando llegué al lugar del accidente, todavía se escuchaba un fragmento de la canción —aclaró.

Aquello despejaba una parte de sus dudas, pero todavía no tenía respuesta a la pregunta de qué estaba haciendo Gabriel en aquella carretera. Pensó que, si alguien podía tener la respuesta, esa era Clara, así que le preguntó directamente sobre el asunto. Ella lo meditó unos segundos.

—Supongo que simplemente estaba dando una vuelta antes de irse a casa. Cuando salíamos juntos, lo hacía de vez en cuando.

América se sintió mal. Después de todo, todavía no conocía tan bien a su novio y ahora albergaba el profundo temor de no saber a ciencia cierta si podría seguir conociéndolo. Quizás ya no saldría con vida de aquel hospital.

Clara le pegó una calada muy larga al cigarrillo y luego le lanzó otra de aquellas miradas analíticas. Se notaba que era una periodista de pura raza.

—La verdad es que no sabía si venir al hospital, pero ahora me alegro de haberlo hecho —le espetó, sin dejar de escanearla.

—¿Y eso por qué? —curioseó América.

—Porque me alegra saber que no me ha rechazado por una cualquiera. Está claro que eres especial.

Se notaba que le había costado pronunciar aquellas palabras. No en vano, estaba admitiendo su derrota y eso, a una ganadora nata como Clara Garrido, no le gustaba ni un pelo. América se dio cuenta y trató de devolverle el halago.

—Eso es porque Gabi siempre tuvo buen gusto.

Ambas mujeres se sonrieron y aquel gesto sirvió para sellar la paz entre ellas.

—Ve con Cris. Seguro que querrás estar con ellos.

—¿Tú no entras? —se extrañó América, señalando con la cabeza el interior del hospital.

Vio cómo ella tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó con sus botas altas de color negro. Se pasó la mano por el pelo moreno y sonrió.

—Yo ya no pinto nada aquí. Mañana llamaré a Cris para preguntarle cómo va todo.

Se subió la cremallera del abrigo hasta el cuello y se despidió. América vio que se alejaba un par de pasos y se frenaba en seco. Giró su cabeza y le dirigió una mirada lánguida.

—Si sale de esta, no lo dejes escapar. No hay muchos como él.

América asintió, apretando los labios. Le agradeció aquellas palabras y Clara hizo un gesto como quitándole importancia al asunto. Después, le dio la espalda y se alejó a paso rápido.

19
El despertar
Abrir los ojos en un mundo nuevo

Habían sido unos días realmente duros para todos, aunque la primera noche había sido la peor. A pesar de todo, Gabriel había evolucionado bien dentro de la gravedad. Aun así, permanecía sedado la mayor parte del tiempo y solo de vez en cuando era capaz de abrir los ojos tímidamente y mover lentamente sus pupilas. América no había fallado ni uno solo de los siete días que llevaba ingresado en la UCI. Cada mañana se presentaba en el hospital un par de horas antes de que se iniciara el horario de la primera visita y se tomaba un café con María, la madre de Gabriel. Ambas habían conectado muy bien y aquel rato que pasaban juntas les servía de terapia.

Un poco antes de la una de la tarde, se apostaban cerca de la puerta de la UCI del hospital y esperaban a que una enfermera les abriera la puerta y las invitara a pasar. Después, cumplían a rajatabla el protocolo: se vestían con el batín desechable, cubrían su rostro con la mascarilla de papel que les facilitaban a la entrada, se ponían los guantes y se calzaban los cubrezapatos obligatorios. Vestidas como astronautas en plena misión espacial, accedían a la sala donde el tiempo pasaba sin que Gabriel fuera consciente de ello. Como por la tarde había una hora más de visita, entre las cinco y las seis, ambas se quedaban a comer juntas. Sobre las cuatro y media, llegaba Cristóbal del trabajo y, normalmente, era él el que entraba a verlo. Unos días lo acompañaba su madre y, otros, América, según lo cansada que María se encontrase aquel día.

Cuando era su madre la que entraba, América aprovechaba para dar un paseo por la zona escuchando música, aunque realmente no había mucho que ver por los alrededores. Un montón de edificios grises rodeaban aquel lugar, entre ellos, un instituto, otro hospital y un tanatorio, cuya situación no enviaba el más optimista de los mensajes a los familiares que venían a visitar a sus enfermos. Siempre se estremecía al pasar por delante de aquel lugar, así que intentaba evitarlo.

Aquel día, a la una en punto de la tarde, cuando entraron en la sala, las dos mujeres se llevaron una grata sorpresa. Gabriel estaba sentado en la cama, con los ojos pequeñitos, pero abiertos. Una enfermera de mediana edad las recibió y les contó que Gabriel se había despertado de madrugada. Había acudido rauda a ponerle más calmantes, pero él se negó. Con la poca voz que fue capaz de sacar, le había pedido, por favor, que lo dejara despierto. La mujer les contó que tuvo dudas, pero, finalmente, decidió respetar su petición y se dedicó a controlarlo toda la noche. Parecía que los dolores le resultaban ya más soportables, así que solo le había inyectado una dosis mínima de calmantes al filo del amanecer. Aquello le aliviaría el dolor, pero no le haría caer en aquel sueño permanente y profundo en el que había vegetado los últimos días. Se notaba que estaba atontado, débil y dolorido, pero, después de todo, no tenía tan mal aspecto.

María y América se acercaron a la cama, desde la cual Gabriel les sonreía visiblemente cansado y aturdido.

—Mira qué guapo está —comentó María, dirigiéndole una mirada cómplice a América.

Ella lo contemplaba como el que ve a un muerto muy querido que acaba de resucitar, entre el asombro y la felicidad plena.

—No está guapo, es que es guapo —la corrigió América, tomándolo de la mano.

Al sentir el calor de su piel, a Gabriel le pareció que el cuerpo le dolía un poco menos.

—No os merezco —dijo él, embargado por la emoción.

María rodeó la cama y le cogió la otra mano.

—¿Cómo te sientes, hijo?

Él se puso la mano sobre el pecho y luego se palpó la cabeza.

—Todavía me duele, pero creo que tengo cuerda para rato.

A pesar de todo, parecía estar de buen humor.

—¿Recuerdas lo que te pasó? —quiso saber América.

Gabriel cerró los ojos con fuerza. Luego, los abrió lentamente y dirigió la mirada al techo blanco de aquella sala aséptica. Por un momento, le pareció estar flotando en una de esas naves espaciales de las películas en las que el protagonista es un cosmonauta solitario. Pero él ya no estaba solo.

—No todo. Sé que te dejé en casa y después fui a dar una vuelta con el coche antes de volver a la mía. No sé por qué lo hice. Estaba feliz y supongo que no quería que aquel día terminase. Fue una estupidez.

—Eso no importa, hijo. Lo importante es que estás bien.

Su madre trataba de contener las lágrimas, pero se le caían a borbotones. Gabriel la miró.

—No llores, mamá —le pidió, mientras le apretaba tibiamente la mano.

María trató de recomponerse y se enjugó las lágrimas. A América también le estaba costando aguantarse, pero tenía la sensación de haber agotado todo su depósito de lágrimas aquella semana. Había llorado tanto que creía imposible que sus glándulas lagrimales pudieran seguir produciendo más humedad.

—Había algo en la carretera, no recuerdo qué.

Trataba de recordar qué era aquel bulto inoportuno que casi le había regalado un billete directo a la otra vida.

—Un jabalí —intervino América.

—Claro. Eso era —asintió él.

América rozó su mejilla con las puntas de sus dedos. Ambos se miraron como dos amantes que se reencuentran después de haber pasado una vida entera sin verse y desean recuperar el tiempo perdido.

—Te quiero mucho —susurró Gabriel, perdiéndose en sus ojos de clorofila.

Ella le respondió bajándose la mascarilla y posando los labios sobre su boca seca. Cuando sus bocas se despegaron, él se sintió revitalizado, como si le hubieran dado una potente descarga de energía. Acto seguido, giró el rostro hacia su madre.

—Mamá, a ti también te quiero mucho. No te celes ¿eh?

Los tres rieron aliviados por primera vez en mucho tiempo.

Había pasado media hora de la visita cuando se les acercó un doctor con unos papeles en la mano. Los saludó muy educadamente y repasó rápidamente con la vista aquellos documentos.

—Estamos muy satisfechos con la evolución de Gabriel. Las pruebas nos han hecho descartar la posibilidad de lesiones graves en su cabeza. Tiene algunos golpes feos, pero, poco a poco, el dolor irá a menos. Vamos a ver cómo evoluciona hoy y, si todo va bien, mañana lo pasaremos a planta.

Le agradecieron la información y se despidieron de él. Todos estuvieron de acuerdo en que aquella era una gran noticia, la mejor que podían recibir después de una semana de locos. Gabriel preguntó por Cristóbal y su madre le dijo que lo más seguro es que viniera por la tarde. Él confesó tener algunos recuerdos borrosos de los días anteriores. Recordaba la voz de su hermano hablándole de los refuerzos con los que el Racing pretendía afrontar el objetivo de no descender la próxima temporada. También haber escuchado a América susurrarle palabras al oído, pero le

resultaba imposible recordar con claridad lo que le decía. Se sonrió al pensar en las veces que ella le acariciaba la mano y lo besaba en la mejilla. De la presencia de su madre, había podido extraer de su memoria el recuerdo de escucharla sollozar y algún que otro beso de despedida en la frente.

Ellas, por su parte, le contaron cómo habían vivido aquellos días: la desesperación y el miedo que sintieron la noche del accidente, las horas eternas de hospital esperando poder entrar a verlo, la ansiedad en sus pechos cada vez que un médico se les acercaba para darles las últimas novedades, la impotencia de verlo día tras día con los ojos cerrados. Los tres coincidieron en afirmar que lo peor ya había pasado y que todo aquello quedaría pronto atrás, como un vago recuerdo de algo que nunca debió suceder.

Una enfermera se levantó tras la mesa de control. María se giró y comprobó en el reloj que colgaba de la pared que ya se había cumplido el tiempo de la visita. Se le había pasado volando; si hubiera tenido que apostar algo, hubiese dicho que solo habían estado allí unos escasos diez minutos.

—Tenemos que irnos —señaló, claramente apenada.

América asintió.

—No sé si decirles a las enfermeras que me vuelvan a chutar un poco de ese sedante.

Ambas lo miraron preocupadas, pensando que el dolor se le había vuelto insoportable de nuevo.

—Es que ahora que estoy despierto, ¿qué voy a hacer aquí todo el día? ¡Me voy a aburrir como una ostra! —aclaró él.

—Desde luego, hijo, tienes un humor más raro…

Se despidieron de él cariñosamente y su madre le dijo que avisaría a Cristóbal de que, por fin, se había despertado. Lo más probable era que quisiera verlo esa misma tarde. Aún no tenían claro si lo acompañaría María o América, pero, en cualquier caso, lo decidirían después de comer. Él no dijo nada al respecto, aunque, en el fondo, deseaba que fuera América la que viniera a visitarlo de nuevo. Sabía que quizás no les quedaba demasiado tiempo juntos y no quería dejar de compartir ni un minuto de su vida con ella. Le amargaba bastante el hecho de pensar que tenía por delante un montón de horas sin poder sentirla cerca. Trataba de consolarse pensando que, al día siguiente, seguramente ya podría recibirla en una habitación donde las visitas no estaban tan limitadas. Y, después de todo, ¿quién era él para decirle a su madre, carne de su carne, a la que le debía tanto en la vida, que prefería que le cediera su lugar a una recién llegada?

Las dos mujeres habían bajado a la cafetería del hospital. María había aprovechado para llamar a Cristóbal, pero no le cogió el teléfono. Supusieron que estaría demasiado ocupado en el trabajo, así que María optó por enviarle un mensaje de texto contándole la gran noticia del día.

Se tomaron su tiempo para decidir qué iban a pedir para comer. Al fin y al cabo, no era un día cualquiera; tenían mucho que celebrar. Se decidieron por una buena milanesa con patatas fritas, un poco de ensalada y unas croquetas de jamón. Se sentían tan aliviadas que hasta se permitieron el lujo de pedirse un postre, algo que no se les había ocurrido hacer ninguno de los días anteriores. América se tomó un flan con nata y María unas natillas caseras, que le sirvieron con una galleta encima y abundante canela en polvo. Eran las cuatro y veinte cuando consiguieron terminar la copiosa comida. Comentaron lo llenas que se sentían y, aunque estaban de acuerdo en que todo estaba muy bueno, coincidieron también en que habían sido demasiado optimistas con la capacidad de sus estómagos para poder digerir todo aquello.

—Mira, ahí viene Cristóbal —comentó María, mirando a través de la cristalera de la

cafetería.

Alguien debía de haberlo traído, pues vieron que se bajaba de un coche conducido por una mujer. Él se despidió de la joven conductora con una sonrisa bobalicona pintada en el rostro. Luego, cerró la puerta y se dirigió hacia la puerta de entrada de la cafetería con gesto feliz. Les pareció que venía silbando la melodía de alguna alegre canción. María y América se miraron sorprendidas.

—¿Esa no era Clara? —se extrañó América con los ojos fijos en el coche que se alejaba.

—Juraría que sí.

Ambas se dirigieron una mueca de asombro.

Cristóbal acababa de entrar y las saludó desde la puerta.

—Así que el lirón ya se despertó —bromeó al llegar a la altura de su mesa.

Le relataron todo lo que había pasado en la sala de la UCI y se alegró mucho al oír que su hermano había podido escuchar algunas de las cosas que le había dicho mientras estaba sedado. Comentó que había leído una vez que, aunque parezca que la gente que está en ese estado no escucha ni siente nada, en realidad, sí lo hacen. Por eso, es importante hablarles, para hacerles sentir que no están solos y que hay alguien a su lado que se preocupa por ellos. De otra manera, vivirían aquel trance con una angustia tremenda.

—Estás contento ¿verdad, hijo?

Cristóbal abrió los brazos para dar a entender que aquella pregunta tenía una contestación demasiado obvia. Parecía un niño grande, con aquella cara tan ufana que le asomaba por encima de aquellos hombros anchos.

—¿Por qué no iba a estarlo? Mi hermanito por fin ha vuelto del más allá.

Su madre lo miró como lo hace una madre cuando está a punto de hacer alguna cuestión cuya respuesta ya intuye.

—¿Solo por eso?

A América se le escapó la risa floja. Cristóbal la miró sin entender nada.

—¿De qué va todo esto?

—Nada, hijo. Cosas nuestras.

A María, su sonrisita cómplice la delataba.

—Estáis muy raras, pero vosotras sabréis —zanjó él.

Se encogió de hombros y se fue a la barra a pedir un café con hielo. El verano estaba ya a las puertas y parecía decidido a entrar con todo su esplendor en aquel rincón verde de la península. Aunque las temperaturas no eran tan elevadas como en otros lugares del país, aquel día se superaban sobradamente los veinte grados. Un viento débil y cálido, unido a la humedad de la costa, hacía de aquel lugar una auténtica sauna.

América aprovechó para sacar su móvil y comprobar sus mensajes. Laura le había escrito para preguntarle por Gabriel. Aunque seguía sin ser santo de su devoción, lo del accidente había conseguido ablandarla un poco. No se habían visto mucho en los últimos días, pero hablaban todas las noches antes de acostarse. América descargaba su frustración y aliviaba sus miedos con ella y Laura la escuchaba y trataba de animarla diciéndole que Gabriel se recuperaría más pronto que tarde. Puede que no fuera muy partidaria de aquella relación, pero había entendido, al fin, que era lo que América deseaba. Después de todo, pensaba, es lo que se supone que debe hacer una amiga. Aunque le había costado aprender la lección, se consolaba repitiéndose que valía más tarde que nunca.

Contestó al mensaje de su amiga poniéndola al día de lo que había ocurrido y luego abrió el chat con Gabriel. Allí repasó rápidamente todos los mensajes que le había ido enviando mientras

había estado sedado. Cada día le escribía relatándole cómo le había ido el día y todo lo que había hecho; también le contaba las cosas que se le pasaban por la cabeza, incluidos sus miedos y deseos más profundos; y, por supuesto, le subrayaba lo mucho que lo echaba de menos y lo mucho que lo quería. Decidió añadir otro mensaje.

«Mira el móvil, tonto».

Se dio cuenta de que el mensaje no le entraba. De hecho, ninguno de los mensajes que le había enviado durante la semana le había llegado y especuló con la idea de que quizás el aparato se había estropeado por el accidente y no los leería nunca. Le quitó importancia a aquel hecho y se dijo que, si su hipótesis era cierta, ya le enseñaría todo lo que le había escrito en su propio teléfono.

Justo en ese momento, Gabriel pulsaba el botón de encendido. Después de que su madre y América abandonaran la habitación a las dos de la tarde, se había preguntado dónde estaría su móvil. Faltaban todavía tres horas para que los siguientes visitantes entraran por la puerta de la UCI, así que tenía que entretenerse con algo. Preguntó por él a una de las enfermeras de la sala y resultó que alguien lo había guardado en un cajoncito de la mesita de metal que estaba situada al lado de la cabecera de su cama. Ni siquiera sabía si aquel trasto había podido sobrevivir al golpe. La pantalla estaba estallada y los botones selectores del volumen se habían aflojado peligrosamente. Le pidió a la enfermera si podía conseguirle un cargador y, a los diez minutos, se lo trajo y se preocupó por enchufárselo a la corriente. De vez en cuando, Gabriel había estado pulsando el botón de encendido con la esperanza de que el aparato se pusiera en marcha o diera algún signo de vida. Hasta aquel momento, ninguno de sus intentos había tenido éxito. Sin embargo, justo en ese instante, el teléfono reaccionó y consiguió arrancar el sistema. Milagrosamente, la pantalla táctil seguía funcionando, aunque algo debía de haberse movido por dentro, porque no era capaz de reproducir acertadamente los colores. Aun así, todavía podía utilizarse si uno se acostumbraba a aquella macedonia de tonalidades mal mezcladas que salpicaba la pantalla. Introdujo el PIN de su teléfono y, al poco tiempo, una lluvia de mensajes le inundó la mirada.

Abrió la aplicación de mensajería y sonrió al comprobar que la mayoría de ellos era de América. Había algunos de sus compañeros de trabajo, lamentando lo ocurrido y deseándole una pronta recuperación. Decidió no perder el tiempo con aquellos mensajes de personas a las que, en realidad, apenas conocía y abrió el chat de América. Ante él se desplegó una retahíla de misivas que calculó que le llevaría un buen rato leer. Deslizó el dedo por la maltrecha pantalla para leer el último de ellos. Se le iluminó la cara y una sonrisa se le asomó al rostro una vez más. Ya se disponía a escribirle una réplica ingeniosa, cuando vio entrar a Cristóbal y a su madre vestidos como si fueran a operar a alguien a corazón abierto. Apuró a teclear sobre la pantalla del móvil y le dio a enviar justo cuando llegaban a su lado.

«Acaban de entrar dos marcianos en la sala y creo que quieren abducirme. Leeré tus mensajes cuando me dejen volver a la Tierra. Te quiero, boba».

20
Bajo la tormenta
No todo es lo que parece

El cielo encapotado amenazaba tormenta y no tenía intención de ocultarlo. Aquellos nubarrones negros se amontonaban furiosos y parecían dispuestos a enseñar sus dientes en cualquier momento. El día había amanecido extraño, como si no se decidiera entre permitir que los habitantes de la zona pudieran disfrutar de un magnífico día de playa o, por el contrario, hacerles sudar contemplando un rabioso diluvio a través de las ventanas de sus casas. Finalmente, parecía que se había decantado por la segunda opción, aunque todavía las nubes no se habían atrevido a precipitar su carga sobre las cabezas de aquellas gentes.

Se cumplían dos semanas desde que Gabriel casi se había dejado la vida en una carretera que conocía como la palma de la mano. Ahora, estaba allí, saliendo por la puerta del hospital, agarrado del brazo de América y muleta en mano. Todavía cojeaba ostensiblemente y necesitaba algún apoyo para poder caminar. Tras ellos, con el aspecto de un guardaespaldas de elevado caché, caminaba su hermano. María iba delante y parecía que su tarea era la de irles despejando el camino, pues miraba a un lado y a otro a cada paso que daba. Nada más salir, el bochorno les azuzó la piel de la cara. La comitiva se detuvo.

—¿Y ahora qué? ¿Quieres ir a casa, hijo? ¿O prefieres quedarte unos días conmigo?

María esperaba una respuesta de su primogénito, que no tardó en llegar.

—Aún no lo pensé, mamá. De momento, lo que más me apetece es ir a ver el mar —contestó, dirigiendo la mirada hacia América. La vio sonreír.

—Si no te importa, María, te lo robo un rato —convino ella.

No puso objeción ninguna a su plan. Solo les pidió que tuvieran cuidado y que no se les ocurriera ir a ningún sitio donde su hijo pudiera recaer de alguna de sus lesiones. También les aconsejó que no tardaran demasiado, ya que la tormenta parecía estar a punto de desatarse. Acto seguido, se despidieron y Cristóbal se fue con su madre. América y Gabriel vieron cómo, sentada sobre el capó del coche, los esperaba Clara. Gabriel miró a América como si estuviera presenciando una escena de alguna película surrealista.

—¿Y esto? ¿Qué hace Clara ahí? No os habrá estado molestando ¿verdad?

Ella se rio y le acarició la mejilla.

—Creo que para tu hermano no es lo que se dice una molestia.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—Pero ¿qué me quieres decir? ¿Esos dos están juntos?

—Si no lo están, les falta poco. Al final, parece que Clara va a conseguir conquistar el corazón de un Pereira.

Terminó de decir aquello y le sacó la lengua. Esperaron a que los tres se metieran en el coche y comenzaron a caminar a paso de tortuga. Tardaron casi veinte minutos en llegar al vehículo de América, pero no les importó lo más mínimo. Sentirse cerca de nuevo, fuera de aquel lugar que había sido su residencia durante dos semanas, respirando juntos uno al lado del otro, les hizo sentirse vivos de nuevo.

América cogió la muleta, la tiró en los asientos de atrás y luego ayudó a Gabriel a meterse en el 600. Desde luego, no era un coche pensado para facilitarle la vida a un lisiado y así era justo como él se sentía en aquel momento. Después de soltar un par de quejidos, a los que

ella respondió con sorna, consiguió acomodarse en el asiento del copiloto.

—Creo que será mejor no alejarse mucho. En cualquier momento, nos puede caer una buena encima. ¿En qué habías pensado?

—Vamos a San Jorge.

América frunció el ceño. No estaba segura de si aquello que le estaba proponiendo Gabriel era la mejor idea. Para llegar a aquella playa, tenían que pasar por el lugar donde se había accidentado. Temía que aquello le pudiera activar algún mecanismo nocivo en su mente que retrasara su recuperación.

—No sé, Gabi. ¿Seguro que quieres volver allí tan pronto?

—Claro. Quiero ver si puedo encontrarme con el jabalí de nuevo y agradecerle que, gracias a su pequeña excursión nocturna, ahora tengo una chófer tan guapa como tú.

Ella lo miró con los ojos caídos, como si estuviera observándolo por encima de unas gafas invisibles.

—Los médicos se equivocaban. Ese golpe en la cabeza te dejó más tonto de lo que estabas.

Arrancó el coche y salieron del aparcamiento sin demasiada dificultad. Ella se había convencido de que no valía la pena llevarle la contraria a Gabriel. Había pasado dos semanas durísimas, recuperándose de un golpe horrible, y aquel día estaba dispuesta a cumplir todos sus deseos. Se lo merecía.

Avanzaron varios cientos de metros por la carretera de Catabois en dirección al centro de Ferrol, pero se desviaron a la derecha antes de llegar a la Plaza de Canido. El 600 serpenteó descendiendo la carretera hacia el estadio de A Malata. Un par de giros después, se encontraban recorriendo en paralelo el paseo marítimo que bordeaba aquel pequeño trocito de la ría de Ferrol. Tomaron un par de pequeñas rotondas que parecían de juguete y notaron que al coche le costaba subir la prolongada cuesta que ascendía hasta Montecoruto.

—¿Qué me han dado en el hospital mientras dormía? Me debieron de cebar sin que me enterara, porque parece que este trasto no puede con mi peso.

Gabriel decía aquello palmeando con gracia el salpicadero del coche. Aunque había perdido la cuenta de la cantidad de puntos que le dolían en todo su cuerpo, estaba de muy buen humor. América entró en su juego y le aseguró que su madre y ella le habían estado sustituyendo el suero de las bolsas por cerveza. Llegaron a otra rotonda y tomaron el desvío hacia San Jorge. Cuando se disponían a afrontar aquella maldita curva, América vio de reojo que se ponía tenso.

—Aquí fue —indicó él, serio. Ella asintió.

Cuando salieron de la curva, Gabriel señaló algún punto indeterminado de la carretera.

—Ahí en medio me lo encontré. Si te digo la verdad, ni siquiera me di cuenta en el momento de lo que podía ser ese monstruo. Cuando me dijiste lo del jabalí, me pareció obvio, pero, en aquel instante, creo que hasta pensé que se trataba de algún monstruo que se había escapado de alguna película de terror.

América agarró el volante con fuerza de manera instintiva, como si pensara que aquella bestia estaría aún agazapada entre los árboles, esperando el momento preciso para volver a hacer una aparición estelar. Nada de eso pasó. Recorrieron aquella recta en silencio, cada uno lidiando con sus propios pensamientos. Él pensaba en lo extraña que puede resultar la vida a veces. Una decisión nimia, aparentemente sin importancia, podía cambiarlo todo. Si no hubiera encontrado aquel disco de su madre en la guantera de su coche, seguramente hubiera seguido buscando y quizás, cuando hubiera salido de aquella curva, el jabalí ya estaría al otro lado de la carretera o se habría perdido entre los eucaliptos. Más aún, si se hubieran demorado un poco más o hubieran

decidido acortar unos minutos el paseo de aquella tarde, seguramente ni se habría encontrado con el animal. Si solo se hubiera detenido un par de minutos más en algún semáforo o en alguna rotonda, todo aquello no habría pasado.

¿Y qué decir del protagonista de la película? ¿Acaso no tenía otro lugar donde estar aquella noche, en aquel preciso momento? Con que se hubiera entretenido un poco rebuscando frutos o raíces que echarse a la boca unos metros más atrás, habría sido suficiente.

Gabriel pensaba también que la vida era cuestión de centímetros. Si hubiera tenido que aparcar su coche unos cuantos centímetros más adelante o más atrás cuando dejó a América en casa, quizás hubiera tenido que maniobrar un poco más o un poco menos y habría evitado aquel desagradable encuentro nocturno. Si su pie derecho hubiera estado un par de centímetros más cerca del freno, tal vez habría podido evitar el violento volantazo que se vio obligado a realizar. Y, sobre todo, si el golpe de su cabeza se hubiera producido en otra zona, tan solo unos pocos centímetros más allá de donde en realidad fue, muy posiblemente no estaría ahora sentado en aquel coche con América. Aquella reflexión le hizo darse cuenta de que todas aquellas cosas no podían ser solo fruto de la casualidad. Le pareció demasiado absurdo para ser cierto. Aquello le hizo reafirmarse en la decisión que había tomado pocos días antes del accidente y que hoy pensaba hacer realidad.

Ella, por su parte, especulaba sobre cómo habría sido su vida sin Gabriel. ¿Qué hubiera pasado si no se hubieran conocido? Se habría perdido tantas cosas… ¿Habría conocido a otra persona mejor? Le parecía imposible pensar que hubiera alguien más maravilloso que él. ¿Qué habría hecho si aquel accidente hubiera resultado ser mortal? Rezar, rezar y rezar para intentar entender el por qué. Afortunadamente, no tendría que responder nunca a aquellas preguntas.

—Hay una cosa que acabo de recordar.

Con aquellas palabras, Gabriel se había encargado de disipar el silencio. Ella lo miró brevemente y volvió a concentrarse en la carretera. Esperaba que él continuara la conversación que había iniciado.

—Quiero decir, del hospital —aclaró él.

—¿Del tiempo que estuviste sedado?

Lo había preguntado sin apartar la vista de la carretera. Aunque había recorrido aquella ruta sinuosa bastantes veces, prefería concentrarse lo máximo posible en trazar aquellos giros correctamente. Por el rabillo del ojo, vio que Gabriel asentía a su lado.

—Sí, recuerdo que os oí rezar. No recuerdo muy bien si fue una o varias veces. Todavía lo tengo todo un poco difuso.

Ella pisó el freno antes de afrontar otra curva. Esperó a que el coche encarara una pequeña recta antes de contestar.

—Tu madre y yo lo hacíamos todos los días, un ratito. Pedíamos por ti.

Se quedó pensativo.

—Supongo que tengo que agradecéroslo.

América solo giró la cabeza hacia él, le dedicó una fugaz sonrisa y se encogió de hombros aferrando fuerte el volante.

Unos minutos más tarde, las ruedas del viejo 600 levantaban una nube de polvillo marrón al pisar la explanada que servía de aparcamiento a los veraneantes. Aquel día estaba prácticamente vacío. Había algunas autocaravanas con matrículas extranjeras, sobre todo, francesas y alemanas, y apenas una decena de coches repartidos sin orden ni concierto a lo largo y ancho de aquella superficie polvorienta. Aunque era verano, el día no invitaba a acercarse a la costa. Todo hacía presagiar que no faltaba demasiado para que la tormenta rompiera las cadenas

que, hasta ese momento, la habían mantenido presa. América elevó la vista a través del parabrisas del coche.

—¿Estás seguro de que quieres salir?

—Un ratito. Damos un paseo corto y volvemos —propuso él con un inusitado optimismo.

—Como quieras, pero que sepas que, como te cojas un resfriado, tu madre me mata por haberte traído aquí —repuso ella pasándose el dedo a modo de cuchillo por la garganta, a la vez que cerraba los ojos y sacaba la lengua.

Gabriel soltó una carcajada.

—Ya vi en el hospital lo bien que os lleváis, así que no creo que eso sea una posibilidad.

Salieron del coche. Ella le acercó la muleta que había arrojado de cualquier manera sobre los asientos de atrás del coche. Luego le ofreció el brazo y él lo aceptó con una sonrisa. Desecharon la idea de caminar sobre la arena. Habría sido un tormento para las piernas doloridas de Gabriel, así que decidieron tomar un camino de piedras que separaba la zona de dunas de una planicie arenosa salpicada de hierbas.

—¿En qué piensas? —le preguntó al percatarse del aire ausente con el que caminaba ella.

Una decena de pasos después llegó la respuesta de América.

—Estaba pensando en lo curioso que es lo que acaba de pasar.

Él detuvo sus pasos, en parte con la intención de escuchar mejor lo que iba a decir, en parte porque le molestaba bastante la pierna izquierda. También sentía un incipiente dolor en el brazo con el que hacía fuerza sobre la muleta. Aun así, no quiso decir nada al respecto y solo le indicó con la cabeza a América que aguardaba algún tipo de explicación sobre la frase ambigua que acababa de pronunciar. Ella pareció estar buscando la forma adecuada de poner sus pensamientos en orden antes de continuar.

—Me refiero a que siempre dimos por hecho que sería yo la que se marcharía antes. Aquella noche, después de que Clara me llamara y me diera cuenta de que podía perderte, entendí de verdad lo que tuviste que sufrir cuando perdiste a Beatriz.

La miró en silencio. No quiso interrumpirla, aunque el hecho de saber que había sido Clara la que le había dado la noticia lo había dejado atónito. Ella siguió hablando.

—También fui consciente de lo mucho que tienes que quererme como para estar dispuesto a pasar por lo mismo otra vez. Casi te pierdo, Gabi, y no puedo imaginarme lo que uno puede sentir al tener que decir adiós a la persona que ama.

Se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar. Él soltó la muleta y la abrazó. El dolor de la pierna se le hizo casi insoportable, como si un perro de presa rabioso le estuviera desgarrando la piel y los músculos. Apretó los dientes y recorrió el lóbulo de su oreja con los labios. Después, le dio un beso en la mejilla e inclinó la cabeza hacia atrás para verla mejor.

—No quiero que llores, Ame —le dijo en un susurro mientras le secaba las lágrimas.

—Lo sé. Acabas de salir del hospital y yo me pongo a montar una escenita.

Él negó con la cabeza.

—No te preocupes, no estás montando ninguna escena. Te entiendo perfectamente.

Un latigazo del dolor más agudo que nunca había experimentado le hizo doblar la rodilla. Ella reaccionó a tiempo para sujetarlo por las axilas para que no se fuera al suelo, aunque casi terminan los dos mordiendo el polvo. Consiguió incorporarse a duras penas. América se dio cuenta entonces de que había soltado la muleta y se agachó a recogerla, como si una fuerza invisible y poderosa la empujara súbitamente por detrás.

—Lo siento. No quería que te hicieras daño. Soy una boba, ¿verdad?

Se apoyó en la muleta y notó que el perro rabioso que se había aferrado a su pierna

aflojaba un poco los dientes.

—Sí, tienes razón. Eres una boba, pero no una cualquiera. Eres mi boba.

Alargó el brazo que no tenía apoyado en la muleta y le puso la mano en la mejilla. Le deslizó el dedo índice entre las pecas, continuó por sus labios y terminó en aquel curioso lunar de su barbilla.

—¿Quieres volver al coche?

Estaba verdaderamente preocupada por él. Verlo retorcerse de dolor frente a ella la había impactado. Además, el ambiente se estaba cargando peligrosamente y notaba una pesadez en la cabeza que hacía presagiar que aquellos nubarrones estaban a punto de estallar.

—Aún no.

No quería contrariarlo, pero, al mismo tiempo, le parecía extraña la insistencia de Gabriel en continuar aquel paseo. Intentó convencerse de la posibilidad de que la tormenta todavía se retrasase un rato. Al fin y al cabo, él no parecía demasiado preocupado, así que continuaron caminando pausadamente. Habían llegado a una zona donde el camino se estrechaba y quedaba cercado por ambos lados por varias hileras de juncos. Decidieron dar la vuelta, ya que, además, el terreno era allí más inestable. Las ondulaciones y agujeros que se esparcían por la angosta senda que se abría ante ellos no les parecieron nada recomendables para las piernas de Gabriel.

Cuando estaban a medio camino y ya veían el coche, sintieron que algo golpeaba con fuerza sus cabezas. Unas pesadas gotas comenzaban a caer de aquel cielo totalmente cubierto de un gris que rozaba la negrura. No podían decir que no habían tenido las suficientes señales como para preverlo. América quiso apurar el paso, pero él la frenó y ella pensó que la pierna volvía a importunarle. La extrañó verlo allí parado con una sonrisa disimulada en el rostro.

—¿Puedes hacerme un favor?

Aquella petición la cogió por sorpresa.

—¿Qué quieres, Gabi? Está empezando a llover y nos vamos a poner perdidos. No te conviene nada ponerte malo ahora —objetó ella, moviéndose entre la impaciencia y la preocupación.

Él señaló un matojo de aquellas hierbas que crecían al borde del camino. Su tallo era bastante duro, pero flexible. Algunas de ellas estaban secas, pero otras conservaban un verde resplandeciente.

—¿Puedes cogerme una de esas hierbas?

No entendía nada de lo que le estaba pidiendo. Cada vez llovía con más fuerza y sus ropas comenzaban a empaparse con aquellas gotas gordas y frías que el cielo arrojaba sin compasión sobre sus cabezas. Se le pasó por la mente si acaso Gabriel no estaría experimentando algún efecto secundario del accidente. Se cuestionó si, después de todo, aquel golpe en la cabeza le habría dejado secuelas. Aquel comportamiento anormal e incomprensible la inquietaba. Valoró tratar de razonar con él y hacerle entender que nada de aquello tenía sentido, pero le pareció que era mejor seguirle el juego y terminar cuanto antes con aquella repentina locura.

Se agachó y tiró con fuerza de uno de aquellos manojos que brotaban del suelo arenoso. Consiguió extraer un par de hierbas, que se le quedaron entre los dedos. Una de ellas estaba seca y América notó que algunas astillas se le habían quedado incrustadas en la piel. No dijo nada, esperando que Gabriel le dijera qué hacer con ellas.

—Solo necesito una. Dame la que está verde, por favor.

Ella dejó caer la brizna seca y le ofreció la que quedaba.

—De verdad, no sé lo que te pasa ni lo que pretendes y me estás asustando. Sea lo que sea, hazlo ya, porque este diluvio va a acabar con nosotros.

En verdad, ella había comenzado a temblar, en parte porque el agua empezaba a calarle los huesos, en parte porque temía que Gabriel estuviera sufriendo algún tipo de enajenación fruto del impacto de hacía dos semanas. Pensó que hubiera sido mejor llevarlo directamente a casa de su madre y se sintió terriblemente culpable de haberlo conducido hasta aquel sitio. Mientras tanto, Gabriel parecía estar enredando aquel trozo de hierba entre sus dedos, con el aspecto de un niño juguetón. Verlo haciendo tal cosa solo acabó por convencerla de que, efectivamente, se le había ido la cabeza.

De pronto, Gabriel esbozó una sonrisa satisfecha. Había conseguido formar una especie de aro pequeño trenzando la hierba. La tomó de la mano. Ella lo miraba como si estuviera ante un hombre que hubiera conocido cinco minutos antes. No comprendía nada. Vio cómo él inclinaba la cabeza con ademán caballaresco, en una especie de reverencia.

—Me arrodillaría, pero creo que mis piernas no estarían muy de acuerdo con esa idea. Temo no poder levantarme de nuevo y sería una pena estropear un momento así por esa tontería.

América negaba con la cabeza.

—¿Qué dices, Gabriel? ¿Se puede saber qué te pasa? ¡Vámonos ya, por favor! ¿No ves que nos vamos a enfermar?

Parecía realmente desesperada y, a pesar de todo, él no dejaba de sonreír. Le besó la mano y, después, haciendo un verdadero ejercicio de arte de sombras chinas con los dedos, consiguió deslizarle aquel anillo verde que acababa de fabricar en su dedo anular.

—América Castro, ¿quieres casarte conmigo?

Ella casi se cayó de espaldas. De repente, dejó de importarle aquella lluvia impertinente y furiosa que no cesaba. No le importó, tampoco, que su vestido azul celeste y ya encharcado se le estuviera pegando al cuerpo.

—Sí, quiero.

Y estalló en unas copiosas lágrimas que parecían querer hacerle la competencia a aquel diluvio incesante que los calaba. Sentía el calor de las lágrimas correr por sus mejillas, deshaciendo el frío que se le había pegado a la cara. Él la besó con pasión y estuvo a punto de volver a perder la muleta que lo sujetaba al suelo, como un tronco que cuida de sus ramas agitadas por el viento.

—No puedes decir que no tengo buen gusto para escoger anillos. Creo que es el único que hace juego con el color de tus ojos.

Ella rio, con la cabeza hundida en su hombro y aferrada a él con la fuerza de un titán. Sus manos frías agarraban con fuerza la camisa de Gabriel, por la que se deslizaban, como a través de una canaleta, auténticos chorros de agua helada. Permanecieron abrazados bajo aquella lluvia torrencial un rato largo, ajenos a todo, desafiando imprudentes a aquel cielo que pocas veces había parecido tan enfadado.

Cuando se dieron cuenta de que se habían convertido en dos trapos mojados, despegaron sus cuerpos y volvieron al coche lo más aprisa que pudieron. Ya dentro, se buscaron los labios ávidamente y se dieron el beso más largo que uno puede imaginar. Después, se contemplaron mutuamente, con el brillo en los ojos. A América, el pelo rojo se le había oscurecido por la lluvia y parecía ahora haber adquirido un tono color cereza que a Gabriel le pareció ideal. Parte de sus rizos se le habían pegado a la frente y las pecas le brillaban por el agua depositada en sus mejillas. El cabello de Gabriel se había sombreado también, pasando del castaño oscuro a un negro profundo. Notaba los pelos de su flequillo adheridos a su frente y la ropa le pesaba como si se hubiera enfundado alguna aparatosa armadura medieval.

—Definitivamente, estás loco, Gabriel Pereira —afirmó ella, mientras introducía la llave

en el contacto y el viejo coche empezaba a zarandearse al ritmo tortuoso de aquel motor.

—Loco por ti —añadió él.

Hicieron el camino de vuelta muy despacio y se divirtieron intentando averiguar la cara que pondría María al verlos entrar de aquella guisa, totalmente empapados y con los dedos de sus pies chapoteando dentro de los zapatos. Ni siquiera prestaron atención a las marcas de freno grabadas a fuego y todavía visibles sobre el asfalto que había dejado el coche de Gabriel en la carretera aquella noche que amenazó con hacer saltar todo por los aires antes de tiempo. Hablaron, también, de cómo organizar aquella celebración que ambos acababan de escribir con tinta de oro en sus respectivas agendas. Sabían que no podían demorarse mucho y que el tiempo jugaba en su contra. A pesar de todo, no dejaron que aquel pensamiento ni aquella carretera maldita, ni siquiera la tormenta, ennegreciera sus corazones. Aquel día, solo querían sentir que vivirían para siempre.

21

Dos años después

El mundo sigue girando. Otro mundo

Se cumplían dos años exactos desde que América se había marchado, en una fría tarde de otoño, un mes de noviembre especialmente lluvioso. Sin embargo, aquel día relucía el sol y la temperatura era agradable para aquella época del año. Era casi la hora de comer y el cementerio estaba prácticamente vacío.

Gabriel miraba en silencio aquella placa y leía una y otra vez aquel nombre, como si haciendo aquello pudiera traer su imagen más nítidamente a su memoria. Recordó con una sonrisa el día en que se habían unido en matrimonio. Fue solo un par de meses después de que ambos se cogieran el resfriado de sus vidas, una tarde en la que el sol brillaba sin quemar, en la Iglesia de San Rosendo de Ferrol, no muy lejos de la casa familiar de los Castro. América estaba preciosa, con aquel vestido blanco de corte de sirena. Frecuentemente, bromeaba con ella que aquel fue el único día de su vida que la vio bien peinada. Él había escogido un traje negro de corte italiano, una camisa blanca y una corbata azul oscura. No dudaba en calificarlo como uno de los dos mejores días de su vida.

El otro era el día en que había nacido África, un milagro dentro de otro milagro. El mismo día en que pudieron entregarse el uno al otro, aquella noche de bodas que pasaron en una pequeña casa rural no muy lejos del lugar del convite, se engendró una vida. Los médicos pensaban que la cardiopatía de América convertía aquel embarazo en una apuesta de altísimo riesgo. No fueron nada optimistas con su pronóstico y hasta tenían serias dudas de que pudiera completarse. Creían que ella se iría antes, con su bebé en el vientre, o quizás su propio cuerpo, por puro instinto de supervivencia, arrojaría al bebé a un mundo para el que todavía no estaba preparado. Los más optimistas aseguraban que América tenía muchas probabilidades de morir durante el parto.

Nada de eso pasó. Es más, América había podido ser parte de la vida de la pequeña África casi medio año. Había superado todas las expectativas y los pronósticos más optimistas de los doctores, con una determinación y una actitud que a Gabriel le costaba comprender. Frecuentemente, pensaba que, si le hubiera tocado a él estar en su posición, se habría hundido en lo más profundo del pozo de la desesperación. Ella, sin embargo, aguantó la sonrisa hasta el final. Cuando se marchó, agarrada a su mano, todavía tuvo tiempo a decirle lo mucho que lo quería y aún añadió aquellas palabras que nunca podría olvidar: «Cuídala, porque es lo más bonito que hemos creado juntos». Después, sin perder la sonrisa, cerró los ojos y se sumió en un profundo sueño del que nunca más despertó.

Se acercó a la lápida y pasó la mano suavemente por encima de la piedra. No había sido fácil despedirse de ella. Aunque uno sepa que algo así va a pasar, aunque le parezca tener asumido que aquel momento va a llegar tarde o temprano, nunca se está preparado totalmente para decir adiós a alguien con el que te has unido de tal forma que, cuando te deja, es como si te arrancaran una parte de ti mismo. Así se sintió Gabriel el día que se fue, como si del corazón se le hubiera desgajado un pedazo y supiera que nunca lo recuperaría. La herida podía sanar, sí, quizás incluso cicatrizar, pero aquella porción nunca volvería.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo un papel doblado. Lo colocó entre los tallos de los crisantemos que emergían en una explosión de color amarillo desde el interior del

florero del nicho. Era una carta.

Mi querida Ame,

Otro año más estoy aquí, en el lugar que ya siempre será mi casa, porque donde tú estés, ese será mi hogar. Hace dos años que te fuiste y no hay ningún día que no me levante añorando tu rostro sereno sobre la almohada. Nunca te lo dije, pero, muchas de aquellas mañanas, abría los ojos con el temor de que me hubieras abandonado en mitad de la noche. Por eso, cada día, al despertarme, acercaba mi cara a la tuya para sentir tu respiración y asegurarme de que seguías conmigo. Entonces, me hacías el hombre más feliz del mundo. No puedes decirme que te llamaba dormilona sin razón. A veces, creo que lo hacías a propósito y que realmente fingías dormir para que siempre me tocara a mí preparar el desayuno.

Este año ha sido muy importante para nuestra África. Te hubiera gustado tanto verla dar sus primeros pasos y haberle escuchado decir su primera palabra… ¿Sabes cuál fue? Mamá. Te juro que es verdad. Un día miró nuestra foto sobre el mueble del salón, la señaló y dijo «mamá». Creo que, en realidad, me estaba preguntando por ti y por qué hace tanto que no estás con nosotros. Todos me están echando una mano con ella. Nuestras madres se han hecho amigas íntimas con la excusa de la niña y aprovechan cualquier momento para sacarla de paseo y charlar de sus cosas. Cristóbal y Clara también ponen de su parte. Se quedan con ella cuando yo tengo que hacer algunos recados o, simplemente, cuando necesito desconectar un rato de este caos en el que se ha convertido mi vida.

No me malinterpretes, Ame. Adoro este caos. No cambiaría ninguna de nuestras decisiones. Es genial poder tener un trocito de ti en mi vida. De alguna manera, te veo vivir en esos ojazos verdes de nuestra pequeña. Sin embargo, no puedo evitar echarte de menos y desear que estuvieras aquí con nosotros. Creo que es la primera vez que te lo digo, pero a veces llegué a pensar que nunca te irías. ¡Todo iba tan bien, amor…! El embarazo, el nacimiento de África, sus primeros tres meses con nosotros. Casi llegué a olvidarme de esa amenaza, que tú llamabas la espada de Damocles, que pendía sobre nuestras cabezas. Y entonces, llegó aquel mazazo, aquella repentina recaída y los casi tres meses de hospital hasta que tu corazón no pudo aguantarlo más. Pero no voy a ponerme sentimental, porque sé que, si estuvieras aquí, me dirías lo tonto que soy. Te prometo que voy a seguir adelante y que voy a hacer que estés orgulloso de mí como padre. La verdad es que tengo mucho ganado, porque creo que África ha salido a ti. Eso hará mucho más fáciles las cosas.

Se me olvidó decírtelo antes. Cristóbal y Clara se van a casar el próximo verano. Ya están organizando la boda y a veces temo que no lleguen vivos al día de la ceremonia. No paran de discutir por cualquier pequeño detalle de la organización. Sin embargo, creo que están hechos el uno para el otro, porque, al poco rato de estarse tirando los trastos a la cabeza sin piedad, vuelven a parecer dos adolescentes enamorados. Si ellos se entienden, ¿quién soy yo para decirles nada? La verdad es que me alegro mucho por ellos. ¿Te acuerdas cuando nos dijeron que se habían dado cuenta de que se habían enamorado? Creían que nadie se había percatado de que la atracción que sentían el uno por el otro era más que evidente. Se quedaron de piedra cuando les dijimos que ellos mismos debían de haber sido los últimos en enterarse.

Laura sigue como siempre, de flor en flor. No sé cuántos novios ha tenido ya en estos dos años. Por su cumpleaños, le regalé una agenda y le dije que era para que la usara para ir anotando en ella su lista de ligues. Creo que no le pareció demasiado bien, porque me la tiró a la cabeza. Por si tienes dudas, eso fue lo que ocurrió literalmente; no estoy

exagerando nada. Aun así, nos llevamos bien. Ya sabes el tipo de relación que tenemos. Siempre picándonos el uno al otro, pero con cariño. Es una buena chica y espero que, en algún momento, siente la cabeza.

Yo, por mi parte, quería contarte que estoy feliz en mi nuevo trabajo. No fue fácil dejar la gestoría. Allí tenía una relativa seguridad laboral y aquello fue como lanzarme a una piscina con los ojos cerrados. Podía conseguir mantenerme a flote o podía pegármela contra el suelo vacío. A día de hoy, puedo decir que no me va nada mal. Abrir ese estudio de fotografía fue una gran idea y la verdad es que te lo debo a ti. Muchas veces me lo habías dicho y, en los últimos meses, cuando ya estabas en el hospital, no dejabas de repetirme que había nacido para ser fotógrafo. Fuiste mi mejor modelo, aunque tengo que decirte que África está haciendo muchos méritos para ocupar tu lugar. Gracias a vosotras, a la cantidad de fotos que os hice, en todas las posturas y situaciones posibles, creo que me convertí en mejor fotógrafo y me hizo comprender que tenías razón.

Al principio, fue difícil conseguir clientes, pero en los últimos meses, el negocio ha despegado y creo que va a ser todo un éxito. Reconozco que fue una decisión difícil. Necesitaba el dinero para criar a nuestra niña, pero todos me animaron a intentarlo y se ofrecieron a colaborar económicamente en la crianza si la ocasión lo requería. Al final, no fue necesario y no podemos decir que nos falte de nada. Además, Cristóbal ha estado aprendiendo algo de técnica conmigo últimamente y creo que tiene la intención de dejar su trabajo en el almacén y venirse conmigo al estudio. Se lo propuse el otro día y me dijo que esa idea ya le había rondado por la cabeza. Lo cierto es que me facilitaría mucho las cosas, porque así podría pasar más tiempo con la niña y, al mismo tiempo, podría hacer crecer un poco más el negocio.

Como ves, han pasado muchas cosas interesantes este año y quería contártelas de alguna manera. Ya sé que hablo contigo todos los días, al menos un ratito, para que sepas cómo me fue el día, pero escribir todo esto me ayuda a procesar mejor lo que pasa. No sé, quizás todo esto de hablarte y escribirte es una tontería. Al fin y al cabo, es posible que lo estés viendo todo desde ahí arriba pensando en lo bobo que soy al repetirte cosas que ya sabes. La verdad es que yo, de estas cosas del cielo, no sé demasiado.

Últimamente, estoy viéndome, de vez en cuando, con el Padre Martín, ese cura que conocimos en aquel concierto. Hace tiempo que vengo pensando que la vida no se puede reducir a una mera sucesión de casualidades. Necesito entender tantas cosas todavía, mi amor… Martín me escucha con paciencia y tiene bastante mérito, porque a veces me parece que las cosas que le digo le tienen que parecer auténticas barbaridades. A pesar de todo, nunca se molesta y se esfuerza con todo su corazón en aclarar todas mis dudas. Todavía no entiendo muy bien por qué, pero he empezado a rezar un poco cada noche antes de irme a dormir. En fin, supongo que no hace daño. Martín me dijo que Dios llega a cada uno de nosotros de formas muy distintas, que no hay una sola persona en el mundo a la que Dios haya accedido de la misma forma. Tal vez tenga razón, tal vez tú fuiste su regalo para hacerme entender esto. No sé, aún estoy empezando a recorrer ese camino, pero tengo la intuición de que no debo desviarme de él.

Creo que llegó el momento de despedirme. Hace dos años, aprendí a odiar las despedidas, pero supongo que no nos queda más remedio que asimilar que son parte de la vida.

Te quiero, América. Te queremos, aunque eso ya lo sabes ¿verdad, boba?

Se dio la vuelta, con los ojos enrojecidos y dirigió una mirada húmeda al cielo. Después, bajó la cabeza y no la levantó hasta que le pareció escuchar una voz chillona que le hizo volver a

la realidad. A lo lejos, caminando hacia él, se acercaba Laura empujando un carrito de bebé. Con una mano, dirigía el carro y, con la otra, le iba haciendo gestos a África, que acompañaba de extrañas muecas, a cada cual más disparatada. La risa contagiosa de la niña se escuchaba en la distancia. Gabriel había pensado en muchas ocasiones que, después de todo, podría ser una buena madre si se lo propusiera, aunque nunca se lo había reconocido abiertamente. Detrás de ellos, Clara y Cristóbal caminaban con paso lento, deteniéndose cada dos pasos. Parecían comunicarse a base de aspavientos. Dedujo que estarían batallando por alguna cuestión nimia relacionada con su boda. Más atrás, María y Lola departían amigablemente, cogidas del brazo.

—Vas a tener que empezar a buscarte una niñera. Estoy harta de cuidar de esta mocosa —bromeó Laura al encontrarse con él, antes de dedicarle a África otra de sus caras absurdas.

—Cuando tú encuentres un novio de verdad. ¿No es hora de que vayas pensando en dejar de cuidar los bebés de otra gente? —replicó, mientras cogía en el regazo a su hija y la saludaba cariñosamente.

Laura abrió mucho la boca, haciéndose la ofendida. Luego, le golpeó el antebrazo con la palma de la mano y le lanzó un apelativo poco halagador, eso sí, en tono cariñoso.

—¿Ya os estáis peleando otra vez? —quiso saber Cristóbal, que había llegado también junto a ellos, con Clara de la mano.

—Mira quiénes van a hablar, la pareja para la que el día perfecto es una lucha de esgrima a muerte —repuso Gabriel sin inmutarse.

Su hermano lo miró, frunciendo el ceño. A su lado, Clara sonreía y le plantaba un beso en la mejilla que le hizo descongestionar el rostro y recuperar el buen humor.

En ese momento, llegaban Lola y María. Los saludaron y todos permanecieron unos minutos en silencio, mirando hacia el lugar donde descansaba América. Cada uno de ellos, a su manera, dedicó aquel tiempo a honrar la memoria de aquella mujer tan especial, que había dejado una huella imborrable en todas sus almas.

Después, tal y como lo habían hablado el día anterior, se dirigieron a comer juntos a un restaurante cercano. Mientras salía del cementerio, Gabriel pensó que, después de todo, el mundo seguía girando. Un mundo que le parecía ahora muy distinto. Un mundo que había perdido un continente, pero había ganado otro. Un mundo sin América, cuya ausencia le dolía profundamente, pero que habría sido mucho más aburrido y frío si ella no hubiera estado en él. Al fin y al cabo, como él mismo le había dicho una vez, el amor y el dolor son las dos caras de una misma carta. Él tampoco se arrepentía de haber tenido la suerte de haber podido jugar esa partida.

ACERCA DEL AUTOR

Mi nombre es José Manuel Fernández Barreiro, aunque, desde que tengo uso de razón, todos me llaman Manel. Nací un 22 de febrero del año 1984 en Ferrol (A Coruña). Soy Licenciado en Humanidades y siempre he estado muy interesado en la literatura.

No creo tener muchos talentos, pero agradezco a Dios que me haya regalado el don de querer contar historias.

Esta es mi tercera novela. Hasta el momento, había publicado dos: *El mundo de Kalam* (Editorial Editables, 2018) y *Clamando al cielo* (Editorial Mensajero – Grupo de Comunicación Loyola, 2020).

Con mis escritos, además de compartir mis historias con los lectores, pretendo también ayudar a los más necesitados. Por eso, todos los beneficios de mis obras son destinados a obras de caridad. Es una forma de devolverle a Dios todo lo que me ha dado.

¡Paz y bien!